



Ciencia Ficción Selección 07

Comentario [LT1]:

Comentario [LT2]:

Presentación - SF y xenofobia

Carlo Frabetti

Xenofobia significa literalmente aversión a lo extranjero. Este irracional sentimiento, característico de nuestra sociedad, es una consecuencia directa del hecho de vivir en un mundo fragmentado por los intereses nacionalistas y siempre en pie de guerra. No hay sistema totalitario que no fomente la xenofobia –ya que, por reacción, consolida el nacionalismo–, ni demagogo que no aluda en sus discursos a un mítico «enemigo» que acecha e intriga en la sombra, y que es la causa directa o indirecta de casi todos los males.

El extraterrestre, personaje clave de la SF, era un buen pretexto para llevar al límite esta xenofobia, y así, el mayor de los demagogos, la llamada industria de la cultura, se apropió del símbolo para expresar –y por ende fomentar– el odio irracional hacia lo extraño. Por eso, en la subSF de consumo, el alienígena es casi siempre un perverso monstruo invasor, dispuesto a exterminar a los humanos para adueñarse de la Tierra; y a través de este tipo de relatos –o películas, o comics– se expresa y fomenta metafóricamente el terror y el odio irracional hacia «enemigos» más reales pero igualmente mitificados (los comunistas en el caso de los yanquis –y en el nuestro– y viceversa, por no citar sino los ejemplos más conocidos).

En la auténtica SF, sin embargo, el símbolo del extraterrestre sirve precisamente para todo lo contrario: para combatir la xenofobia y el racismo, para mostrar que «diferente» no es sinónimo de «malo», y que lo que se aparta de los principios éticos y estéticos convencionales, puede, lejos de resultar perjudicial, darnos una lección de objetividad.

En los relatos de esta selección encontramos diversos enfoques adultos, todos ellos desmitificadores, de la relación hombre-xenoide: desde el científico de Los zoólogos, que llega a apreciar el sentido de la justicia de sus captores extraterrestres, hasta la protagonista de Un extraño en la casa, que a través de una desgarradora relación telepática con un alienígena descubre la incomunicación de su vida familiar, pasando por la atónita maestra de Huellas indelebles, que se halla de pronto implicada en una familia extrahumana, asistiremos a diversas reacciones íntimas de personas que, venciendo el terror irracional hacia lo extraño, eligen la comprensión.

Los zoólogos

Fred Hoyle

Zoomen, © 1967 by Mercury Press Inc. Traducido por P. Giralt e I. Roger en *Ciencia Ficción Selección 7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

En los relatos de ciencia ficción escritos por científicos se observa a menudo cierto esquematismo en la caracterización de los personajes y en los análisis psicológicos. Afortunadamente, este no es, en absoluto, el caso de Fred Hoyle, astrofísico de renombre internacional, tan conocido por sus actividades científicas como por sus brillantes narraciones, de las que Zoomen es un buen ejemplo.

El tema de la captura de especímenes humanos por una raza extraterrestre no es ninguna novedad en la ciencia ficción; pero pocas veces ha sido tratado con tanta sencillez y sensibilidad como en el presente relato.

En la segunda quincena de julio logré marcharme de vacaciones por un par de semanas; quería «seguir los pasos de Munro» en la región montañosa de Escocia. Como en verano es difícil encontrar alojamiento en un hotel de los Highlands, y en especial para una persona sola, alquilé un coche provisto de roulotte. El primer día llegué a la frontera escocesa, al sur de Jedburgh. Era un atardecer espléndido y pensé que no me convenía pasar todo el día siguiente en la carretera si el tiempo continuaba siendo tan bueno. Lo mejor era ponerse en marcha en cuanto amaneciera. A las diez podría cruzar los Lowlands; ello me permitiría alcanzar uno de los picos meridionales de la cordillera Ben Lawers por la tarde.

Puse en práctica este plan y llegué a Killin poco después de las diez; encontré un camping; en el pueblo compré carne y otras provisiones, y salí en dirección a Glenlyon, con el fin de escalar el Meall Ghaordie. La tarde era hermosa y despejada. Dejé el coche lo más cerca posible de la montaña que había decidido escalar y emprendí el camino por la pantanosa ladera, después inicié el ascenso con lentitud, en parte porque era mi primer día en las montañas y también porque el sol calentaba mucho. Recuerdo la cantidad de flores multicolores que hollaban mis pies. Tardé unas dos horas en llegar a la cumbre, pero una vez allí, me senté y saboreé con fruición un par de manzanas. Después me tendí sobre la hierba del suelo y usé mi mochila como almohada. El madrugón y el calor me infundieron un sueño invencible y creo que no tardé ni un minuto en quedarme dormido.

Lo había hecho ya en la cumbre de una montaña en numerosas ocasiones. Al despertar, se sufre invariablemente un ligero sobresalto, motivado sin duda por la costumbre cotidiana de levantarse entre cuatro paredes. Siempre transcurren unos momentos durante los cuales uno se pregunta dónde está. También fue así en aquella ocasión, pero el sobresalto tuvo mayores proporciones. En el primer momento me imaginé que estaba en un dormitorio normal, después recordé que en realidad me encontraba en la cumbre de una montaña, pero una vez tomé conciencia de mi emplazamiento, comprendí que no era en absoluto el lugar donde debía estar; aquello no era la cumbre del Meall Ghaordie.

Me hallaba en el interior de una gran caja rectangular. Me puse en pie y empecé a inspeccionarla, aunque tal vez resulte absurdo decir que una habitación parecida a una caja requiera una inspección, sobre todo teniendo en cuenta que estaba totalmente vacía. Pero tenía dos características muy extrañas. La luz era artificial, porque la caja estaba cerrada y era completamente opaca; sólo había una abertura en una de las paredes que conducía a un pasillo. La distribución de la luz también era extraña; se me hacía imposible determinar de dónde procedía, ya que no había bombillas ni lámparas, por lo que tuve la impresión de que la luz irradiaba de las mismas paredes, las cuales estaban compuestas de un material que a mis ojos inexpertos se antojó una especie de plástico. Pero, si realmente era así, ¿cómo podía despedir luz un material de esta clase?

La caja no era tan grande como había pensado al principio. De hecho, sus dimensiones debían ser aproximadamente de nueve metros de anchura por quince de longitud y unos seis de altura; era la iluminación lo que daba a la estancia el aspecto de una catedral, un efecto que yo ya había observado en algunas cuevas.

La segunda peculiaridad era mi sentido del equilibrio. No es que me fuera difícil mantenerme en pie o algo por el estilo. Cuando se escala una montaña, las piernas adquieren pronto una gran sensibilidad para el equilibrio, y es probable que yo no hubiese notado ninguna diferencia de no haber practicado el alpinismo. Pero dicha diferencia existía, aunque de una forma casi imperceptible.

Mis exploraciones me condujeron hacia el pasillo, que continuaba durante un trecho muy corto, bifurcándose después. Me detuve para recordar la dirección de donde venía, pero encontré otras muchas curvas, hasta el punto que tuve la firme impresión de hallarme en un laberinto. Esto me produjo la normal sensación de pánico que uno tiene al saberse perdido. Entonces me dije a mí mismo que no podía «perderme», y, acto seguido, recobré la calma y seguí caminando al azar. El pasillo terminó por conducirme a la misma habitación en forma de caja, en el centro de la cual estaba mi mochila, sobre la que apoyé mi cabeza en la cumbre del Meall Ghaordie. Intenté salir repetidas veces, pero siempre acababa volviendo a la misma habitación. Aunque los pasillos parecían tener multitud de bifurcaciones, resultó que también esto era una ilusión, pues sólo había ocho caminos para recorrer todo el laberinto. Logré cronometrar el tiempo requerido para recorrer uno solo de los pasillos, y conté noventa segundos. Esto me demostró que, si bien no era un espacio reducido, tampoco era de gran tamaño; pero lo habían diseñado para que pareciese grande.

Quise inspeccionarlo todo una vez más; en esta ocasión me alarmó oír unos pasos apresurados que corrían delante de mí. El corazón empezó a latirme con fuerza, el miedo no me abandonaba. Me acerqué a una esquina y por ella salió corriendo una joven de unos dieciocho años, vestida con una bata. Al verme allí, bloqueando su camino, prorrumpió en un grito ensordecedor, pero de pronto se echó violentamente en mis brazos.

—¿Dónde estamos? —sollozó—. ¿Dónde estamos?

Siguió repitiendo la pregunta mientras se cogía a mí con toda su fuerza. Yo, sin abusar en absoluto de que estuviera indefensa, la apreté contra mí; era lo natural, dadas las circunstancias. De pronto sentí un fuerte acceso de náusea, parecida al mareo que acomete en el mar. Algo hizo que nos separásemos el uno del otro:

debió ser que la chica sintió el mismo mareo y fue víctima de un repentino ataque de vómito.

Nos miramos ambos, jadeantes. Yo me apoyé en la pared del pasillo porque las rodillas se me doblaban.

–¿Puedo saber quién es usted?

–Giselda Horne –contestó ella. Su acento era americano.

–Será mejor que se quite eso –dije, señalando su bata, que el vómito había ensuciado.

–Sí, es verdad. Cuando volví en mí estaba en una habitación que da a este pasillo.

La chica me condujo hasta una caja que, efectivamente, daba a aquel mismo pasillo y que me pareció cuadrada. Yo tenía la seguridad de haber pasado muchas veces por aquel sitio, pero en ninguna de ellas había visto una abertura. Giselda Horne entró en la estancia tambaleándose y emitiendo débiles gemidos. Yo la seguí, pero pronto me detuve, porque, tan pronto como entré me acometió un nuevo acceso de náusea. Retrocedí hasta el pasillo; entonces vi que un tabique se deslizaba, cerrando la caja. El mareo me dejó exhausto, pero grité, no obstante, llamando a la chica, y golpeé la pared con los nudillos. Ignoro si me contestó; en cualquier caso ya no podía oír nada.

Traté de vencer el mareo recorriendo el sistema de pasillos, pero no lo logré. Seguía sintiéndome muy enfermo. Al cabo de un buen rato, porque debí recorrer el laberinto muchas veces antes de encontrarla, llegué a una caja cuadrada, exactamente igual a la de Giselda Horne, y entré en ella con una sensación de temor. Entonces sucedió que un tabique se cerró a mis espaldas, al tiempo que desaparecía el mareo.

Esta caja era un cubo de unos tres metros y medio en el que sólo se distinguía una pesada puerta de metal en una de las paredes. La puerta se abrió lentamente bajo una presión moderada. Dentro había un hueco del tamaño de un horno, que contenía una bandeja llena de una sustancia tal vez comestible. Antes de que pudiera examinarla, la náusea volvió a acometerme, y esta vez me pareció que yo también vomitaría. El tabique se abrió oportunamente y salí tambaleándome al pasillo, pensando, con incoherencia, que tenía que encontrar el lavabo antes de vomitar. Pero una vez fuera de la caja, la náusea desapareció casi por completo y a los pocos minutos me encontraba perfectamente. Después la sentí de nuevo; el tabique se abrió, como invitándome a entrar en la habitación y, una vez en su interior, el mareo volvió a desaparecer. Este proceso se repitió tres veces más, dentro y fuera de la caja. Mucho antes de que terminase la lección, ya conocía exactamente su significado: mis entradas y salidas eran dictadas por ciertas órdenes. ¿De dónde provenían? No tenía la menor idea, pero la lección me sirvió de algo: mis temores se habían desvanecido. Era evidente que me hallaba bajo vigilancia, una vigilancia cuya finalidad me era imposible adivinar. Entonces, en lugar de asustarme, me tranquilicé y desde aquel momento no sólo aparenté serenidad, sino que recobré mi propio dominio.

Cuando pasó el mareo, me sentí muy hambriento. Si se exceptúa el frugal almuerzo en la ladera del Mean Ghaordie, no había comido desde las cinco de la madrugada en la frontera escocesa. Probé la sustancia de la bandeja. Era

parecida a un puré de verduras. Como no podía determinar su valor nutritivo, comí hasta haber saciado mi hambre.

Recobradas las fuerzas, observé que el pavimento era más blando en el lugar donde me encontraba en aquellos momentos que en el pasillo o en la gran caja rectangular y que no debía ser muy incómodo para dormir. Era más duro que una cama normal, pero después de dos o tres días resultaría bastante aceptable. ¿Y el retrete? En la caja no había nada que pudiera hacer sus veces. ¿Qué haría si el tabique estaba cerrado en un momento de necesidad acuciante? Decidí poner la cuestión a prueba y adopté una posición que indicase mi propósito de utilizar el suelo para mis fines. No tuve que esperar mucho. Volvió la náusea, el tabique se abrió y, un minuto después, apareció la entrada de otra caja en el pasillo. Al penetrar en ella descubrí dos compartimentos, uno grande y otro pequeño; éste era evidentemente el retrete, pues tenía en el suelo un agujero de unos treinta centímetros de diámetro. Lo utilicé como pude, preguntándome dónde encontraría algún sustituto del papel higiénico. Mis dudas sobre tan embarazosa cuestión se vieron interrumpidas por un verdadero diluvio que descendió del techo sobre mi cabeza. De un salto me trasladé al compartimiento grande. Allí el chaparrón era menos intenso, pero así y todo, a los pocos segundos me encontraba totalmente empapado. La ducha se cerró, y entonces empecé a despojarme de la ropa. Cuando ya estaba casi desnudo, el agua volvió a caer. Por lo visto se ponía en marcha a intervalos regulares, como en los urinarios. El chaparrón sobre la piel desnuda me resultó muy agradable, porque había sudado copiosamente durante el ascenso a la cumbre de la montaña. El líquido que descendía sobre mi cabeza era agua, pero contenía algún elemento jabonoso. Disfruté de seis duchas consecutivas, que aproveché para lavarme la ropa lo mejor que pude. Después volví a mi caja con mi chorreante indumentaria. Como tardaría varias horas en secarse, especialmente las prendas gruesas, como los pantalones, intenté echar un sueñecito. Mientras me adormecía, pensé en las cosas que podrían hacerme falta en esta situación tan singular. Carecía de máquina de afeitar, pero no tenía inconveniente en dejarme crecer la barba. Por suerte, en mi mochila llevaba siempre unas tijeras pequeñas. Por lo menos, podría comer, atender a mi limpieza personal y cortarme las uñas.

Dormí mucho más de lo normal, casi diez horas. Al despertarme, observé que la puerta de la caja, o de la celda, si lo prefieren, estaba abierta. Antes de volver a recorrer los pasillos o de beneficiarme del retrete y sus notables propiedades de humectación, abrí la puerta del horno. Encontré otra bandeja, repleta del mismo puré de verduras.

Mi ropa estaba completamente seca, lo cual denotaba que el porcentaje de humedad era muy bajo, como ya había supuesto. Me dirigí a las duchas con sólo los calzoncillos, que se secarían en seguida en el caso de que se repitiera el proceso anterior. Afortunadamente, el tabique estaba abierto y así se mantuvo desde entonces, como tuve ocasión de comprobar. Esperé a que cayera el chaparrón y después me alejé de un salto, antes de que volviera a dispararse. Mi ropa de alpinista era muy resistente, pero tras aquel continuo lavado y secado, su aspecto era lamentable. Consideré innecesario ponerme las botas y me quedé descalzo, como un marinero después de un naufragio.

Enfilé el pasillo, sabiendo que más pronto o más tarde llegaría a la «catedral», calificativo que ya daba a la gran caja rectangular. Vi otra caja abierta, muy

diferente de la mía y acaso también de la de Giselda Horne. Estaba a punto de entrar en ella cuando oí que una voz a mis espaldas decía con acento extranjero:

–¡Hola!

Di media vuelta y vi a un hindú que me pareció de mediana edad. Me miró con extraña fijeza durante unos treinta segundos. Después se apoyó en la pared. Sorprendido, le oí proseguir:

–No se trata del mareo. Me he asombrado al verle, señor, porque el año pasado asistí a una conferencia que dio en Bombay. Es usted el profesor Wycombe, ¿verdad?

–Es cierto que pronuncié una conferencia, en Bombay. ¿Estaba usted entre el auditorio?

–Sí, pero no puede acordarse de mí; había mucha gente. Me llamo Daghri, señor.

Nos estrechamos las manos.

–¿Ha estado ya en la sala grande, señor?

–Sí, muchas veces.

–¿Recientemente, señor?

–Ayer. Es decir, antes de quedarme dormido. Hará unas diez horas.

–Entonces advertirá usted un cambio.

Daghri y yo recorrimos apresuradamente los pasillos hasta que dimos con la catedral. Ahora centelleaban en las paredes innumerables puntos de luz, evidentemente estrellas. Su proyección sobre las superficies planas presentaba las naturales distorsiones, pero, en realidad, nos hallábamos ante una representación completa de la bóveda celeste.

–¿Qué significa esto, señor? –murmuró el hindú.

De momento, no intenté siquiera responder a tan crítica pregunta. Interrogué a Daghri sobre las circunstancias de su llegada a aquel lugar. Me dijo que recordaba estar dando un paseo vespertino por el campo, en la India, su país natal, cuando de repente, con la rapidez del relámpago, se había encontrado en la habitación con aspecto de catedral. Fue como si hubiera llegado a una curva del camino y, unos pasos más allá, el campo hubiese desaparecido. Se encontró en el centro de esta habitación, más o menos en el punto exacto donde yo me había despertado.

Partiendo de la base de que tanto Daghri como yo estábamos cuerdos, sólo podía haber una explicación.

–Daghri, creo que nos hallamos en una enorme nave espacial. Esto que vemos en las paredes es la vista que se disfruta desde la nave. Podemos contemplar el espacio tal como lo ve el piloto.

–Mi única dificultad en aceptar este hecho, señor, es que no puedo encontrar el sol.

Yo señalé el rayo luminoso que entraba desde el pasillo.

–Creo que eso es lo que busca.

–¿Existe algún medio de cerciorarse de ello, señor?

–Es muy fácil. No tenemos más que sentarnos y esperar. El movimiento de la nave, si realmente estamos en una, producirá cambios en los objetos. Lo único que hemos de hacer es fijarnos en las cosas más brillantes.

Al cabo de media hora ya estábamos orientados; mirando en la dirección apropiada, era fácil distinguir la coordenada Tierra-Luna y el aparente movimiento de la primera. Una hora después reconocimos Venus y Marte.

Ya iba comprendiendo la dirección que llevábamos en nuestro viaje: nos dirigíamos hacia la constelación de Escorpión. También pudimos calcular la velocidad de la nave, que sobrepasaba las dos mil millas por hora.

Suponiendo que la nave aceleraba gradualmente, y guiándome por mi reloj, pude calcular incluso la aceleración.

Era casi la gravedad normal, sólo algo mayor, lo cual podía explicar la diferencia que yo había notado en las piernas desde el principio.

Mientras contemplábamos el espectáculo proyectado en las paredes de la catedral, los demás fueron llegando paulatinamente, uno tras otro, en un intervalo de unas cinco horas. El primero en aparecer fue un hombre de cabellos rubios y hombros estrechos. Se presentó como Bill Bailey, un carnicero de Rotherham, Yorkshire; quería saber dónde diablos estaba, si le darían huevos con tocino y quién era la chica medio desnuda que había visto en aquellas malditas duchas; no es que tuviera nada que objetar contra esto último: cuanto más desnuda fuera, mejor para él. Fue un discurso bastante coherente para un hombre que estaba tan asustado. Pese a que nunca simpatiqué mucho con Bill Bailey, su interminable y procaz cháchara sirvió en los meses que siguieron para distraernos de la gravedad de nuestra situación, por lo menos en lo que a mi concierne.

Entraron otros dos hombres y cuatro mujeres, nueve prisioneros en total. De entre los nueve, solamente dos se habían conocido antes, Giselda Horne y Ernst Schmidt, un industrial alemán. Este y el padre de la chica se dedicaban al mismo negocio, las conservas de carne.

Schmidt había visitado en ciertas ocasiones a la familia Horne en Chicago. El y Giselda se estaban bañando en la piscina de la casa cuando se produjo el «secuestro», como yo me complacía en llamarlo. Schmidt se encontró de repente en el centro de la catedral, con el traje de baño como única vestimenta. Giselda se sorprendió a sí misma en una de las cajas, envuelta en su bata.

A él le fastidiaba mucho encontrarse en traje de baño, pues era evidente que en aquel lugar no tendría oportunidad de conseguir una ropa adecuada. Puesto que no se nos permitía el mutuo contacto y que la temperatura de la nave era de veintiún grados, no existía, en realidad, un motivo lógico para usar vestidos. Sin embargo, yo comprendía el punto de vista de Schmidt. Le di el «anorak» de mi mochila, y, aunque la prenda junto con el traje de baño resultaba ridícula, se la puso muy satisfecho.

Jim McClay era un australiano alto y fornido, de unos treinta y cinco años, que se dedicaba a la cría de ovejas. Su secuestro tuvo lugar cuando recorría su granja al volante de un «Land Rover». También él se encontró de repente en el centro de la catedral. Como era de esperar, aquella experiencia le restó algo de su ecuanimidad habitual. Pero ya recobraría pronto la confianza en sí mismo; lo

comprendí en cuanto observé su modo de mirar a Giselda Horne. La chica era una pareja ideal para el australiano: también ella era alta y de contextura fuerte.

Bill Bailey saludó a las cuatro mujeres, haciendo gala de su campechana verbosidad y se dirigió a Giselda Horne, que ya se había lavado la bata, sin rodeos:

–Quítatela, cariño, y ven aquí a refrescarte.

No hizo muchos progresos con Hattie Foulds, la esposa de un granjero del norte de Lancashire, a la que saludó diciendo:

–Entra, cariño, entra y siéntate a mi lado; verás qué bien te arrullo.

–¿Quién es este repugnante globo hinchado? –replicó al momento ella.

Sin embargo, desde el principio tuvimos la certeza de que Hattie Foulds y Bill Bailey estaban hechos el uno para el otro. Durante los días y semanas siguientes hicieron todos los esfuerzos imaginables para entrar en contacto físico, y pronto se convirtió en parte de nuestra existencia cotidiana el sonido de vómitos violentos procedentes de alguna de sus cajas. Las otras mujeres simulaban sentir repugnancia, pero yo sospecho que sus vidas hubieran sido muy aburridas allí sin estos incidentes sexo–gastronómicos. Bailey no cesaba de mencionar el tema.

–No puedes abrazarte sin que te entre el mareo –decía–, pero no hay más remedio que seguir intentándolo. Roma no se construyó en un día.

Las otras dos mujeres eran mucho más interesantes para mí. Una era inglesa, y yo recordaba haber visto su cara. Cuando le pregunté cómo se llamaba, contestó únicamente con su nombre de pila, Leonora Mary, pero dijo que la llamáramos como quisiéramos. El primer día apareció luciendo un abrigo de visón que le llegaba hasta los pies. Era más bien alta, esbelta, morena y, tenía la nariz y los labios muy hermosos. Bailey le dedicó un largo silbido y una frase:

–¿Te ha probado la ducha, muñeca?

Es decir, que era ella a quien Bailey había visto.

Seguramente la ducha la sorprendió del mismo modo que a mí. A falta de ropa seca, se cubría con el abrigo de visón.

La otra mujer era china. Llevaba un sencillo traje. Nos miró en silencio a todos, con expresión impasible. Su mirada imperiosa provocó a Bailey, que la interpeló así:

–¡Eh, mirad quién ha entrado! ¿Te han hecho ya el amor, preciosa?

Querían saber cosas de las estrellas, de los cálculos que habíamos hecho Daghri y yo sobre nuestro posible destino y muchos detalles más. A medida que pasaban los días, los planetas desfilaban lentamente por las paredes. Vimos desdibujarse los interiores, mientras Júpiter apenas se movía. Pero, después de tres semanas, incluso Júpiter se fue desvaneciendo. La nave estaba abandonando el sistema solar.

Todos sabían algo de estas cosas. Resultaba curioso el gran interés que se despertó en aquellas personas, aparentemente ignorantes, en cuanto comprendieron hasta qué punto su destino dependía de estas cuestiones astronómicas. Durante toda su vida, los planetas habían sido algo remoto e incomprensible. Ahora, de improviso, eran más reales para todos que un saco de

patatas y eso que no esperábamos volver a ver una patata, aunque en esto nos equivocábamos.

Pero no tenían idea de la relatividad del tiempo demostrada por Einstein. Eran incapaces de comprender que en pocos años podíamos llegar a las estrellas más distantes. Así pues, tuve que limitarme a decirles que lo aceptaran como un hecho; pero todos querían saber hacia dónde nos dirigíamos. ¡Como si yo pudiera contestar a esta pregunta! Lo único que podía decir era que habíamos sido raptados por una expedición de caza, similar a las que organizábamos nosotros para proveer de animales a los zoológicos. Todo parecía concordar con esta suposición: las cajas para dormir, el alimento a un horario fijo, los obstáculos para el apareamiento, los pasmos y la catedral para ejercitar los músculos...

Mis conversaciones más largas eran con Daghri y con la aristocrática Mary. Ella y yo descubrimos que, si nos manteníamos a un metro de distancia el uno del otro, podíamos ir juntos a cualquier parte y a cualquier hora sin sufrir las molestias que afligían constantemente a Bill Bailey y Hattie Foulds. Desde el principio, a Mary le preocupó el hecho de que estuviéramos encerrados tan herméticamente. Decía que los animales de un zoológico podían por lo menos «ver» a quienes les habían capturado, respirar el mismo aire y mirarse los unos a los otros a través de los barrotes de la jaula. Yo contesté que no era éste el caso de las serpientes o de los peces del acuario. Nosotros los podíamos ver, pero no era probable que ellos nos vieran a nosotros. Solamente los pájaros y los mamíferos podían ver el mundo exterior como éste los veía a ellos.

—Pero las serpientes son peligrosas.

—Puede que nosotros también lo seamos. No a causa de un veneno precisamente, si no por los microbios. Este lugar puede significar un verdadero infierno para quienes nos han traído hasta aquí.

Me preocupaba mucho Ling, la joven china, porque además del problema que para todos representaba aquella situación, a ella se le añadía el del lenguaje. Pero la verdad es que no parecía muy interesada en cooperar. Pedí a Mary que hiciera lo posible por romper el hielo, y ella me contestó que Ling podía leer el inglés, pero que aún no lo hablaba. A medida que pasaron los días, logramos suavizar un poco a la muchacha. La dificultad estribaba en que Ling había sido un personaje político en su país, alguien verdaderamente importante, no por su nacimiento, sino gracias a su voluntad y sus cualidades. Daba órdenes y exigía obediencia de cuantos la rodeaban. Su glacial actitud hacia nosotros era su modo de expresar el desprecio que sentía por el degenerado Occidente.

Nuestras ropas, aunque limpias por las duchas, se iban deformando y deteriorando cada vez más. Nos vestíamos con la máxima exigüidad permitida por la modestia, una virtud de la cual cada uno de nosotros tenía un concepto particular. Un día, Bill Bailey entró en calzoncillos en la catedral, se tiró al suelo y exclamó:

—¡Vaya una puta! Es una puta hecha y derecha. Organizaba peleas de gallos en su granja, ilegalmente, claro, y se entregaba a media docena de hombres después de cada pelea. Dice que esto la entonaba, la mantenía en forma. Esto es lo que necesitamos aquí profesor, una maldita y verdadera pelea de gallos.

Ling, que se hallaba cerca de nosotros, miró a Bailey.

–Este hombre debería ser azotado, concienzuda y prolongadamente. En mi ciudad le azotarían en público como un ejemplo para el pueblo.

El tono de la chica era imperioso, aunque habló en voz baja. Debido a esto y también a su acento exótico y a su elección de las palabras (que no he tratado de imitar), los otros, y en especial Bailey, no entendieron lo que había dicho. En mi opinión, la actitud de la joven requería una reprimenda. La tomé firmemente del brazo y la conduje por los pasillos hasta que llegamos a la primera celda abierta. Por extrañeza que parezca, este acto no provocó el mareo en ninguno de los dos.

–Escucha, Ling, ahora ya no estás en China, sino en un lugar en el que todos somos «prisioneros». Si no hay acuerdo entre nosotros, estamos perdidos. Nuestra única fuerza reside en ayudarnos mutuamente, y si esto significa soportar a un hombre como Bailey, no hay más remedio que hacerlo.

Incluso a mis oídos, estas palabras sonaron huecas y poco convincentes, como sucede siempre con la moderación y la lógica; nada resultará tan persuasivo como las arengas de un fanático. Ling no pareció inmutarse. Me miró con frialdad, de arriba abajo, y dijo:

–Llegará un momento en que será una lástima que usted no sea diez años más joven.

Yo consideré aquellas palabras como un cumplido hasta que Ling añadió:

–Elegiré al australiano.

–Creo que encontrarás un obstáculo en la chica americana.

Ling se rió; por lo menos, yo lo tomé por risa. Observé que sus ojos eran de un verde intenso y los dientes de un blanco deslumbrante. Seguramente debía enjuagarse con el agua jabonosa de las duchas, que aunque sabía muy mal, limpiaba los dientes de los restos del puré, que continuaba siendo nuestro único medio de subsistencia.

Me di por vencido. Había algo positivo en la actitud de Ling, y era que su ideología representaba un último punto de contacto con la Tierra. Tal vez fuera su sistema para mantenerse cuerda, pero yo me sentía incapaz de comprenderlo. Había una cosa que me impresionaba mucho: su aspecto invariablemente pulcro, pese a llevar siempre el mismo vestido.

Nuestro alimento era insuficiente, pues, a menos que nos sintiéramos muy hambrientos, no nos apetecía comer el insulso puré de verduras, que era gelatinoso y bastante líquido. Pero me sorprendió que no tuviéramos necesidad de beber, lo cual hubiera sido un inconveniente, ya que el único líquido de que disponíamos era el agua de la ducha. Supuse que nuestro organismo ya producía una suficiente cantidad de agua debido a la oxidación de la sustancia de verduras. De vez en cuando experimentábamos el deseo intenso de masticar algo duro. Yo solía morder la cuerda de mi mochila durante una hora entera.

El efecto natural de la escasa alimentación fue que casi todos perdimos peso. Yo me libré de los cinco kilos que me sobraban, algo que nunca conseguí en la Tierra.

Ernst Schmidt perdió muchos más, tantos que acabó prescindiendo de mi «anorak». Ahora se paseaba con el traje de baño, cuya cintura anudaba fuertemente. Mantenerse en forma se convirtió en una manía del alemán. Corría por los pasillos según un plan sistemático: partiendo de la catedral para volver a

ella diez veces consecutivas, y repetía el recorrido hasta quedar exhausto. Yo le acompañaba algunas veces, para ejercitar mis músculos; pero nunca conseguía ser tan constante como él. Un día, me hizo un comentario al respecto.

–Una curiosa diferencia de temperamento, profesor. Hacemos a menudo estas pequeñas carreras juntos, pero usted es incapaz de continuar. Comprendo que no las necesita tanto como yo, pero, aunque así fuera, no podría mantener el ritmo, estoy casi seguro de ello.

–¿Temperamento personal?

–Es una pregunta interesante. Creo que es a la vez personal y nacional. Algo que desorienta mucho en política y también en los negocios; es la palabra con que se dibuja a su pueblo. Anglosajones, ¿verdad? ¿Qué es un anglosajón, profesor? ¿Una especie de alemán, tal vez?

–Siempre hemos sido considerados como primos hermanos. Tenemos, por ejemplo, la similitud de lenguaje.

–Esto es accidental, la imposición de un puñado de conquistadores. Fíjese en mi. Hablo inglés, pero con acento americano. ¿Soy por eso americano? Naturalmente que no. Hablo así porque los americanos han conquistado mi mundo particular, el mundo de los negocios.

–Continúe.

–Es una lástima que no tengamos espejos en este lugar. Si los tuviéramos, permítame que le diga cómo se vería usted: un hombre alto, de piel blanca, una gran barba rojiza y ojos azules. Vería a un celta, no a un alemán. Sus compatriotas son celtas, profesor, no alemanes, y ésta es la verdadera diferencia que existe entre nuestros dos temperamentos, el suyo y el mío.

–¿De manera que usted cree que la cosa se remonta a mucho tiempo atrás?

–A más de tres mil años, a los tiempos en que los alemanes les echamos a ustedes, los celtas, de Europa. Sí, nos comprendemos muy bien ambos pueblos, pero porque hemos luchado entre nosotros durante mucho tiempo, no por el hecho de que seamos iguales.

Schmidt debió leer en mi rostro la sorpresa causada por el giro de la conversación.

–¡Ah! ¿Se extraña usted de que le diga estas cosas? Es porque me interesan realmente, más que las conservas de carne. ¿A quién pueden interesarle las conservas?

–¿Y qué deduce usted de todo esto?

–Nosotros, los alemanes, podemos perseguir un objetivo inexorablemente, hasta alcanzarlo. Ustedes, los celtas, son incapaces de hacerlo. Adolecen de lo que se califica como carácter inconsistente, lo que en realidad fue causa de que los romanos les admirasen mucho en la antigüedad. Pero también a este punto débil se debe que perdieran ustedes casi toda Europa, amigo mío.

–Este carácter puede significar reserva; ya sabe, reserva de energías para los momentos de verdadera crisis.

–¡Ah! Usted se refiere a ganar la última batalla. Tal ha sido el resultado de las guerras del siglo actual, ¿verdad? Ustedes ganaron las últimas batallas, ganaron

las guerras. Sin embargo, cada victoria les ha dejado más débiles que la anterior. Nosotros, los alemanes, hemos salido cada vez más fuertes, incluso de la derrota.

–¿A causa de su tenacidad?

–Correcto, profesor.

–¿Qué quiere usted insinuar, herr Schmidt? ¿Qué suceda lo que suceda, ustedes siempre saldrán ganando?

–Del grupo que ahora formamos aquí aparecerá un caudillo. Será un hombre inteligente. Esto significa que habrá de ser uno de nosotros dos. Los demás..., uno es un bufón y el otro un ignorante campesino. Todavía no estoy seguro de quién será, si usted o yo.

–No sea usted necio, herr Schmidt. Se está contradiciendo a sí mismo.

Schmidt se rió. Después recobró la seriedad.

–En una situación normal, un alemán saldrá siempre vencedor, por la sencilla razón de que empleará todas sus energías para un propósito determinado. Pero en una situación anormal, ya no estoy tan seguro.

Menciono estos sucesos con algún detalle porque en ellos hay tres puntos que coinciden. Hattie Foulds y sus peleas de gallos, Ling y los azotes que le hubiera gustado administrar a Bill Bailey y, ahora, la referencia que Schmidt hacía sobre sí mismo como un fabricante de conservas de carne. Todo el conjunto tenía una cierta coherencia, exceptuando una nota discordante: Daghri. Mantuve una larga y seria conversación con el hindú. Rechazó todas mis sugerencias con tanto equilibrio y dignidad, que me vi obligado a creer en sus protestas de inocencia. Mi teoría tenía que estar equivocada. Esto me deprimió tanto, que Mary se dio cuenta y quiso saber de qué se trataba. Resolví contarle todo lo que bullía en mi mente.

–Cada uno de nosotros está simulando una actitud u ocultando algún problema –le dije.

–¿Cómo lo sabe? ¿Qué sabe de mi, por ejemplo?

–Usted está considerando el problema moral de si puede permitirse tener hijos durante su cautiverio.

Mary me miró fijamente y asintió.

–Desde el principio –proseguí–, mi problema ha sido comprender algo de la psicología de los seres que pilotan esta nave. Suelo imaginármelos como zoológicos. ¿Qué diablos están haciendo y con qué fin? Evidentemente, se dedican a capturar ejemplares de seres vivos tal vez de todos los puntos de la galaxia.

–¿Quiere decir con esto que puede haber animales de otros planetas en esta nave?

–Me parece lo más probable. Tras las paredes de esta catedral, tras las paredes de los pasillos, puede haber otras «viviendas», más celdas y pasillos habitados por otros ejemplares.

–¡Un zoológico! En toda la extensión de la palabra.

–Sí. Sin embargo, mi curiosidad por esas otras celdas y su contenido es menor que la que siento por el contenido humano de nuestra vivienda. Somos nueve

personas, de las cuales, cuatro procedemos de las islas Británicas; una chica americana, otra china, un hombre hindú, otro alemán y otro australiano. ¿Qué clase de distribución es ésta? De los nueve, siete somos blancos. ¿Puede usted creer que los zoólogos interestelares tengan prejuicios raciales?

—Tal vez no fuera sencillo raptar a la gente y se contentaron con los primeros que encontraron.

—No, no es eso, pues nos recogieron de lugares tan distantes como Gran Bretaña, Estados Unidos, India, Australia y China. Sorprendieron a McClay, Daghri y a mí mismo en el campo; a usted en pleno tráfico de Londres, a Ling en una ciudad populosa, a Schmidt y a Giselda Borne en los suburbios de Chicago. No parece que la cuestión del rapto les haya ofrecido la menor dificultad.

—¿Tiene usted alguna idea de cómo lo hicieron?

—En absoluto, ninguna. Me lo imagino como recoger motas de polvo con un aspirador. Se limitaron a absorbernos con un tubo y borrarlos del mapa.

—Y aparecimos aquí.

—Algo por el estilo. Pero estábamos hablando del color de nuestra piel. Las diferencias raciales deben carecer de importancia para los zoólogos. Nosotros distinguimos los rasgos diferenciales que existen entre usted y Ling, porque gran parte del cerebro humano se dedica al análisis de unas distinciones extremadamente sutiles.

Es posible que los zoólogos no las observen, y si lo hacen, no las deben considerar dignas de atención.

—Entonces, el método de selección debió de ser otro.

—Seguramente. Si eligieron a los humanos al azar, la mitad de nosotros seríamos amarillos O negros. Sólo puede conseguirse un grupo como el nuestro sirviéndose de algún sistema, pero sin tener en cuenta el color.

—Parece una contradicción.

—No necesariamente. Desde el principio se me ocurrió que el criterio podía ser la justicia.

—¿La justicia?

—Escuche, si usted decidiera condenar a cadena perpetua a unos cuantos seres humanos, tal vez se le ocurriera elegir a las personas que hubiesen demostrado menos piedad hacia el cautiverio o las vidas de otros animales.

—¡Mi abrigo!

—Sí, su abrigo de visón debió hacerla resaltar de entre la gente que paseaba por la calle. Los zoólogos la localizaron y en un abrir y cerrar de ojos la metieron en el aspirador.

Mary se estremeció, luego sonrió débilmente.

—Siempre me había parecido un abrigo bonito, caliente y lujoso. ¿Cree en realidad que fue el abrigo? Ahora sólo me sirve de almohada.

—Hay muchas cosas que corroboran esta tesis. Schmidt fabricaba conservas de carne. El padre de Giselda Horne se dedica al mismo negocio: llenar latas con carne de animales.

Mary estaba muy interesada y olvidó su propia desgracia al ir entreviendo la solución del rompecabezas.

–McClay criaba animales y Bailey, que era carnicero, los degollaba con sus propias manos.

–Y Hattie Foulds hacía pelear a los gallos.

–Pero, ¿qué hay de usted, de Ling y de Daghri?

–Olvídese de mí, puedo actuar de fiscal de mí mismo. Ling y Daghri son los que no concuerdan en esta teoría. Entre las poblaciones asiáticas no se come mucha carne, en realidad porque no tienen las cabezas de ganado suficientes para destinarlas al matadero. Por lo menos me pareció que el motivo de que sólo hayan escogido a dos asiáticos es éste, y quizá los hayan elegido por otras razones.

–¿Por qué a Ling?

–Verá, para ella, las personas no son mucho más que animales. No me cabe la menor duda de que Ling ha hecho azotar a mucha gente, quizá incluso por placer.

–¿Y Daghri?

–Daghri es la contradicción, el que desmiente toda esta teoría. Daghri es un hindú. El hinduismo es una religión complicada, pero una parte importante de ella es la prohibición de comer carne de animales.

–Tal vez Daghri no respete este aspecto de su religión.

–Es exactamente lo que yo he pensado. Le acusé de ello directamente, diciéndole que debía haber torturado de algún modo a animales o a personas, pero lo negó con la máxima dignidad.

–Es posible que mintiera.

–¿Por qué había de hacerlo?

–Quizá porque estaba avergonzado. Daghri se diferencia de nosotros en otro aspecto. ¿Le parece a usted normal que, entre nueve personas elegidas al azar, ninguna tenga una fe religiosa profunda?

–Tal vez no.

–Sin embargo, así es, salvo en el caso de Daghri.

Comprendí con exactitud lo que Mary sugería. Posiblemente la religión no era más que una farsa para él. Quizá el hindú era un embustero consumado.

Poco después; de esta conversación, Daghri desapareció. Al principio creí que se había retirado a su celda, quizá arrepentido. En una de mis carreras con Schmidt vi que todas las cajas estaban abiertas. Daghri no se hallaba en ninguna. Buscamos por todas partes, pero no le encontramos, aunque decir «por todas partes» es un tanto relativo, porque era imposible hallar un escondite en nuestro aséptico alojamiento. Sería mejor decir que le buscamos repetidamente en cada una de las celdas.

Daghri había desaparecido. La conclusión general fue que el pobre muchacho estaba en manos de los zoólogos, sufriendo algún «experimento». Al principio, compartí esta opinión, pero de pronto vislumbré el verdadero motivo. Corrí hacia la catedral; los demás me siguieron; ahora éramos sólo ocho. Estudié el mapa de

estrellas de la pared. Últimamente nos habíamos fijado en ellas, considerándolas un cuadro decorativo en vez de una fuente de información.

¡Qué estúpido había sido! Tenía que haber notado el ligero cambio de las estrellas respecto a sus formas originales. Debido al movimiento de la nave, las constelaciones se habían desplazado ligeramente, pero ahora volvían a estar en su sitio. Aparecieron de nuevo los planetas, los planetas de nuestro propio sistema solar. Vimos la imagen doble de la Tierra y la Luna. Ahora la luz del Sol reemplazaba a la luz artificial situada en la entrada de los pasillos; la diferencia era muy sutil.

–Nos devuelven a la Tierra –oí decir a alguien.

Yo sabía que no era cierto. Sólo habían devuelto a Daghri, suprimiendo la contradicción que representaba. Mi instinto no me había fallado; Daghri me había dicho la verdad. Daghri no había maltratado a ningún animal; él estaba salvado, pero no así el resto de nosotros. Los planetas volvieron a moverse sobre la pared, igual que antes. Nos alejábamos otra vez.

Los otros no podían creerlo al principio, después se negaron a admitirlo, pero finalmente, a medida que iban pasando las horas, no tuvieron más remedio que convencerse. La desmoralización cundió rápidamente. Giselda Horne se desesperó. Parecía fuerte y animosa, pero en realidad era una niña con aspecto de mujer. Pensé que quizá le convenía estar sola, y la acompañé a su celda. Ella se dejó llevar; Ling, que nos había seguido sigilosamente, se deslizó detrás de Giselda Horne. Grité a Ling que saliera y dejara sola a la chica. Ling se volvió con una expresión de altiva indiferencia y en aquel momento, el tabique se cerró. Durante una fracción de segundo, vi cómo, en el rostro de Ling, la indiferencia se trocaba en expresión de triunfo.

Los demás se congregaron frente a la celda. No podíamos oír absolutamente nada, porque el tabique era de un material a prueba de ruido. La joven, china había juzgado la situación con toda exactitud. Giselda Horne estaba al borde de la demencia. Con palabras cortantes y sádicas y con la fuerza de su potente personalidad, Ling la obligaría a traspasar aquel límite.

El tabique se abrió. Horrorizado, miré hacia el interior de la celda y el horror se convirtió en hilaridad. La sangre corría por los arañazos del rostro de Giselda Horne. Por lo visto, Ling había luchado como una gata, tal como yo había temido. Giselda Horne lo había hecho de otro modo, propinando un buen puñetazo a Ling en la boca, que estaba hinchada y sangraba. Otro puñetazo había dejado amortado el ojo izquierdo de Ling, que salió tambaleándose, mientras Giselda Horne nos miraba con una triunfante sonrisa.

–¡Qué bien! Ha sido magnífico –dijo la chica americana.

No volví a ver a Ling hasta dos días después. Conservaba todavía su aspecto reservado y altivo, pese a seguir con el ojo a la funeralsa más morado que yo viera en mi vida, y a haberse quedado casi sin vestido.

–La chica americana y yo compartiremos al australiano –me dijo Ling–. Es una lástima que usted no sea cinco años más joven –añadió.

Mary se tomó el asunto con gran calma.

–Ya me había adaptado a la situación; me refiero al cautiverio. Esto demuestra que los zoólogos tienen un cierto sentido de la justicia; han vuelto para devolver a Daghri a su hogar.

Ignoro por qué no pude decirle la verdad a Mary. Yo sabía que los zoólogos no se habían equivocado con Daghri. Había sido un experimento, llevado a cabo con toda lucidez, para ver cómo reaccionábamos. Era imposible que los zoólogos me hubiesen comprendido tan perfectamente a mí, y a la vez cometido tan craso error con Daghri. Sin él, ahora éramos ocho, cuatro parejas; como los animales en el Arca. Había otra cosa: éramos pocos. Una criatura tan irracional como el hombre hubiera podido elegir, por ejemplo, siete. Una criatura verdaderamente racional siempre elegiría un número par, el ocho.

Mary me tocó suavemente un brazo.

–Aún no me has dicho lo que hiciste tú.

–Mi pecado es el peor de todos. He sido un consumidor. Yo me comía los pobres animales que McClay criaba en su granja, que Bailey descuartizaba y que Schmidt metía en sus latas de conserva.

–¡Pero esto lo hacen millones de personas! Yo también, todo el mundo!

–Cierto, pero no saben lo que hacen. Yo sí lo sabía. Durante veinte años he sido consciente de ello, y sin embargo, he elegido el camino fácil. De vez en cuando hacía pequeñas concesiones, como comer más pescado y menos carne, pero nunca me enfrenté con el verdadero problema. Yo sabía lo que hacía.

Pasaron las semanas y los meses. Hacía ya algún tiempo que Mary y yo compartíamos la misma celda para dormir. No nos acometió la náusea, ni siquiera cuando ambos usábamos mi mochila como almohada. El mismo favor no fue concedido inmediatamente a los demás. Tal vez a mi sí porque había guardado estrictamente el secreto de lo poco que sabía sobre los zoólogos.

No obstante, llegó un día en que también a los otros les fue permitido el contacto físico. Supimos la fecha con exactitud, porque Bill Bailey hizo su aparición en la catedral luciendo sus calzoncillos rotos y hablando a gritos:

–Es un milagro increíble. Anoche lo conseguimos, bien y a gusto.

Entonces salió a grandes zancadas, con las rodillas sin doblar, como un boxeador que ejercita sus músculos.

Volvió a la catedral y empezó a dar vueltas, tarareando:

–Huevos crudos, huevos crudos, madre mía. ¡Oh, qué daría yo por una fuente llena de huevos crudos!

Giselda Horne estaba presente.

–¿Qué significa esto? –preguntó con algo de timidez.

–Significa, querida niña, que sólo nos faltan nueve meses para llegar a nuestro destino –contesté yo.

Este relato fue hallado, en singulares circunstancias, muchísimos años después de que fuera escrito; de hecho, mucho tiempo después de que fuera imposible identificar el Meall Ghaordie, la montaña mencionada por el autor.

Habiendo aterrizado en un remoto sistema planetario, la tripulación de la V Misión Interestelar descubrió, con la consiguiente sorpresa, a unos seres que parecían una especie de humanoides. El lenguaje que hablaban era, completamente ininteligible en sus detalles, pero en un sentido general, su sonido se asemejaba notablemente a un arcaico lenguaje humano.

Aquellos seres llevaban una salvaje existencia nómada. Sin embargo, estaban imbuidos de un sentido profundamente religioso, y su religión parecía basada en un «testamento», custodiado día y noche en una remota fortaleza. Allí, en un lejano valle entre montañas, aquellos seres se congregaban para sus más solemnes ceremonias religiosas. Gracias a un subterfugio de avanzada tecnología, se logró finalmente el acceso al «testamento». Este resultó ser la historia del «profesor», que hemos reproducido más arriba sin rectificaciones ni omisiones.

Fue escrita en un libro pequeño, de formato igual al de un diario de la antigüedad. Esto era lo que guardaban aquellas criaturas con tan celosa ferocidad, pese a que no comprendían una sola palabra de su contenido.

Es indudable que el manuscrito ha creado muchos más problemas de los que ha resuelto. ¿Qué significado puede atribuirse a las fantásticas referencias anatómicas? ¿Qué quiere decir «seguir los pasos de Munro»? Estas cuestiones siguen siendo el tema de apasionantes debates entre los sabios. ¿Quiénes eran los siniestros zoólogos? ¿Tal vez el profesor y sus compañeros resultaran demasiado difíciles de manejar, en un sentido biológico, naturalmente, y los zoólogos se vieron obligados a abandonarlos en el primer planeta deshabitado? Es lamentable que el «profesor» no continuase su historia. Sus materiales de escritura debieron agotarse pronto, porque el relato que antecede llena casi todas las páginas de su diario.

El aspecto de aquellos seres fue lo que desorientó a los miembros de la expedición, haciéndoles creer que eran humanoides y no humanos. Presentaban una combinación única de cabellos violentamente rojos y ojos mongoloides, de un verde intenso. ¿Sucedió acaso que estas características fueron las dominantes entre la mezcla de genes del grupo del profesor, o tal vez la verdadera explicación fue más directa y elemental?

Bien venido, camarada

Simón Bagley

Welcome, comrade, © 1964 by Mercury Press Inc.. Traducido por P. Giralt e I. Roger en *Ciencia Ficción Selección 7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

El hecho de que los yanquis, además de chicle y coca-cola, están intentando exportar a todo el mundo una determinada mentalidad es de sobra conocido.

En este inteligente relato se lleva a cabo una abierta sátira de dicha actitud, a la que sólo cabe calificar como imperialismo ideológico, y se ofrece a la consideración de aquellos lectores que simpaticen con el imaginario «Proyecto Americano» (que en USA los habrá sin duda por millones) el contrapunto de un turbador desenlace.

Trabajé en el Proyecto Americano durante cinco años antes de enterarme de qué se trataba. Esto puede resultar muy normal en cualquier hombre de la calle, que es, calificándole muy benignamente, un personaje poco observador; pero en un periodista ducho, como a mí se me consideraba, denota una falta lamentable de las cualidades requeridas para ser un experto profesional.

Menciono este detalle para probar que el Proyecto Americano era realmente secreto. A su lado, el Proyecto Manhattan venía a ser algo así como la Voz de América, lo cual no es una mala comparación, porque en ambos se había infiltrado aproximadamente el mismo número de agentes comunistas.

Ustedes comprenderán hasta qué punto era secreto cuando les diga que ni siquiera el Pentágono estaba enterado del Proyecto Americano. Algún tipo inteligente había llegado a la acertada conclusión de que donde hay uniformes, hay espías, de modo que se mantuvo alejados a los uniformes, los cuales incluso desconocían la existencia del proyecto, aunque éste ponía a punto el arma definitiva, el arma más potente del mundo. Naturalmente, ahora todos conocen ya el éxito enorme que alcanzó en la práctica.

A principios de 1962, fui a tomar algo a un bar con un antiguo discípulo, Jack Lindstrom. La Universidad nos había separado; mientras yo me iniciaba en el periodismo, Jack se había especializado en antropología, convirtiéndose, una vez graduado, en auténtica lumbrera del mundo académico.

Un día, apareció en mi oficina y me anunció que acababa de llegar de un remoto rincón del Matto Grosso.

¿Por qué no íbamos a beber algo juntos para recordar los viejos tiempos? Proponer a un periodista agotado que vaya a beber algo es como invitar a un ratón a comer queso, así que al poco rato nos encontrábamos en un tranquilo bar, intercambiando, ante un par de cervezas, mentiras sobre los buenos tiempos universitarios.

Jack me habló un poco del trabajo que había estado realizando en Brasil. Tomé nota mental de su informe porque se me antojó un buen artículo para el suple-

mento dominical, siempre que lograrse prescindir de los detalles importantes y retener las trivialidades.

Después de una hora de conversación me dijo que iba a unirse a un equipo de investigación que aplicaría , técnicas antropológicas al actual escenario americano. Parecía entusiasmarle la idea, que calificó como el proyecto más importante de la antropología moderna.–Vamos a hacer la disección del americano moderno y averiguar sus motivaciones –dijo–. Todavía no se ha hecho a escala nacional.

–¿Qué hay de Middletown?

–Eso no cuenta –respondió–. Fue sólo el estudio de una ciudad y hecho por un pequeño grupo. Ahora vamos a estudiar la totalidad del país. Cientos de personas trabajaremos en ello.

–¿De dónde saldrá el dinero?

–La mayoría de las grandes fundaciones contribuirán, y creo que también el tío Sam. Como comprenderás, esto es importante para el Gobierno; cuando obtengamos los resultados, éste dispondrá por fin de una norma segura para su política.

–¿Cuánto tiempo crees que tardaréis en hacer este trabajo? –le pregunté.

Jack se encogió de hombros.

–Diez años, quince, veinte; ¿quién puede saberlo tratándose de una cosa como ésta?

–Lo miras desde un punto de vista cósmico –comenté con sequedad.

Pidió otro par de cervezas, y entonces dijo:

–¿Por qué no te unes a nosotros?

Me quedé mirándole fijamente.

–Oye, Jack –repuse–, me parece que te has hecho un lío. Yo soy Johnny Murphy, el periodista. ¿Qué diablos crees que sé de antropología?

–¿Qué antropólogo sabe tanto de periodismo como tú? –preguntó a su vez–. Este asunto no es sólo para gente como yo; estamos reclutando hombres de todos los medios de comunicación social: radio, televisión, prensa. A todos los que moldean la opinión desde Madison Avenue hasta la Gaceta de Oshkosh. No basta con antropólogos. Necesitamos, además, informadores experimentados y reporteros. Nos hacen falta hombres como tú.

Tomó un gran sorbo de cerveza.

–Por otra parte, tengo la impresión de que empiezas a cansarte del periodismo.

Eso era cierto. Como todos los periodistas, yo abrigaba el secreto deseo de escribir una novela. Tenía la convicción de que si trabajaba en serio podía escribir mejor que Hemmingway, y sabía que el periodismo no contribuye a mejorar el estilo de un escritor. Para escribir una novela tendría que abandonar mi empleo. Jack dijo:

–Y la paga es buena; probablemente mejor que la que te dan en los periódicos.

Un argumento convincente. Mi resistencia se debilitaba por momentos.

–¿Qué tendría que hacer?

Apoyó los codos sobre la mesa.

–Ante todo, formarías parte de un servicio de información. Nos conviene más tener una plantilla de hombres informados que recurrir a personas ajenas a la organización cada vez que necesitemos la respuesta a una pregunta. Si entraras ahora, probablemente serías jefe de la sección de periodismo; tu reputación es garantía suficiente.

»Te interrogaríamos sobre el mundillo de la prensa, bus funciones y métodos. Si hubiera algo que no supieras, saldrías a enterarte. Estamos convencidos de que un ex periodista tiene más contactos y mayores posibilidades de conseguir información de sus antiguos colegas que un antropólogo.

–Según parece, alguien ha debido estudiar a fondo este plan –comenté yo.

Jack sonrió.

–Ya te he dicho que es un asunto importante –repetió–. Si te unes a nosotros ahora, creo que puedo garantizarte el puesto de jefe de departamento con un grupo de hombres a tus órdenes.

Reflexionó un buen rato y luego dije:

–Muy bien, hablaré con el encargado de personal. Pero pongo una condición: Antes de entrar en vuestra organización me gustaría escribir un artículo sobre ella. Si es tan importante como dices, es posible que me den una bonita prima de despedida por ser el primero en darla a conocer.

–Concedido –asintió en seguida Jack–. No tenemos ningún secreto.

Entonces yo no lo sabía, pero acababa de ser reclutado para el supersecreto Proyecto Americano.

Entré en la organización con gran facilidad. Ignoro si fue a causa de la propaganda que me hizo Jack, o por mi propio renombre. Fuera como fuese, todo marchó sobre ruedas. Me nombraron jefe de la sección de periodismo, y dediqué el primer año principalmente a problemas de organización, preparando los cimientos de tan importante proyecto.

Hay un verso que dice: «No para una sola era, sino para siempre.» Esta frase describía perfectamente a la organización. Era IMPORTANTE, y todos trabajaban a un ritmo medido y regular que daba la impresión de ser lento, pero que era eficiente, aunque los resultados finales no se llegasen a conocer hasta después de muchos años, quizá hasta la generación siguiente. Nadie lo sabía, porque era la primera vez que se intentaba una cosa de esta envergadura.

En realidad yo nunca me acostumbré a aquel trabajo. Era periodista, y estaba habituado a seguir hasta el final. El trabajo de la víspera quedaba terminado (no hay nada tan terminado como las noticias del día anterior), y el trabajo de hoy no servía para mañana. La transitoriedad es la esencia de la vida del periodista, lo cual es una de las razones que hacen imposible escribir una novela. Encontraba difícil ajustarme a aquel ritmo nuevo y mirar más allá de la mañana del día siguiente.

Los hombres que dirigían aquello sabían indudablemente lo que hacían. A los seis meses nos trasladamos a nuestro cuartel general en Nueva York, un gran rascacielos del conocido estilo piramidal azteca. Incluso mi propia oficina era lujosa: un escritorio gigantesco, una alfombra turca, paredes forradas y más aparatos de los que hubiera podido soñar. Después de instalar un bar que quedaba oculto, me encontré a gusto y dispuesto a empezar.

Primero sentí verdadera lástima por los pobres chicos de la oficina del periódico, dándole sin parar a las viejas máquinas desvencijadas en la ruidosa y atiborrada redacción, pero, al cabo de poco tiempo, aquel silencio me puso nervioso, y mandé trasladar a mi oficina el escritorio de mi secretaria; con ella en un rincón me sentí mejor, menos solo.

Cuando la organización, empezó a funcionar, ya no tuve tiempo de sentirme solo ni de pasar tantas horas en mi lujosa oficina.

Viajé, viajé por todas partes. Tal como Jack me dijo, después de que me exprimiesen el cerebro, fui enviado primero a San Francisco para organizar la oficina del área del Pacífico, y después a Chicago, a Nueva Orleans y a una docena más de ciudades.

Contesté a muchas preguntas (algunas de ellas endiabladamente difíciles), recluté a mucha gente, volví a contestar a más preguntas, organicé otra sucursal, formé muchas plantillas sobre la marcha, contesté más preguntas, fallé algunas respuestas, recorrí autopistas y carreteras para encontrar esas respuestas... y los años fueron pasando.

Vi muy pocas veces a Jack Lindstrom, pero en ocasiones nuestros caminos se cruzaban y entonces pasábamos una velada juntos e intercambiábamos noticias de la organización. Un día me topé con él en Columbus, Ohio, y fuimos a cenar. En aquel entonces yo estaba interesado en ciertos curiosos aspectos de mi trabajo, y quería encontrar algunas respuestas para mí, en lugar de obtenerlas para otra gente.

Mientras comíamos, le pregunté:

—¿Cuántas personas crees que trabajan actualmente para la organización, Jack?

—Deben de ser muchas —dijo, encogiéndose de hombros.

—Lo supongo —asentí—. Es extraño, ¿verdad?

—¿Qué hay de extraño en ello? Es un trabajo importante.

—Sí, es un trabajo importante; pero, ¿para qué sirve?

—Sabes perfectamente para qué sirve —repuso Jack—. Es la investigación más grande en su género de todos los tiempos. Estamos amasando grandes cantidades de datos utilísimos.

Los ojos le brillaban. Era el típico científico que no ve más allá de los datos que tiene bajo la nariz.

—Me pregunto cuántos miles de millones estará costando —dije.

—¿Miles de millones? —repetió, vacilante, Jack—. No lo creo..., bueno..., quizá...

—Escucha, Jack —le pedí, recalcando mis palabras—. Mi propio sueldo no es pequeño, y tengo a más de doscientas personas trabajando en mi departamento,

y sé cuánto les pagan. Luego vienen las otras secciones de medios informativos: radio, televisión, etc. No son tan importantes como la mía, pero también cuentan. Además están todos los otros departamentos, dedicados a recopilar toda clase de maldita información, desde una evaluación de la deuda nacional hasta el producto de la venta de palomitas de maíz del martes pasado en los vestíbulos de los teatros.

»Y por encima de todo esto, los cerebros que analizan y estudian los datos obtenidos. Tal es en conjunto la plantilla de empleados..., personas como tú y yo. Además están los subalternos: todos los secretarios, taquígrafos, personal de la limpieza, porteros, botones. ¡Ah!, y añade los ingenieros electrónicos que evitan las indigestiones de las computadoras..., y obtendrás la bonita suma de toda una población. Yo he calculado que no baja de las veinticinco mil almas.

–¿Tantos?

–Probablemente más –repose con firmeza–. Y es imposible mantener a tanta gente en una organización no rentable sin engullir un gran bocado del dinero de los contribuyentes.

–Creo haberte dicho que el tío Sam está metido en esto –replicó Jack.

–Ya –asentí–. Pero sucede algo extraño. Este proyecto no es secreto. Yo mismo escribí acerca de él antes de entrar en la organización, y sin embargo, todo se lleva con el mayor misterio. La gente sabe que existe, pero ignora su extensión. Para el público, se trata de un proyecto más cuya finalidad no conoce. Ya sabes cómo piensa el hombre de la calle: «Sí, todo esto es muy interesante, pero, ¿para qué diablos sirve?»

Blandí el cuchillo frente al rostro de Jack.

–Conozco a un par de congresistas que, si se enterasen de la cantidad de dinero que el Gobierno invierte en esto, gritarían hasta derrumbar la cúpula del Capitolio. Es un tema perfecto para ganar votos.

–Yo en tu lugar no se lo diría –murmuró Jack con suavidad.

–¿Por qué habría de decírselo? –repliqué–. Es mi sinecura. Pero si alguna vez he visto malgastar tiempo y dólares, es aquí. Naturalmente, como me gana la vida con él, no debo preocuparme. No obstante, me gustaría saber qué finalidad tiene.

Jack abrió la boca para hablar, pero yo le detuve con un gesto.

–No me largues ahora el cuento de que estamos ayudando al Gobierno a llevar mejor el país. Ningún Gobierno se gastaría miles de millones para aprender a gobernar mejor. Y, ¿por qué habría de hacerlo ahora que está convencido de que actúa a la perfección? Y lo que es más, puede probarlo. Los electores lo dijeron en las urnas, y los electores nunca, nunca se equivocan. Demonios, chico, me temo que no has conocido a ningún político con experiencia.

–En fin, esperemos que el Gobierno sepa lo que hace –respondió Jack, un tanto nervioso–. Yo, de ti, no me preocuparía más. Limitate a seguir trabajando y a embolsarte tu generosa paga.

–De acuerdo –asentí–; ya sé que tengo un empleo permanente.

Llegué a la conclusión de que Jack no tenía un puesto tan alto en la organización como había supuesto en un principio. No había logrado sacarle ninguna información, así que cambié de tema y empecé a hablar de otras cosas.

Me equivocaba en esta apreciación sobre Jack, porque dos días después de nuestra infructuosa conversación fui reclamado por la oficina de Nueva York y obligado a pasar por la maroma.

El nombre que figuraba en aquella puerta era el de J. L. Haggerty, que resultó ser un hombre alto, de rostro delgado, cabellos blancos y unos ojos que parecían los cañones de una escopeta. Hizo salir con un ademán a la secretaria que me había acompañado hasta su oficina, y dijo:

–Siéntese, señor Murphy.

Su voz era tan fría como su mirada. Colocó ambas manos sobre el escritorio y empezó:

–Tengo entendido que ha dedicado su tiempo libre a meditar sobre los fines de nuestra organización.

Nada pude replicar, pues aquello no fue una pregunta, sino una afirmación categórica. De no ser por el tono en que la hizo, habría pensado que era el exordio de una felicitación, o de un ascenso. Me limité a asentir. Sus ojos brillaron.

–Y lo que es peor, ha meditado en voz alta, en un lugar público, donde la gente podía oírle.

Abandoné definitivamente la idea de un ascenso. Esto no era un ascenso, era una reprimenda. La voz de Haggerty tenía un matiz desagradable. Con todo cuidado expliqué:

–No he hecho otra cosa que interrogarme a mí mismo sobre algunas cosas, en especial sobre el alcance de esta operación.

Haggerty hizo un gesto de asentimiento al tiempo que contemplaba una carpeta que tenía delante. Luego la abrió y dijo:

–Según parece, usted es un sabueso profesional: un buen reportero. Por suerte para usted, su historial es impecable, sin un solo desliz. Ninguna afiliación comunista, ningún contacto con sus compañeros de viaje..., ni siquiera ve las películas europeas.

Dirigí una mirada a la carpeta, y me asusté. Era una carpeta gruesa, que debía pesar sus buenos dos kilos. Si aquello era mi dossier, Haggerty sabía más cosas de mí que yo mismo. Empecé a sudar ligeramente.

Haggerty levantó la vista y clavó en mí su mirada, exactamente como un coleccionista clava una mariposa en una lámina de cartón.

–Debo decirle que de no ser así, de no estar usted libre de toda sospecha, si no hubiera hecho más que saludar a un hombre que conociera a otro hombre que hubiese leído *Das Kapital*, ordenaría que le matasen. Sería una gran carga para mi conciencia, pero lo haría.

Yo le creí. Bastaba ver aquellos ojos para creerle. El carraspeó:

–Está usted de suerte, Murphy; no voy a hacerle matar. Por el contrario, voy a contárselo todo. Le voy a confiar el secreto. Tendrá que prestar un juramento de silencio, lo cual significa que si, a partir de ahora, abre otra vez la boca, le haré matar y sin remordimientos de conciencia. ¿Está claro?

No estaba claro, naturalmente, pues yo no tenía la menor idea de lo que me hablaba. Pero el significado básico sí se me apareció con toda nitidez: yo había hecho algo que no debía, aunque no sabía exactamente de qué se trataba. Había chocado contra el Servicio de Seguridad, y el asunto, fuera cual fuera, iba en serio. Yo estaba ardiendo; ahora sudaba copiosamente.

–Comprendo –dije.

–No comprende nada..., todavía –replicó Haggerty con frialdad. Apretó un botón y ordenó–: Diga al señor Lindstrom que venga a mi oficina. –Entonces me miró, sonriendo sardónicamente–. Supimos que empezaba a pensar en voz alta, y enviamos a Lindstrom para conocer exactamente sus pensamientos. Eran dinamita. ¿Sabe usted realmente por qué ha sido llamado a esta oficina?

Negué con la cabeza, sin pronunciar una palabra.

–Por una estúpida observación suya acerca de que conocía a un par de congresistas interesados en la economía. –Su voz se endureció–. El Congreso no sabe nada de esto, y tampoco el Senado. No hay más que cien personas en todo el país que sepan con exactitud la finalidad de este proyecto. No podíamos correr el riesgo de que usted hablara con personas capaces y deseosas de armar escándalo, y por está razón le confiaremos el secreto; para que sepa por qué ha de guardarlo. Es una cuestión de estar a favor o en contra..., y usted está a favor –terminó en tono tajante.

Sopesó el dossier, y lo dejó caer de golpe.

–Sé que usted es un americano patriota. Sé que puedo confiar en usted.

–A decir verdad –confesó–, ignoro de qué se trata; pero, sea lo que sea, puede confiar en mí.

Me dirigió una sonrisa ambigua, pero no respondió.

En aquel momento entró Jack Lindstrom, y Haggerty dijo:

–Bueno, terminemos ya con este asunto. –Rebuscó entre los papeles de su escritorio y extrajo unos cuantos folios que me mostró–. Lea esto –me ordenó.

Dócilmente, procedí a su lectura. Parecía ser el juramento normal del Servicio de Seguridad, al que se añadía una complicada fraseología por la cual uno se comprometía a ceder las patentes al Gobierno en caso de inventar algo, todo lo cual se me antojó extremadamente rebuscado. Llegué hasta el final del legajo y levanté la vista.

–¿Lo ha leído? –interrogó Haggerty.

–Sí.

–Tengo que hacerle esta pregunta de modo legal: ¿Ha comprendido lo que ha leído?

–Sí.

Se rió como si ladrara.

–Es usted un embustero. Nadie sino un abogado podría entenderlo, y antes tendría que estudiarlo durante un par de días. Pero atengámonos a lo esencial. Si dice una sola palabra del proyecto a partir de ahora, es hombre muerto. ¿Comprendido?

Tragué saliva y asentí.

–Muy bien. Ahora firme, en cada una de las páginas.

Firmé todas las páginas; Haggerty y Jack también lo hicieron como testigos. Cuando terminamos, Haggerty dijo:

–Bien. Jack, lléveselo y enséñele todo.

De repente, parecía haberse cansado de mí. Jack preguntó:

–¿Todo? ¿Incluso el lugar que usted ya sabe?

–Todo –subrayó Haggerty–; es inútil andarse con rodeos. Además, siempre he creído que es buena política confiar en la prensa. Si uno se dedica a jugar a la pelota con ella, la prensa se la devuelve.

Me señalaba con la mano, pero hablaba como si yo no me hallara presente.

–Este hombre sigue siendo un periodista de vocación. Tal vez nos sea útil, cuando todo haya terminado, para explicar, con palabras de una sílaba, el asunto a la gente.

Y con esta frase nos despidió.

Una vez fuera, me volví hacia Jack y le dije:

–Ahora tendrás que explicarme de qué demonios se trata.

Me sonrió.

–Te has metido de un salto en el centro del mayor secreto desde el Proyecto Manhattan. Será precisa una explicación muy laboriosa.

–Muy bien. Vamos a mi oficina y hablemos.

–Imposible –repuso, moviendo la cabeza–. Ahora perteneces a la élite. Tu despacho ha sido trasladado al piso de arriba; ya hay otra persona ocupando tu lugar en el antiguo.

Entramos en una oficina vacía, y Jack dijo:

–Quédate aquí y no te muevas.

No me moví. A los pocos minutos, entró un hombre muy bajo con una «Leica» para sacarme unas fotografías. Le dejó hacer. Un cuarto de hora después, llegó otro hombre, éste muy fornido, para tomarme las huellas dactilares. Se las dejó tomar. Dos minutos más tarde, entró una bonita enfermera con una aguja hipodérmica. Quería una muestra de mi sangre. La consiguió.

Por fin, Jack volvió y me entregó un carnet con mi fotografía y un facsímil de mis huellas. Por lo visto, yo trabajaba para Electrónica Carson como miembro del personal de oficina. Era un oficial de segunda categoría.

Fui con Jack hasta el garaje y salimos en su coche. En cuanto empezamos a circular, insistí:

–Ahora dime de qué se trata.

Pero él contestó:

–Normalmente, un coche en marcha se considera seguro para una conversación privada. Este coche es revisado continuamente, pero aun así podría llevar oculto algún micrófono, de modo que no te diré nada hasta que llegemos a nuestro destino.

–Pero, ¿adonde vamos?

Me dirigió una mirada que me hizo enmudecer.

Fuimos al aeropuerto y subimos a bordo de un avión que nos estaba esperando. Volamos durante mucho rato en dirección oeste, y al final aterrizamos en lo que parecía ser un aeropuerto particular. Allí nos estaba esperando un coche. Dejamos el aeropuerto y, después de media hora de atravesar campos y más campos, llegamos a Electrónica Carson. Lo supe porque lo anunciaba un gran letrero. Jack dijo:

–Electrónica Carson trabaja en proyectos clasificados para las Fuerzas Aéreas, y, por consiguiente, hay muchas reglas de seguridad. Disfruta de un ambiente inmejorable en cuanto se refiere a las relaciones de los jefes con los empleados, y sus instalaciones son magníficas. Tiene club, piscina, cine y muchas otras diversiones para que el personal se sienta contento y feliz. No hay nadie que desee marcharse de Electrónica Carson, pese a estar situada lejos de cualquier ciudad.

Llegamos ante una puerta que se abrió para damos paso y que se cerró tan pronto como hubimos entrado. Estábamos en un pequeño patio cerrado. Jack bajó del coche y yo le imité. Mientras cerraba la puerta, me dijo:

–Lo que te he dicho es, naturalmente, la versión oficial, por si alguien se interesa demasiado, aunque nadie lo ha hecho hasta el presente, que nosotros sepamos. Pero tampoco es completamente falsa. Electrónica Carson envía realmente gran cantidad de material a las Fuerzas Aéreas, sólo para que la versión resulte convincente.

Un hombre llegó hasta nosotros y Jack le entregó su carnet. Yo hice lo mismo. Entonces entramos por una puerta que conducía a un edificio de las oficinas. Jack me mostró una habitación del tamaño de una cabina telefónica.

–Aquí es donde colgarás tu sombrero y harás el trabajo que elijamos para ti..., si es que encontramos alguno. Va a ser un problema –comentó pensativo.

Comprendí la situación y me sentí muy incómodo. Yo era un peso muerto; un hombre que admitían en su seno sólo para mantenerle la boca cerrada. Pregunté con tono hostil:

–Y ahora, ¿puedo ser informado de lo que está sucediendo? ¿Qué tiene que ver la electrónica con la investigación antropológica? ¿Y por qué tanto misterio?

–Bueno, bueno –contestó–, aquí te enterarás de todo. Yo te daré una idea general, lo suficiente para que lo entiendas, y después tú irás llenando los huecos, preguntando al resto del personal. –Su expresión se animó–. ¡Vaya! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Puedes ser el historiador del Proyecto Americano.

–¿Proyecto Americano?

–La organización para la que has trabajado hasta ahora constituye la mitad del Proyecto Americano, la mitad que no podemos mantener en absoluto secreto. Esto es el resto; aquí todo es ya absolutamente secreto.

Yo suspiré. Jack sonrió y levantó los brazos.

–Está bien, voy a empezar, aunque es un poco complicado.

–Todo lo que quiero saber –insistí– es por qué un antropólogo se ve mezclado con la electrónica.

–Verás, yo fui uno de los promotores de este asunto. Varios de nosotros, cada uno en su propio campo científico, entrevimos las posibilidades. Tal es la razón de que me veas tan metido en esto. –Sonrió irónicamente–. Apuesto algo a que soy el único antropólogo que ha hecho méritos para quedarse sin empleo.

Observó mi expresión y se apresuró a continuar:

–Sucedió lo siguiente. ¿Por qué se inventó el aeroplano en 1903?

–Pues..., tal vez porque había llegado el momento propicio –contesté, parpadeando.

–Te has ganado un cigarrillo –aprobó Jack, contando con los dedos como si me diera puntos de premio–. No podía existir el aeroplano sin el motor de gasolina, que tuvo que inventarse antes. Había de ser un motor ligero, así que hacía falta el aluminio. La extracción del aluminio requiere mucha energía eléctrica, de modo que, sin una tecnología eléctrica, no podría haber aeroplanos.

»Lo que quiero decir es que cualquier adelanto específico es el resultado de una determinada cultura. Nada importaría que esa cultura se hallase, por ejemplo, en Marte o en Venus.

–¡Eh! ¿Hay acaso extraterrestres y viajes espaciales mezclados en esto?

–No exactamente –se rió–, aunque usaremos un satélite en el proyecto.

–Muchacho –exclamé–, ahora sí que me dejas estupefacto.

–Prosigo –dijo–. Ocurre que a veces, unas cuantas ciencias sin relación aparente tienen muchas cosas en común si las miras con perspectiva. Ya sucedió a principios de los años cuarenta con la cibernética, y ahora está sucediendo en el Proyecto Americano.

»Dentro del Proyecto Americano tiene cabida la electrónica, además de una buena dosis de psicología relacionada con la hipnosis, un mucho de neurología, toda la teoría espacial que podamos necesitar, y algo que da su carácter específico al proyecto: mis conocimientos de antropología.

»Al principio ocurrió que los neurólogos y los psicólogos se unieron para dilucidar el problema de la hipnosis y lo lograron. En el pasado había tantas teorías sobre la misma hipnosis como hipnotizadores; era un campo de investigación muy embrollado. Se sabía que la hipnosis es un proceso puramente mecánico (hay gente que ha sido hipnotizada por un disco de fonógrafo, por ejemplo), pero actualmente ya sabemos qué es en realidad.

–¿Qué es?

–No puedo explicártelo –me respondió–, porque yo tampoco lo sé, no es mi especialidad. Lo único que sé es que tiene algo que ver con la conductividad eléctrica de los centros nerviosos. Si se altera la conductividad de modo selectivo, y el sujeto piensa cosas diferentes, sus pensamientos discurrirán por canales distintos. Pero ten en cuenta que esto es una simplificación muy burda.

»Afortunadamente, este trabajo empezó a clasificarse desde el principio, porque formaba parte de un estudio destinado a combatir las técnicas comunistas del lavado de cerebro. Después ocurrió que uno de los neurólogos era aficionado a la electrónica (solía construir él mismo su maquinaria experimental), y logró inventar un aparato que podía alterar la conductividad eléctrica desde el exterior, mecánicamente y a distancia.

–¿Te refieres a un rayo, o algo así?

–Era más bien como un campo. Naturalmente, ahora ya no podía llamarse hipnosis, cuyas fronteras había traspasado ampliamente. Dicho campo nervioso, utilizado con eficiencia, altera el cerebro del sujeto permanentemente. Es decir, se conecta, se aplica según la norma deseada, y el proceso mental del sujeto se modifica a voluntad. Incluso cuando el campo queda desconectado, el sujeto no retorna a su mentalidad anterior.

Medité un momento sobre esto; después comenté:

–Parecéis estar en posesión de una superlavadora de cerebros.

Jack asintió.

–En efecto, sólo que no nos gusta la frase «lavar cerebros». La llamamos una máquina de reajuste, que es precisamente como la concibió Harrod, el tipo que la inventó. Su idea fue que podía servir de complemento al diván del psiquiatra y contribuir a la curación de la locura. Y es indudable que así será. Su utilidad en el campo de la psiquiatría es evidente.

Pensé en las decenas de miles de locos y en los millones de neuróticos que en el futuro podrían ser curados y reintegrados a la sociedad.

–El oficial de clasificación lo comprendió así –prosiguió Jack–; la máquina estuvo treinta y seis horas sin clasificar, y fue entonces cuando yo me enteré de su existencia. Hablé de ella con varias personas, y escribimos una carta urgente a cierto personaje muy importante. Pero hubo alguien que intuyó las implicaciones, y el invento quedó congelado.

Al observar la expresión de mi rostro, se apresuró a añadir:

–No te preocupes, no permanecerá congelado para siempre. Pero antes tenemos un trabajo muy importante que hacer, más importante que curar a los dementes.

–¿Puede haber algo más importante? –pregunté con desilusión.

–Unir a toda la humanidad –dijo Jack haciendo hincapié en sus palabras.

Yo le miré fijamente.

–¿Estás seguro de no ser tú también un candidato para este campo nervioso? –le pregunté.

–Todos somos candidatos –respondió con ecuanimidad–. Ahora escucha atentamente y te esbozaré todo el plan. El prototipo de la máquina de Harrod tenía varios defectos. Carecía de la energía suficiente y no podía ser dirigida. La hemos mejorado, pero aún sigue siendo un campo, y no un rayo. Esto no importa para el fin con que vamos a utilizarla; mejor dicho, es una ventaja.

Se rascó la barbilla.

–¿Sabes cuál es la causa de las guerras?

Este giro en la conversación me confundió. Respondí:

–¿Quién lo sabe? Siempre ha habido guerras, y nadie se ha tomado la molestia de averiguar por qué.

Jack sonrió.

–Los antropólogos nos hemos tomado esta molestia, pero casi todos los resultados obtenidos están enterrados en las revistas, donde los políticos no pueden verlos. Según nuestras conclusiones, la guerra es el resultado de un choque entre culturas. A diferentes culturas diferentes puntos de vista. Un grupo ve sólo el norte y el sur, otro, el este y el oeste. Resultado: incomprensión y violencia.

»De vez en cuando nos topamos con una comunidad aislada y sus elementos compenetrados, como los indios zuni. En este caso ni siquiera tienen una palabra para designar la guerra, o al menos no la tenían antes de que se la enseñáramos.

–Esta teoría no puede aplicarse a la guerra civil –dije yo.

–Eres muy sutil –asintió–, pero no es necesario que la diferencia sea muy grande para iniciar una guerra. Por ejemplo, la guerra entre los Estados americanos. Este país se dividía en dos culturas distintas: el Sur agrario y feudal y el Norte industrial y democrático. Las dos culturas no podían coexistir bajo el mismo Gobierno; una de las dos tenía que desaparecer. La violencia es el único medio que hasta ahora ha descubierto el hombre para decidir qué cultura ha de sobrevivir.

Se detuvo como para dejarme pensar, pero yo le urgí:

–Continúa. Estás llegando al grano.

–Esta máquina es la solución. Verás, concebí la idea de someter a tratamiento a toda la humanidad y darle la misma base mental, para una cultura común. Pero en estos momentos la humanidad no puede recibir este tratamiento de una vez, conjuntamente. No obstante, así es como ha de hacerse: todos al mismo tiempo. El único sistema consiste en fabricar una máquina muy potente, introducirla en un satélite y ponerlo en órbita. De este modo se podrá bañar todo el planeta en el campo nervioso durante el período de tiempo que se considere necesario, y a la vez. Aspiré profundamente.

–¿Quieres decir que vais a imponer un modo de pensar idéntico a todos los habitantes de la Tierra?

–Sí.

Guardé silencio durante mucho rato. Aquello era excesivo para asimilarlo de repente. Por mi mente desfilaron un sinnúmero de pensamientos. Después de unos minutos pregunté:

–¿Qué clase de mentalidad impondréis?

–Esta cuestión fue causa de muchas discusiones entre los dirigentes. Se habló hasta la saciedad del tema del «hombre ideal». Se consultó a muchos filósofos sobre las cualidades que éste debía poseer, pero no lograron ponerse de acuerdo.

Jack movió la cabeza con desaliento.

–Cuando un filósofo dice algo, siempre hay dos que le contradicen. Fue un desastre. Todo el proyecto estuvo a punto de irse a pique.

–Me hago cargo –dije yo–. Sin diferencias de opinión, no habría carreras de caballos, ni debates políticos. ¿Qué sucedió después?

–Bueno, como el proyecto era idea mía, me endosaron la papeleta. Yo dije que debían atenerse solamente a la ciencia, a las cosas que podían ser medidas, y no a los ideales. Y así es como va a ser. Estamos confeccionando un programa de todo lo que constituye la esencia del hombre americano, que es el trabajo en el cual has contribuido tú hasta ahora. Cuando lo sepamos, sabremos qué mentalidad debemos imponer.

Oculté la cabeza entre las manos.

–Muchacho, ahora sí que no me queda nada por oír.

Aquel asunto era explosivo. No me extrañaba que fuera secreto y que Haggerty se diera tanta prisa en hacerme callar. Una sola palabra a destiempo, y la bomba H explotaría al cabo de una hora. Los rusos no se quedarían quietos, esperando tranquilamente a que les convirtieran en americanos. Y tampoco ninguna otra nación.

–Pero esto es imperialismo –musité–. Imperialismo mental. No es nuestro sistema normal de actuar.

La voz de Jack se volvió severa al decir:

–Es el sistema que debemos adoptar. Tú mismo has puesto el dedo en la llaga cuando has dicho: «Había llegado el momento propicio.» Si no lo hacemos nosotros, es probable que una mañana te despiertes pensando que Charlie Marx fue el hombre más grande que ha existido.

Su voz se suavizó:

–Es el arma más potente del mundo..., pero la última. Cuando esto haya terminado, podremos empezar a licenciar a los ejércitos y a desarticular todas las bombas. El mundo podrá dar un suspiro de alivio y empezar de nuevo. Pero con mi trabajo, yo me habré quedado sin empleo; sólo quedará una cultura por estudiar, y esta cultura la dominaremos a la perfección en cuanto nuestra misión esté cumplida.

–No me parece justo –dije, moviendo la cabeza.

–Tú eres americano. ¿No te gusta ser americano?

–Claro que me gusta.

Jack se encogió de hombros.

–Hay cosas peores que ser americano y maneras peores de vivir. Los americanos somos buenas personas. Llegamos a este continente y lo hicimos evolucionar. Nuestro nivel de vida es el más alto del mundo, y nuestra producción industrial la más elevada. Estamos venciendo a la enfermedad, y nuestros hospitales son la envidia de todos los países.

»Y es cierto que en esencia somos muy generosos, y que no nos gusta ver a otros pueblos privados de sus oportunidades. Por eso siempre damos, damos y volvemos a dar. Pero lo único que podemos dar son dólares, y los pueblos están compuestos de seres humanos, ya se llamen europeos, africanos o asiáticos; les

desagrada y les ofende la caridad. La aceptan porque la necesitan, pero no les gusta tener que aceptarla.

»Todo cuanto tenemos los americanos ha sido producido por nuestro modo de pensar. Y lo que vamos a hacer con el Proyecto Americano es regalar este modo de pensar a todos los demás pueblos. Muchacho, imagínate el increíble progreso del mundo cuando este proyecto haya sido realizado.

Dominado por el vértigo moví la cabeza. Me imaginé a los seiscientos millones de americanos chinos y a los cuatrocientos cincuenta millones de americanos hindúes..., la facción oriental.

Jack continuó hablando, pero suavemente, como si tratara de convencerse a sí mismo, y no a mí.

—Los que contribuimos a este proyecto somos como los físicos atómicos de los años cuarenta. Hemos agarrado a un tigre por la cola y no nos atrevemos a soltarlo, porque, si lo hacemos, alguien menos comprensivo se quedará con él. Pero algunos de los que trabajamos aquí tenemos miedo de lo que estamos haciendo. Yo lo tengo, y todo el asunto ha sido idea mía.

De improviso cogió mi derecha y la retuvo.

—Johnny, ¿tú crees que hacemos bien?

Moví la cabeza.

—Jack, lo ignoro, realmente lo ignoro. No he tenido tiempo de pensarlo; todo ha sido demasiado repentino. —Me concentré un momento, y entonces añadí—: Tal vez hubiera sido mejor atenerse al criterio del «hombre ideal».

—¿Y, cómo saber quién es el hombre ideal? Tenemos que trabajar con lo que sabemos.

—Bueno, dadas las circunstancias, no podéis hacer nada más. Ser americano no es malo..., para un americano.

El suspiró y resumió:

—En fin, así están las cosas. Puedes enterarte de los detalles por tí mismo, cuando hayas conocido a los demás miembros del proyecto. Desde ahora eres el historiador del proyecto. Y otra cosa: no abandonarás Electrónica Carson hasta que el proyecto esté realizado.

—¿Qué diablos...? —protesté.

Esbozó una amarga sonrisa.

—Ordenes. No mías, sino de Haggerty. Ven, te enseñaré tus habitaciones.

Le seguí dócilmente, pensando con amargura en la extraña confianza que Haggerty depositaba en la prensa. Pero en aquellas circunstancias no me atrevía a culparle. No, no le culpaba en absoluto.

Electrónica Carson resultó la prisión más lujosa en que he sido encarcelado. El club estaba a la altura del Westchester Country Club. Tenía pistas de tenis y un campo de golf. En el cine proyectaban diariamente las películas más recientes, y el bar estaba bien provisto.

Al principio hice el holgazán a conciencia, pero pronto me asaltó el aburrimiento y empecé a trabajar en mi lucrativo empleo de historiador. Según mis noticias, iba a permanecer en Electrónica Carson una larga temporada, así que resolví mantener en actividad las células de mi cerebro.

No era un lugar muy grande, por lo menos la sección dedicada al Proyecto Americano. Realmente se le podía llamar una operación secundaria, ya que todo el dinero se gastaba fuera de aquí, en el estudio antropológico. La máquina «de reajuste» tenía que adaptarse a un satélite de pequeñas dimensiones, y aunque era muy compleja, no ocupaba mucho espacio. No había nada que recordase la grandiosidad del Proyecto Manhattan, lo cual constituía, naturalmente, una gran ventaja en lo concerniente a las medidas de seguridad.

Hablé con todos los hombres que trabajaban en el proyecto. Los antropólogos catalogaban los datos procedentes del exterior. Estos datos ya habían sido examinados previamente; de ahí que su cantidad no fuera tan abrumadora como antes de la selección preliminar. Con ayuda de los matemáticos, los datos se transformaban en grupos de ecuaciones que el personal de electrónica introducía en los circuitos.

Un ingeniero confesó que en su vida había diseñado circuitos más absurdos.

–Mire –me dijo mientras encendía el osciloscopio.

Y al punto apareció en la pantalla el trazo verde de unas oscilaciones que parecían dibujadas por Picasso en estado de embriaguez—. Esto es sólo el básico preliminar –me explicó—. Tendré que superponer muchos otros datos antes de darlo por terminado.

El proyecto era revisado por los psicólogos y neurólogos, que vigilaban atentamente la operación, cuidando de que pasara únicamente el material seleccionado por ellos. A quien no logré ver fue a Harrod, el genio que había puesto en marcha todo aquello. Se había seccionado la yugular con una vieja navaja poco antes de que se iniciara la operación.

El jefe del proyecto era el doctor Paul Harden, graduado en psicología y neurología. Como historiador del proyecto, trabé amistad con él, y él conmigo; su preocupación era el futuro, y tenía un sexto sentido para la publicidad personal. Me explicó con mucho detalle los objetivos del proyecto, incluidas muchas cosas sobre las que Jack había hablado con bastante ambigüedad.

–No atentamos contra el libre albedrío, ni nada semejante –me dijo—. Lo que hacemos es reformar a la humanidad, adaptándola al molde americano. El ruso que actualmente sea un hijo de puta, seguirá siéndolo incluso después de nuestro tratamiento, pero será un hijo de puta americano.

–Hay un punto que no comprendo –dije—. Usted afirma que no van a cambiar las convicciones políticas de la gente, pero al mismo tiempo dice que la política de la gente cambiará. ¿No es esto una contradicción?

–Enfóquelo de esta manera. Un italiano piensa a la italiana, porque su ambiente le ha condicionado para ello. Entonces emigra a América. Poco a poco adopta la mentalidad americana, tanto más fácilmente cuanto más joven es. Sigue siendo el mismo hombre, pero sus pensamientos se traducen en acciones diferentes. Por ejemplo, en una pelea tenderá a utilizar los puños y no un cuchillo, porque los puños son el método de agresión americano.

»No adoptará la mentalidad americana de forma absoluta porque es difícil desarraigar las costumbres del país natural, pero sus hijos serán totalmente americanos. Naturalmente, lo mismo sucedería a la inversa, en el caso de un americano trasplantado a Italia.

»Lo que hacemos nosotros con este proyecto es una especie de entrenamiento o acondicionamiento forzado. El modo de pensar americano será imprimido de modo indeleble en todas las mentes, lo cual implica que en una situación determinada la gente tenderá a reaccionar según la manera de ser americana. Indicarán sus preferencias políticas votando democráticamente en lugar de lanzar bombas; los orientales olvidarán su preocupación por "perder prestigio" y serán más fáciles de comprender.

»Pero seguirán siendo los mismos pueblos con sus mismas características. El empedernido conservador inglés conservará sus ideas políticas, pero probablemente votará en favor de los republicanos. El radical francés seguirá votando por el radicalismo, pero al estilo americano.

–De igual modo –intervine yo–, los rusos renunciarán al comunismo porque no es una ideología americana. Adoptarán nuestro sistema.

–Exactamente.

–Y no existirá la tendencia a volver al antiguo régimen porque todos habremos sido tratados al mismo tiempo –agregué.

–En efecto; no se podrá retroceder porque no habrá pasado. Es un sistema de educación infalible. –Me miró con entusiasmo–. Maravilloso, ¿verdad?

Pensé que el doctor Harden no parecía nada preocupado por las cuestiones morales y éticas implicadas en su trabajo. Y tenía razón; era realmente maravilloso. Sin embargo, yo prefería que aquel maldito sistema no hubiera sido inventado. Ciertamente haríamos lo imposible para ser justos con todo el mundo, para que la democracia no se extinguiera. Pero tarde o temprano surgiría algún fanático que, como todos los fanáticos, pretendería que todo el mundo pensase exactamente como él, y entonces la humanidad se vería condenada a una civilización de termitas.

No obstante («había llegado el momento propicio»), si nosotros no lo hacíamos, otros lo harían, y me hubiese molestado mucho verme sometido a una vida dedicada al culto de los antepasados, por ejemplo.

Pasaron tres años. La máquina ya estaba a punto para ser puesta en órbita. Lo único que demoraba el Proyecto Americano era el estudio antropológico, que aún no se había completado. Asegurarse de que aquel grandioso programa contuviera solamente la quintaesencia del americanismo, resultaba complicado y difícil. No podía correrse ningún riesgo.

Los datos fueron recopilados, seleccionados y evaluados, y la organización exterior fue adquiriendo proporciones cada vez mayores. Harden me dijo que la plantilla se componía ya de sesenta mil miembros, y no se había producido el menor resquicio en el camuflaje. Aparentemente, después de mi admisión habían introducido un sistema celular, gracias al cual era imposible que ningún hombre llegase a adivinar siquiera las dimensiones de la organización.

Cuando empezaron a montar el satélite, supe que el momento se aproximaba. Pregunté a Harden cuánto tardaría en realizarse la operación una vez que el satélite estuviera en órbita. Se rascó la oreja y manifestó con alegría:

—¡Oh!, creo que una semana será suficiente. El efecto es acumulativo, y supongo que lo mantendremos en órbita por algún tiempo más. El disparo se hará desde el Polo; de este modo obtendremos un máximo de rendimiento.

Parecía un astuto ejecutivo de Madison Avenue hablando de asuntos financieros, pero había un detalle que aún me inspiraba curiosidad.

—¿Cuál será el efecto en los americanos nativos?

—Muy pequeño. Sólo un aumento de americanismo. Nosotros apenas notaremos nada —dijo sonriendo—. Pero el Comité de Actividades Antiamericanas desaparecerá para siempre.

La tensión fue en aumento en Electrónica Carson. Una semana antes del lanzamiento, aislaron toda el área. Los miembros del personal se movían de un lado a otro con los nervios a flor de piel. En el bar se consumió más alcohol que de ordinario y se perdieron grandes sumas en el póquer.

Dos días antes del lanzamiento, Harden convocó una reunión general en el club. Yo me había despertado tarde y tenía la cabeza embotada, pese a que no había bebido mucho. Llegué a la reunión con una sensación de pesadez en el cerebro.

Harden y media docena de jefes de departamento se hallaban ante una mesa en el estrado. A los pocos minutos, Harden se levantó y golpeó fuertemente la mesa con un mazo.

—Camaradas trabajadores científicos —dijo—, he convocado esta reunión a fin de elegir un Comité de Trabajadores legalmente constituido para esta organización.

Yo levanté la mano.

—Voto por el camarada doctor Harden como presidente.

Me pareció lo más justo e indicado. Otro gritó:

—Yo le secundo.

La moción fue aprobada.

El camarada Harden detuvo la ovación con un ademán.

—Camaradas trabajadores científicos: ahora ya debe resultar evidente que la grande y gloriosa Unión Soviética ha demostrado una vez más su natural superioridad sobre las potencias imperialistas, burguesas y capitalistas.

Todos los comunistas prorrumpieron en vítores.

Huellas indelebles

Zenna Henderson

The indelible kind, © 1968 by Mercury Press Inc. Traducido por P. Giralte e I. Roger en *Ciencia Ficción Selección 7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

En nuestra quinta selección de Ciencia Ficción se incluía un relato de Zenna Henderson titulado Ángeles ignorantes, perteneciente al ciclo Pueblo. En dicho ciclo, como ya expliqué, se narra las peripecias de una raza alienígena dotada de poderes parapsíquicos afincada en la Tierra.

Como ocurre en la mejor SF, en los relatos de la Henderson el símbolo del extraterrestre es utilizado para poner en evidencia las contradicciones de nuestra sociedad. Así, en Ángeles ignorantes se lleva a cabo una enérgica denuncia del odio irracional hacia lo diferente, de la persecución implacable de quienes se apartan de la norma.

Huellas indelebles pertenece también al ciclo Pueblo, y aunque no implique una crítica tan directa como el otro relato citado, está impregnado de la melancólica poesía y del mensaje de fraternidad que caracteriza toda la obra de Zenna Henderson.

Soy una persona que siempre ha pisado segura sobre la tierra. Al volver a leer esta sentencia, las comisuras de mis labios se elevaron. Y es que ahora me sonaba de un modo diferente. De todas formas, es una sentencia que me describe a las mil maravillas, a pesar de que siempre he sido algo escéptica. Me he divertido mucho –quizá con cierta ansiedad– al oír las historias de fantasmas contadas por otras personas, o esas extrañas coincidencias que le cortan a uno la respiración, o todos esos relatos de platillos volantes, mesas que se mueven y sueños proféticos, pero a mí, personalmente, nunca me ha sucedido ninguna de estas fantásticas cosas. Tal vez sea porque esto exige tener un temperamento parecido al de un niño –no infantil– para mantener vivas la ilusión y la admiración en toda una existencia consagrada a la educación. ¡Toda una existencia! ¿Verdad que esto suena horrorosamente a algo que nos hace cada día más viejos? Pero cuanto más pensaba en esto más me adaptaba al papel de la persona que observa que al de la que actúa. Quizá esto explique un poco mi falta de iniciativa en aquella actuación, que fue fundamentalmente la de espectadora. Pero ¡vaya actuación! ¡Y cuán espectacular fue!

Pero volvamos a la escuela y empecemos la historia por el principio. Para una maestra como yo, los nombres y los rostros de los alumnos dan la impresión de que se repiten, de que son los mismos, en todos los cursos a lo largo de los años. Sin embargo, de tarde en tarde se presenta uno completamente distinto; y esto hace que la maestra se sienta contenta o descontenta con esta clase diferente de alumno. Pero en este caso concreto, y fiel a mi forma de ser, no sentí siquiera la menor inquietud o premonición.

El nuevo alumno vino solo. Era pequeño, de aspecto insignificante y de cabellos oscuros y lisos. Tenía esa seguridad en sí mismo propia de un chico que se ha matriculado muchas veces él solo, aunque no daba a entender si se encontraba a

gusto o no en su nueva escuela. Había traído un certificado de estudios que no decía nada de especial, excepto una calificación baja en la asignatura de Participación en Grupos de Actividad Escolar, y otra alta en la de Adaptación al Asesoramiento Directivo. Estas calificaciones me hicieron suponer que se trataba de un chico amante de la soledad, pero muy ágil para expresarse, lo cual no me ayudó mucho para valorarlo desde el punto de vista académico.

—¿Qué libro estás leyendo? —le pregunté, mientras miraba hacia el estante de libros por si acaso no se acordaba del título del mismo. Algunas veces hay chicos que ponen cara de asombro y dicen: «¿Leer?»

—¿En cuál de las series? —me dijo mientras fruncía el entrecejo—. ¿En la de «Mire-y-conteste», en la «Ita» o en fonología? Mi familia ha cambiado tanto de sitio últimamente, que cada lugar al que vamos me parece diferente a los demás. Algunas veces hasta me confunde. En realidad no soy un buen alumno, sea cual sea el método utilizado —añadió al ver la sorpresa reflejada en mi rostro—. Tanto es así que sólo estoy a nivel de segundo grado escolar.

—Pues tu vocabulario no corresponde a un chico de segundo grado escolar —le dije mientras hojeaba su certificado de estudios.

—No; pero en lectura sí —repuso—. Tengo miedo... —De acuerdo con tu edad, deberías estar en tercer grado —le interrumpí mientras leía la fecha de su nacimiento.

—Sí, y supongo que esto influye en todo; pero aunque debería estar en tercer grado, estoy muy mal en lectura.

—¿Por qué? —le pregunté, confiando en que, por saber tanto de su verdadero nivel de estudios, sabría responder a mi pregunta.

—Porque soy un zoquete —me contestó—. Tengo miedo...

—¿Por qué dices que eres un zoquete? —le pregunté, tratando de saber por fin cuál era la causa de su torpeza.

—Es que yo... —balbuceó mientras levantaba los ojos—, no soy muy bueno en lectura.

Sus palabras me dieron a entender que trataba de eludir una respuesta concreta a mi pregunta, por lo que decidí dar por terminado el interrogatorio.

—Bueno, está bien —le respondí—; pero escucha atentamente lo que voy a decirte. Aquí, en Rinconcillo, estarás en diferentes niveles escolares. Sólo tenemos una habitación para quince alumnos, por lo que empezamos nuestras asignaturas al nivel que mejor va a todos. ¡Y trabajamos de firme! —añadió mirándole fijamente. —Sí, profesora —susurró.

Intercambiamos una mirada de comprensión recíproca. Sus ojos eran los de un niño de ocho años, y los míos, como es obvio, los de una maestra. Le ordené que se fuera a jugar al patio y yo volví a mi trabajo.

En mi libro de anotaciones escribí su nombre: Vincent Lorma Kroginold. «Un nombre complicado —pensé—, que hace juego con un estudiante difícil.»

Bueno, y ahora voy a explicar lo que es Rinconcillo. Aquí, en el montañoso Oeste, los pueblos pequeños, al tender a convertirse en grandes ciudades, invaden toda clase de terrenos para extender sus límites municipales. En Winter Wells, el crecimiento del pueblo ha seguido, a lo largo de muchas millas, el curso

de las tres autopistas que se cruzan en su demarcación, formando una ciudad parecida a una araña de seis patas. La expansión ha proseguido luego fuera de los límites municipales y sobre verdaderas lomas montañosas que se adentran ahora en la ciudad.

Y aquí está Rinconcillo, una escuela con sólo un aula y quince estudiantes, a media milla de un complejo escolar con ocho escuelas y cuatro mil ochocientos estudiantes. La única razón de que exista esta escuela son las facilidades proporcionadas por el LME (Laboratorio de Matemáticas Experimentales) a las familias que habitan en los alrededores del mismo, y a media docena de granjeros independientes que se oponen con obstinación a que sus propiedades sean urbanizadas e incluidas en los planes estatales de desarrollo rural, así como a su integración en el sistema escolar de Winter Wells.

En cuanto a mí, éste era mi cuarto año en Rinconcillo. No sé exactamente si atribuirlo a mi ardiente amor por la independencia o simplemente a mi obstinación, pero la realidad era que cada año volvía a mi «rinconcito interior» arropado, literariamente hablando, bajo la curva de un alto saliente de piedra arenisca al final de un estrecho desfiladero. El intenso tráfico, en las dos autopistas entre las que nos hallábamos, ni siquiera podía sospechar que existiéramos en aquel sitio. Cuando miro por la ventana de la escuela el paisaje silencioso que ofrecen los alrededores a primeras horas de la mañana, aún me cuesta trabajo creer que la civilización exista en cualquier sitio a cien millas de distancia. Los retorcidos y viejos robles proyectan sus sombras alargadas sobre la dorada arena de un riachuelo que discurre –casi siempre seco y en ocasiones tumultuoso a causa de las lluvias– por la parte media de nuestro desfiladero. Los acerolos crecen en sus bordes hasta que éstos se tornan demasiado escarpados y estériles para soportarlos. Y sin embargo, un simple recorrido de veinte minutos –diez para salir de aquí y diez para entrar allí– le permite a uno presentarse ante el MONSTRUO MERCANTIL, TODO MAS BARATO. Raras veces elijo este camino.

Pero volvamos a Vincent Lorma Kroginold. Estaba acostumbrada a tratar extraños niños en mi escuela. El laboratorio atraía por igual a personajes brillantes que a otros más raros. La mayoría de los hombres allí residentes eran buenos ciudadanos y no más excéntricos que otros profesionales, de cuyos hijos nos ocupábamos. La situación no aconsejaba la enseñanza por grados. Por otra parte, el distinto desarrollo mental de algunos niños hacía casi obligatorio el sistema de enseñanza que yo utilizaba. Por ejemplo, en el caso de Vincent, un niño de casi nueve años, por estar mal calificado en lectura, se hallaba a nivel de segundo grado, pero capacitado en conjunto para entrar en el tercer grado, que implicaba unas dotes excelentes, aunque impropias de su edad. ¿Cómo clasificarlo? La situación resultaba tan compleja, que no sabía si situarlo en segundo grado o en el tercero o en el cuarto o, ¿por qué no?, en el quinto. Quizá una charla con su madre arrojaría alguna luz sobre la anómala «torpeza» en lectura de aquel chico. Esto era algo difícil de llevar a cabo, ya que, según constaba en su instancia, sus padres trabajaban en el Laboratorio de Matemáticas Experimentales. A pesar de todos los métodos empleados, a Vincent teníamos que clasificarlo en segundo grado –o menos– debido a su baja calificación en lectura.

–Lo siento, pero me cuesta mucho seguir leyendo –me dijo un día al tiempo que abandonaba la lectura de un libro titulado *En las horas felices*, cuyo texto había deletreado con dificultad–. Y la lectura es una cosa básica, ¿no es así?

–Así es –le contesté al tiempo que examinaba sus calificaciones en matemáticas; calificaciones que correspondían a un chico de un nivel escolar superior, mientras que las del test de vocabulario demostraban todo lo contrario.

–Si fueran sólo palabras, sería capaz de definir las –me contestó. Y me lo demostró hasta dejarme pasmada con su dominio de las matemáticas, propio de un alumno de tercer curso de una escuela superior.

–Supongo –le dije– que esta habilidad tuya para las matemáticas la has heredado de tus padres, ¿no es así?

–¡Oh, no! –me contestó–. Ellos nunca me han enseñado nada de esta materia. Lo que ocurre es que..., es que..., me gustan las matemáticas. Me explicaré: en esta ciencia siempre tienes una salida; nunca quedas atrapado.

–¿Atrapado? –le pregunté extrañada.

–Sí, y se lo voy a demostrar –me respondió mientras cogía un lápiz–. ¡Fíjese! Uno más uno es igual a dos. En efecto, así es, pero no se acaba aquí la cosa. Si uno lo desea, puede volver atrás: dos es igual a uno más uno. ¡Nunca queda uno atrapado! ¿Lo ha visto? ¡Las puertas siempre quedan abiertas!

–Pues sí, así es –le dije, dándome cuenta en mi fuero interno de lo que quería dar a entender–. En cambio, en lo que a mí concierne, me ocurre lo contrario: quedo atrapada, como tú dices. Verás. Uno más uno es siempre igual a dos, lo quiera yo o no. Algunas veces me gustaría que fuese igual a uno y medio, o a dos y tres cuartos, pero ¡nunca puede ser así!

–No, no puede ser –me respondió mientras en su rostro se reflejaba cierta preocupación–. ¿Acaso esto la atormenta con frecuencia?

–¡Santo cielo! ¡No, hijo mío! –le dije riéndome–. Esto nunca me ha complicado la vida.

–No, claro –me contestó, con sus ojos fijos en los míos–. Pero es precisamente por eso por lo que...

Su voz se apagó mientras dirigía su mirada a través de la ventana hacia el patio de recreo de donde nos llegaba el griterío de los demás niños. Me di cuenta de ello y le permití ir a reunirse con ellos. A pesar de ser solamente ocho, daban la impresión de ser dieciséis o veinticuatro en sus locas carreras y vueltas.

–¿Era eso entonces? –me dije pensativamente mientras apoyaba los codos sobre la cubierta del libro de ejercicios escolares–. ¿A mí no me agradaba el sistema utilizado en una gran escuela porque su «uno-más-uno» era diferente al mío de «uno y medio» o «dos y tres cuartos»? Podía ser. Sí, podía ser. ¡Cuántos chicos no se habían dado cuenta de ello! Reanudé mi trabajo de preparar unos ejercicios para los chicos que empezaban el curso aquel año, y otro para Vincent.

Mis observaciones sobre la labor escolar de Vincent durante el mes siguiente me demostraron algo en verdad extraño; comprobé que podía leer algunos de los artículos de la enciclopedia, pero, en cambio, no podía leer una sola página de *La cabra arisca* de Billy. También comprobé que podía leer ¿Hay algo más raro que un día de junio?, y, sin embargo, no podía leer *Pedro Masa*, comedor de calabaza. En una palabra, daba la impresión de que podía leer lo que le gustaba; eso era todo. No quiero decir con esto que se trataba de un mero capricho, sino que huía de ciertas lecturas y que actualmente no podía llevarlas a cabo. Como no podía encontrar la causa de este extraño fenómeno, opté por dejarle leer lo

que más le gustara. ¡Y vaya si lo hizo! Se concentraba tanto sobre los libros de su agrado, lo hacía con tanta avidez, que al final acabó por preocuparme. Sin embargo, seguían siendo patentes sus esfuerzos por evitar las equivocaciones en las lecturas que no le complacían.

Daba la impresión de que le gustaba la escuela, pero sólo en raras ocasiones se juntaba con los demás chicos. Aceptaba muy gustoso, aunque con timidez, las invitaciones de los demás alumnos para unirse a ellos en sus juegos; y jugaba con suma competencia, cosa extraña en un niño de ocho años.

Todo marchó perfectamente entre ellos hasta el día en que Kipper –un alumno del octavo grado– arrastró por el suelo a Vincent, golpeándole y haciéndole sangrar.

–Este chico ha estado a punto de matar a Gene –dijo Kipper–. Ruth le está atendiendo ahí afuera, pero no nos atrevemos a traerlo. En el libro Primeros auxilios se lee que no hay que mover a un herido hasta estar seguro de lo que realmente tiene.

–Espera aquí –le dije a Vincent al tiempo que me dirigía hacia la puerta–. Mientras, ve buscando unas vendas para curar tu rostro –añadí. Luego salí en pos de Kipper.

Encontramos a Gene encogido en medio de un grupo que le contemplaba horrorizado, al pie de la pared del desfiladero. Ruth lloraba, mientras le limpiaba la frente cubierta de barro con un trapo mojado. Tras un rápido reconocimiento, comprobé que no había ninguna herida. Acabé de tranquilizarme cuando le oí quejarse, al mismo tiempo que abría los ojos y comenzaba a moverse. Luego, haciendo un esfuerzo, logró sentarse, mientras palpaba con sumo cuidado su sien.

–¡Ay! ¡Esa maldita piedra! –exclamó con lágrimas en los ojos mientras yo apartaba los cabellos de su cabeza para comprobar si había alguna lesión, además de aquel chichón del tamaño de un huevo. No había ninguna–. Me golpeó con esa piedra grande –añadió.

–¡Imposible! –exclamé, ya algo más sosegada–. Si lo hubiera hecho, te habría destrozado los sesos al mismo tiempo. ¡Fíjate en el enorme tamaño de esa piedra!

El grupo se apartó para que Gene pudiera comprobar el tamaño de la piedra, mientras Pete bajó del repecho, donde se había subido para contemplar mejor la escena.

–Todo lo que usted quiera –dijo Gene mientras se llevaba la mano con sumo cuidado a la parte dolorida de su cabeza–, pero, de todas formas, ¡él lo hizo!

–Bueno, está bien, levántate –le dije mientras intentaba incorporarlo–. ¿Quieres que Kipper te lleve?

–No, no me hace falta –contestó Gene mientras rechazaba la ayuda de mis manos–. No estoy herido. ¡Marchaos de una vez, y dejad de meter vuestras narices donde no os importa! –dijo, airado, al tiempo que volvía la espalda a sus compañeros.

–Bueno, niños, marchaos de aquí –ordené, mientras conducía a Gene delante de mí–. Cuando estemos dentro de la escuela, Gene, tú y yo tenemos que hablar de ciertas cosillas.

Vincent nos esperaba sentado; parecía tranquilo. Se había limpiado cuidadosamente. Sólo tenía manchada de sangre la venda que había colocado sobre la herida de su ceja izquierda. Dos hilillos de sangre se deslizaban por su mejilla. Dedicué unos minutos a curarle. No había duda: Vincent era el más lesionado de los dos. Sentí los latidos de su corazón contra mi pecho mientras hacía girar su dócil cuerpo para arremangarle la camisa y atar la venda.

–Bueno, ya hemos terminado –dije mientras me sentaba detrás de mi pupitre, con expresión seria, y observaba a aquellos dos niños delante de mí–. Habla tú primero, Gene.

–Sí, profesora –contestó mientras, con aire casi de orgullo, separaba sus cabellos y me indicaba con un dedo el chichón de su cabeza–. Vincent me dijo que soltara mi ardilla y yo le dije que no. ¡Qué demonio! ¡Era mía! El insistió en que la soltara y yo volví a repetirle que no. Entonces, él cogió la jaula y... –al llegar a este extremo, la indignación que se reflejaba en sus ojos dio paso al instinto de defensa– le empujé y... bueno, entonces él me golpeó con la piedra. Santo cielo, creo que me dejó K.O., ¿no fue así?

–Así fue –le contesté, muy seria–. ¿Y qué me dices tú, Vincent?

–A él no le pasó nada –respondió con voz ronca al tiempo que bajaba los ojos y los fijaba en el esparadrapo del dorso de su mano. Luego levantó la cabeza, y en sus labios se dibujó una mueca indefinible–. Excepto que le golpeé contra la piedra– concluyó.

–¿Que le golpeaste contra la piedra? ¿Quieres decir como en el judo o algo así? ¿Le empujaste contra la roca con la suficiente fuerza como para hacerle perder el conocimiento?

–Como usted quiera –dijo, encogiéndose de hombros.

–No es como yo quiera –le contesté–. ¿Fue eso lo que en realidad sucedió?

–Le golpeé contra la piedra –repitió Vincent.

–Pero, ¿por qué? –insistí, ignorando los motivos de su terca insistencia.

–Estábamos peleándonos. Ya se lo dijo él.

–¡Me destrozaste la jaula! –intervino Gene, indignado.

–Tú ya hablaste antes, Gene; deja que ahora hable él. Continúa, Vincent.

–Tenía que dejar en libertad a la ardilla –prosiguió Vincent, dirigiéndome una mirada llena de ansiedad–. El se oponía; pero la ardilla quería huir.

Al llegar aquí, sus ojos perdieron aquel reflejo de esperanza; la esperanza de que yo le creyera a él.

–La ardilla no era tuya –le recordé.

–¡Tampoco era suya! –respondió–. ¡La ardilla era libre! ¡El no tenía ningún derecho...!

–Yo la cacé –intervino Gene.

–Cállate, Gene. Ahora le corresponde hablar a Vincent. ¡Si vuelves a interrumpirle, te ordenaré salir fuera!

Gene obedeció, refunfuñando.

–Sin embargo, Vincent, no pusiste ningún reparo a que Ruth tuviera encerrado un conejillo en una jaula –le dije, mientras en mi mente se establecía una relación entre «jaula» y «matemáticas».

–Es que ese animal nació para vivir enjaulado –me contestó mientras se tocaba la mano vendada–. No conoce otra vida y, además, esta circunstancia no le preocupa lo más mínimo. En cambio, a la ardilla, sí. El pobre animal habría sido capaz de matarse, de haber podido, con tal de conseguir la libertad. Yo... tenía que...

Con gran asombro, vi que unas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Vincent, mientras apartaba su rostro para que yo no lo viera. Sin decir una palabra, saqué un pañuelo del cajón de mi pupitre y se lo entregué. Se secó las lágrimas con manos temblorosas.

–¿Tienes algo más que decirme, Gene? –le pregunté.

–¡Claro que sí! ¡La ardilla era mía! Y, además, me gustaba mucho. ¡Era... era mía!

–Haremos un trato –dijo Vincent–. Te daré una rata blanca dentro de una hermosa jaula de brillante aluminio. Una que esté preñada, si así lo deseas. De este modo, dentro de una semana, tendrá cuatro o cinco crías.

–¡Caramba! ¿Quieres presumir de honrado? –dijo Gene, cuyos ojos brillaban ahora de manera extraña.

–¿Qué quieres decir, Vincent? –le pregunté, intrigada por su propuesta.

–Es que en casa tenemos unas cuantas ratas –me contestó–. Mister Wellerk, que también trabaja en el Laboratorio de Matemáticas Experimentales, me dio unas cuantas cuando llegamos aquí mi familia y yo. Tenemos demasiadas ratas; y mi madre me dijo que podía regalarle a Gene las que quisiera si su madre estaba de acuerdo.

–¡Claro que estará de acuerdo! –exclamó Gene–. Aquí, los chicos tenemos a nuestra disposición una parte del granero para nuestros animales domésticos, y si nos cuidamos de ellos, nuestras madres no se cuidan de lo que tenemos. ¡Ni una sola vez vino mi madre a ese sitio del granero! En cambio, mi padre viene de vez en cuando para estar seguro de que hacemos bien las cosas. No, mis padres no se opondrán a que yo tenga una rata blanca.

–Bueno, pues en ese caso –intervine–, tú, Gene, le escribirás a tu madre una nota diciéndole que puedes conseguir la rata; y en cuanto a ti, Vincent, si estás decidido a cumplir lo que has dicho, trae mañana aquí la rata y daremos por terminado este enojoso asunto. Ahora ya se pueden marchar los dos –añadí mientras cogía la campanilla.

Gene se marchó inmediatamente, y pude oír cómo gritaba:

–¡Hurra, he conseguido una rata blanca! Vincent estaba a punto de atravesar la puerta cuando le llamé y le hice una pregunta:

–¿Sabía tu madre, antes de venir tú a la escuela, que ibas a dejar en libertad a la ardilla?

–No, profesora. Ni siquiera sabía que Gene tuviese una.

–¿Quieres decir que tu madre no te sugirió que hicieras ese trato con Gene?

–Así fue, profesora –respondió a disgusto.

–¿Cuándo? –le pregunté, temiendo que volviera a enredarme con sus extrañas teorías y misteriosas palabras.

–Cuando usted salió a buscar a Gene. Telefoneé y le conté todo lo que había pasado. Me reprendió por haberme peleado, y luego me sugirió que quizá a Gene le agradaría tener una rata blanca. A mí me gusta mi rata, pero tenía que dejar en libertad a la ardilla.

Al llegar a este punto, Vincent titubeó. No le dije nada. Acto seguido se marchó.

–¡Bien! –exclamé, respirando por fin. ¡Ananías K. Munchausen! ¿Era verdad que había llamado a su madre? ¡El teléfono más cercano estaba en el MONSTRUO MERCANTIL! Pero incluso admitiendo este hecho tan extraño... Resumiendo, aquello era algo que no entendía. ¡No sonaba a mentira!

A la tarde siguiente, una vez terminadas las clases, me puse a espiar por la ventana. Vincent se hallaba fuera esperando, igual que yo, a su madre. Era una cosa inevitable: cuando un chico vuelve a casa magullado, herido, o golpeado, es seguro que al día siguiente se presentará en la escuela un padre enfurecido pidiendo explicaciones. ¡Y Vincent había sido golpeado!

No oí la llegada del automóvil, pero comprendí que la madre acababa de llegar por los gritos de alegría de Vincent. Luego les vi dirigirse hacia el porche de la escuela. Vincent, cogido del brazo de su madre, caminaba feliz y contento.

–Esta es mi madre, profesora –dijo–, la señora Kroginold.

–Buenas tardes, señorita Murcer.

La señora Kroginold era baja de estatura, cabellos oscuros y ojos brillantes. Se volvió hacia el muchacho y le dijo:

–Tú espérate ahí afuera, hombrecito. Esta es una conversación entre personas mayores.

Vincent se dirigió hacia la puerta y, al llegar a ella, se volvió y nos dirigió una mirada en la que se reflejaba cierta ansiedad.

La señora Kroginold se sentó en la butaca que siempre tenía preparada para las visitas, y que, antes de que ella entrase, ya había puesto delante de mi mesa de despacho.

–Ya veo que me esperaba –dijo, señalando la butaca–. Comprendo que debí venir antes y explicarle la extraña conducta de mi hijo.

–En efecto, su hijo no es un chico corriente –empecé a decir con tacto–. Es esto lo que más me ha extrañado de él y no el que se pelee con un compañero.

–No, mi hijo no es un chico fuera de lo corriente –dijo la señora Kroginold–. Si lo es, será en otras cosas; su conducta se ajusta perfectamente a su carácter. En esto ha influido mucho la situación de nuestra familia. Resulta que nos hemos visto obligados a movernos constantemente de un sitio a otro, con los consiguientes cambios de escuela para Vincent. Esta es la primera vez que tengo la oportunidad de explicarle a alguien su extraña conducta. Y, desde luego, también es la primera vez que mi hijo golpea a otro chico. A su padre le costaría mucho trabajo creer lo que ha hecho. Bueno, de todas formas, se encuentra tan a gusto en esta escuela y progresa tanto en sus estudios que, francamente, no

quiero seguir criticándole... Me dijo que usted le había preguntado sobre ese asunto de la rata...

–La rata preñada –completé yo.

–Pues, bien, aunque a usted le cueste trabajo admitirlo, mi hijo me consultó sobre este asunto. Me explicaré: los miembros de nuestra familia utilizamos una especie de telepatía en casos de emergencia.

–¡Una especie de telepatía! –exclamé extrañada, para luego añadir, tratando de seguirle la corriente–. ¡Oh, qué interesante!

Al observar un extraño fulgor en los ojos de la señora Kroginold, insistí:

–Quiero decir una peculiaridad muy interesante, ¿no le parece?

–Discúlpeme –me contestó rápidamente–. No quise decir... que acostumbramos a adivinar lo que los demás piensan en un momento dado. Pero puede usted creerme que mi hijo oyó –aunque mejor sería decir «sintió»– que la ardilla gritaba al resistirse a ser enjaulada. Esto le ocurre siempre, y en cualquier sitio. A mi juicio, la ineptitud de mi hijo en lectura se debe únicamente a los libros cuyo texto menciona algo que va en contra de la voluntad de un ser viviente, sea persona o animal..., bueno, creo que usted ya me entiende... Quiero decir que Vincent no puede tolerar, ni incluso leyéndolo, el que se obligue a un ser viviente a hacer lo que no quiere...

A mi mente acudieron en aquel momento algunas de las frases que a Vincent más le costaba pronunciar: «Y trataron de encerrarla dentro de una calabaza vacía.» «Las tres cabras ariscas de Billy tenían miedo de cruzar el puente.»

–En las otras escuelas en las que mi hijo estudió anteriormente –prosiguió la señora Kroginold–, sólo le proporcionaron libros en consonancia con su nivel de grado escolar; y por eso usted se ha sorprendido de muchas cosas que Vincent le ha contado... Sí, mi hijo golpeó a Gene contra la roca –prosiguió, con una forzada sonrisa–. Proyectó su cuerpo contra la roca. En realidad, se trata de una interpretación más bien liberal de nuestras reglas de familia. A mi hijo le está prohibido el dejar abandonada cualquier cosa importante, grande. Y en el caso que estamos discutiendo, creo que admitirá, señorita, que su compañero Gene estaba en menos peligro que la pobre ardilla. Como verá, nuestra familia tiene unas características que no son precisamente... nada corrientes. Pero dejando esto a un lado, quiero que sepa que mi hijo es aún un tierno escolar, que nosotros sólo somos sus padres, y que tanto él como nosotros la apreciamos mucho. ¿Acepta nuestras disculpas?

–Pues yo..., yo... –balbucí, sin poder disimular mi estado de confusión–, yo..., yo...

–Bueno, bueno –dijo, sonriente, la señora Kroginold al tiempo que se ponía de pie– Le estoy muy agradecida por no haber tomado como una ofensa todo lo que le he dicho. Y es que en cierta ocasión en que le hablé con toda franqueza a un vecino nuestro, éste trató de arrastrarnos a un pleito...; por eso le estoy muy agradecida. Ha sido tan buena con mi pobre Vincent, que no encuentro palabras para expresarle mi reconocimiento.

Acto seguido, se marchó sin haberme dado tiempo suficiente para poner orden en mis ideas. No sentí el motor del coche de la señora Kroginold al abandonar la

escuela, pero cuando me asomé a la ventana no vi ninguno en los terrenos del colegio.

Cerré la escuela y me dirigí a un pequeño apartamento de dos habitaciones, situado detrás de la misma, para coger mi abrigo y mi bolso. En él había vivido durante mis dos primeros años de estancia en Rinconcillo antes de sentir la necesidad de mayor espacio y más libertad fuera de las horas de trabajo. De vez en cuando, incluso ahora, cuando me sentía muy cansada para soportar los ruidos de Winter Wells, pasaba la noche en mi vieja y estrecha cama en aquel apacible desfiladero.

Me volví a preguntar cómo era posible que no oyera el coche de la señora Kroginold al abandonar la escuela. En aquel instante atravesaba el último arroyo cercano al riachuelo antes de penetrar en la autopista. Intentó seguir cuidadosamente las huellas que dejara por la mañana. Las mías eran las únicas, tanto de ida como de regreso. Dejé de pensar en aquel hecho tan extraño apenas me vi envuelta en el tráfico de la autopista. Dos camioneros de los que hacen el trayecto de la costa me avisaron con los claxons de sus vehículos. Luego me fijó que por la calzada central marchaban dos turistas del Medio Oeste contemplando el paisaje y sin darse cuenta de que iban a sólo cuarenta kilómetros por hora. Tuve que reírme a la fuerza. Después de todo, no había nada de misterioso en las solitarias huellas de los neumáticos de mi coche. En aquel momento me hallaba un poco desorientada. El Laboratorio de Matemáticas Experimentales se hallaba a menos de una milla de distancia de la escuela, pero a pie implicaba una buena media hora de caminata. Después de mi entrevista con la señora Kroginold, ésta se había marchado a casa con su hijo. Mi fantasía se echó a volar recordando a la señora Kroginold y la imaginé con sus sandalias de tacones de goma trepando por la falda de la colina, pues a nadie se le ocurriría utilizarlas para caminar por terrenos llanos.

La rata blanca tuvo seis crías, y este suceso consolidó la amistad entre Gene y Vincent para siempre. A partir de entonces las clases se desarrollaron con más o menos tranquilidad.

Pero de pronto, como obedeciendo a una señal, empezó por todo el país una campaña sobre exploración del espacio, a la cual procuraba aportar cada uno su granito de arena. En la escuela creamos una unidad espacial. De modo que empezamos a desarrollar un cursillo de lecciones sistemáticas en un ambiente realmente ruidoso. Todos los chicos, una vez terminada su misión, se dedicaban a la actividad que habían escogido, cosa que no daba mucho resultado al tratar de poner en práctica lo que tan a disgusto habían estudiado.

El grupo de primer grado se hallaba ocupado en la creación de un paisaje lunar con la arena que habían puesto sobre una mesa. Este paisaje tenía que estar complementado con habitantes de la Luna hechos de tiza.

—Los habitantes de la Luna no tienen que tener narices —dijo Ginny, un alumno muy inclinado a los comentarios críticos—. ¡Son diferentes! ¡No respiran, pues en la Luna no hay aire! Ni tampoco respiran los perros lunares, ni los gatos, ni las flores, ni siquiera las aves.

–No pueden volar en el cielo porque no hay aire –intervino Justin–. ¡Vuelan en tierra! A esos animales les agrada el fondo de los cráteres porque allí hay más su-ciedad.

–Estos críos son muy divertidos –oí que murmuraba Vincent al escuchar los comentarios de los más pequeños–. ¡Mira que decir que en la Luna hay animales! Cuando mi padre estuvo allí, lo único que vio...

Al llegar aquí, se detuvo, abrió desmesuradamente los ojos y se puso a buscar unos clavos apropiados en una mohosa lata de café.

–También los niños mayorcitos son muy divertidos –dije yo–. ¡Incluso la Luna! ¡No hay papas en la Luna!

–Supongo que no –respondió Vincent mientras cogía un martillo y se alejaba de mi lado–. ¡Por ahora no! –oí que susurraba.

Los chicos discutían lo que debían hacer, teniendo yo que intervenir como arbitro de sus disputas o discrepancias. Si se utilizaba un perdigón para representar a la Tierra, ¿no era lógico que entonces no cupiera en la única habitación de la escuela todo el sistema planetario? Por ello les sugerí a mis alumnos que cogiesen una enciclopedia y estudiaran algo de matemáticas.

Gene y Vincent, haciendo caso omiso de mis sugerencias, se hallaban concentrados en construir una cápsula espacial según el modelo más moderno de Estados Unidos, pero con algunas modificaciones para incluir aspectos de un platillo volante. Observé cómo Vincent trataba de colocar un altímetro –o algo parecido–, utilizando una lata de conservas, en el panel de control de la cápsula espacial. Mientras, Gene pintaba de rojo una hilera de latas situadas en el centro del artefacto. El color rojo era el más corriente para las luces de los platillos vo-lantes.

–Me pregunto si los astronautas no enfermarán de claustrofobia –señalé por decir algo–. Algunas veces, yo he sentido angustia en los ascensores o minas.

–Supongo que antes de ser seleccionados para futuros astronautas, los que padecen esas enfermedades nerviosas son eliminados –dijo Vincent, quien seguía empujando la lata de conservas vacía–. Todos son sometidos a una serie de tests.

–Comprendo –le respondí–. Pero la personas cambian. Imaginemos por ejemplo...

–¡Vaya panorama! –intervino Gene, cuyos brazo y codo aparecían manchados de pintura roja–. ¡Imagínense el subir allá arriba! ¡No poder salir! ¡Tampoco poder bajar! ¡Y por si fuera poco, la claustrofobia!

Esta última palabra la pronunció, sílaba por sílaba, con cierto aire de orgullo. Todos los alumnos de la escuela habían estado discutiendo sobre esta palabra cuando empezaron a construir el artefacto espacial.

En ese instante la lata resbaló y Vincent se echó a un lado, cayendo contra mí.

–¡Oh! –exclamó, al tiempo que se llevaba la mano derecha a la cabeza–. Yo...

Observé durante unos instantes su rostro; un sudor frío se deslizaba por la raya de sus cabellos, para luego caer goteando sobre mi mesa. –Siéntate –le dije.

–¿Qué le ha sucedido? –inquirió Gene, cuya pierna también se había manchado de pintura roja.

–Está un poco mareado –le respondí–. Fíjate cómo te has puesto con la pintura. Has manchado toda la ropa.

–¡Santo cielo! –exclamó–. Cuando me vea mi madre, me va a matar –añadió mientras pasaba su mano por los pantalones, desde la cadera hasta la rodilla.

–Bueno, ya es hora de que acabe todo esto –dije–. Te agradecería que te encargaras de la salida de clase, Kipper.

Kipper intentó poner orden en aquella confusión, ordenando a sus compañeros que arreglaran sus cosas y salieran de la escuela. Luego me volví hacia Vincent y le pregunté cómo estaba.

–Lamento mucho lo sucedido –me respondió–, pero a veces ocurren cosas que no se pueden evitar.

–No te preocupes por eso –le dije, mientras apartaba los cabellos de su frente–, o te volverás loco.

–Mi madre dice que tengo una imaginación demasiado ardiente –dijo, acompañando sus palabras con una mueca de los labios.

–Así es –le dije sonriendo–, y esto no está bien para un verdadero astronauta. No debes atormentarte pensando en problemas que puedan presentarse en nuestra vida. Siempre tendremos problemas con nosotros mismos. No hay necesidad de molestar a nadie.

–Yo no molesto a nadie con mis problemas ni con mis ideas–respondió, señalando con un dedo su cabeza–. Tampoco lo desea mi cerebro; pero ahí están siempre orbitando. Bueno, voy a ayudar a Gene. El pobre resbaló sin que yo pudiera detenerle.

–Dime una cosa, Vincent: ¿quién o qué cosas están orbitando...?

No pude acabar la pregunta, pues en ese instante, Justin saltó sobre aquel montón de cosas desparramándolas por el suelo. El incidente me hizo desistir de otras preguntas que pensaba formularle a Vincent.

Aquella tarde dejé a un lado el periódico y me puse a pensar mientras paladeaba mi taza de café. Se trataba del periódico local, el cual aspiraba a convertirse en un importante rotativo como los de las grandes ciudades a pesar de que sólo hacía medio siglo que se editaba semanalmente y de que no constaba más que de cuatro páginas. Entre las noticias había una que llamó inmediatamente mi atención; eran las interesantes observaciones de un tal Morris.

«El operador de radio local, Morris Staviski, sostiene que los rusos tienen un nuevo "sputnik" en órbita tripulado por hombres. Asegura que ha podido captar unas señales de radio procedentes de dicha cápsula. Morris afirma que no entiende lo que significan, pero está seguro de que las voces hablan en ruso, lengua que conoce, pues su abuela era rusa.»

«¡Qué cosa más extraña! –exclamé para mí misma–. ¿Qué habrá de verdad en todo esto? Quizá Vincent conozca a Morris. Quizá fue esta persona quien le metió en la cabeza todas esas ideas extrañas sobre las "órbitas".»

Así pues, al día siguiente decidí preguntarle.

–¿Staviski? –repitió, extrañado–. No, profesora, no conozco a nadie de ese nombre. Al menos, no me acuerdo en este momento. ¿Es que debo conocerlo?

–No precisamente –le contesté–. Tenía la impresión de que le conocías; eso es todo. Se trata de un operador de radio...

–¡Oh, estupendo! –exclamó interrumpiéndome–. Precisamente estoy trabajando en un código de radio, por lo que, la próxima vez que vaya a Winter Wells, iré a consultar a ese señor.

–¡Y yo! –intervino Gene–. También yo estoy aprendiendo el código de radio.

–Puede venir, profesora, pues está muy torpe en esta materia –dijo Vincent, sonriendo–. Con indicarle que no sabe distinguir aún un punto de una raya, se lo digo todo.

A la mañana siguiente, Vincent llegó a la escuela andando como un sonámbulo. Se movía como una persona que está dormida. La extraña conducta de mi alumno me llamó la atención. Al final me decidí a tomarle la temperatura. Era normal. Pero él no lo estaba. Cuando llegó la hora del recreo, todos sus compañeros salieron disparados hacia el patio de juegos, pero él permaneció en su sitio, la mirada fija en la ventana, su trabajo sin terminar delante de él, y con el lápiz en la misma mano sobre la que descansaba la cabeza.

–¡Vincent! –le llamé; pero no me contestó–. ¡Vincent!

Dio un profundo suspiro y luego dirigió su mirada hacia donde yo estaba, pero lentamente, muy lentamente.

–Sí, profesora–dijo, después de humedecer los labios con la punta de la lengua.

–¿Qué es lo que te ocurre? –le pregunté–. ¿Te duele alguna parte del cuerpo? ¿Estás enfermo?

–¿Enfermo? –Y al decir esto, sus ojos se agrandaron y su rostro se desfiguró como si lo hubieran cubierto con una máscara. Luego hizo un esfuerzo y balbuceó unas palabras–. No soy yo el que usted busca. Es..., es...

Vincent apoyó la palma de su mano en la mejilla y afianzó el codo sobre el pupitre, mientras apretaba sus dedos contra la boca.

–¡Vincent! –exclamé alarmada; luego corrí a su lado y acaricié con ternura su cabeza.

El pobre niño, después de un estremecimiento de hombros y un profundo sollozo, se volvió hacia mí y escondió su rostro en mi seno, mientras gemía:

–¡Oh, profesora! ¡Oh, profesora!

Antes de nada, dirigí mi mirada hacia el patio para cerciorarme de que los demás niños estaban allí construyendo castillos de arena. Luego conduje a Vincent a mi mesa y le hice sentar junto a mí. Durante unos instantes permanecimos en silencio, mi mejilla apoyada en su cabeza. El olor de sus cabellos me recordaba el de las plumas de un pollito.

–¡Está asustado! ¡Está asustado! –exclamó por fin, si abrir los ojos–. El otro está muerto. Está destrozado y por eso ya no volverá. ¡Está asustado! ¡Y el que está muerto tiene los ojos fijos en él, con la boca llena de sangre! ¡Y no puede bajar! ¡Sus manos están sangrando! Se golpeó contra la pared al tratar de salir. ¡Pero no hay aire en el exterior!

–Dime una cosa, Vincent –le rogué cariñosamente–, ¿te has contado historias fantásticas hasta acabar por creértelas?

–¡No! –exclamó apoyando su rostro en mi hombro, mientras su cuerpo parecía ponerse aún tenso–. ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Puedo oírle! Al principio se puso a llorar y a gritar, pero ahora está muy asustado. Ahora él...

Vincent se calló, y luego apartó su rostro de mi hombro. Poco a poco fue desapareciendo la angustia que le dominaba.

–¡Se ha vuelto a marchar! Tiene que ir a dormir. A lo peor está inconsciente. Ya no le oigo todo el tiempo.

–¿Qué te decía? –le pregunté, tratando de hacer desaparecer su..., bueno, lo que fuese.

–No lo sé –me respondió, y su mirada era aún inquieta–. No entiendo su idioma.

–Pero tú dijiste antes... –protesté–. ¿Cómo puedes saber lo que esa persona siente, si ni siquiera sabes...?

Vincent sonrió con aquella típica mueca en las comisuras de sus labios y me dijo:

–Cuando usted contempla a uno de nosotros sin decir una palabra mientras levanta la ceja izquierda, ¿qué quiere dar a entender?

–Bueno, eso depende de lo que estéis haciendo.

–Si se refiere a mí, ya sé lo que me quiere dar a entender. Y dejo de pensar en lo que estoy pensando. Lo mismo hacen mis compañeros de clase. Pues bien, todo lo que le he contado lo sé gracias a ese método. Más valía que hubiese terminado mi ejercicio de pronunciación –concluyó diciendo mientras se dirigía a su pupitre.

–¿Te refieres a la «orbitación»? –le pregunté, ilusionada, tratando de asociar aquella palabra con lo que acababa de presenciar.

–¿Orbitación? –repitió Vincent, el cual en aquel momento ya se hallaba escribiendo apresuradamente–. Esa palabra es la sexta. Estoy solamente en la cuarta.

Aquella tarde, cuando acabé de examinar los tests, miré al reloj. Eran las cinco. Como me dolían mucho los hombros y el estómago, decidí pasar la noche exactamente donde me hallaba, es decir, en aquel pequeño apartamento de dos habitaciones adyacente a la escuela.

Así pues, me levanté de mi mesa y abrí la puerta que comunicaba la escuela con dicho apartamento. Me quité las zapatillas, apagué la luz y puse en marcha el calentador para eliminar la gran humedad que allí había. Luego encendí una pequeña lamparita, me senté a los pies de la cama y me puse a tomar una taza de café mientras escuchaba un disco de Acker Bilke. Mientras me frotaba los dedos de los pies, a mis oídos llegaban las dulces y claras notas del clarinete, que

actuaban como un calmante sobre mis irritados nervios. Acto seguido me puse a componer otra estrofa para mi oración cantada:

«Roguemos a Dios para que nos otorgue alimentos... y calor... y protección... e inocencia... y luz, y un espíritu limpio... y paz... y sosiego...»

Dormité durante cierto tiempo, hasta que de pronto me desperté. El tocadiscos se había parado automáticamente y en el apartamento había tal silencio, que podía escuchar el rumor del viento al agitar las ramas de los robles y, a lo lejos, el ruido de un tren. Pero también volví a percibir el verdadero ruido que realmente me había despertado.

Había alguien dentro de la escuela.

Me estremecí al pensar que podía haber dejado abierta la puerta del apartamento. Pero estaba segura de que había cerrado la puerta de la escuela después de las cuatro de la tarde. Claro que esto no era como para estar tranquila, pues aquella puerta podía abrirse con un simple alfiler, ¿Pero quién podía interesarse por entrar en la escuela a aquella hora de la noche? Seguí percibiendo aquellos ruidos cautelosos. Oí el ruido típico de las dos hojas de la puerta de la escuela al abrirse, así como también un sonido sordo y un crujido en el porche.

Medio paralizada por el miedo, me levanté y me acerqué a la ventanita que daba a dicho porche. Con sumo cuidado separé los visillos y traté de distinguir algo bajo la pálida luz de la luna. Cuando vi lo que afuera había, me llevé tal susto, que solté inmediatamente los visillos, presa de terror.

¡Había un platillo volante! ¡Con luces rojas! ¡En el mismo porche de la escuela!

Me puse a reír como una histérica. ¿Cómo podía haber un platillo volante en el mismo porche de la escuela? Era ridículo. Sin embargo, había un detalle que me resultó familiar: las luces rojas en el centro del platillo. Entonces lo comprendí todo y me tranquilicé: ¡aquel platillo volante era nuestra cápsula espacial, la que estábamos construyendo en la escuela! Pero... ¿quién iba a robar un juguete hecho con latas de conserva, clavos mohosos y trozos de hojalata?

Entonces pegué materialmente mi rostro al cristal de la sucia ventana tratando de ver algo más, pero sólo pude oír un extraño ruido, una especie de misterioso zumbido.

¡Nuestra cápsula espacial estaba volando!

«No puede ser –me repetí varias veces–, que ese conjunto de latas de conservas, clavos mohosos y trozos de hojalata pueda volar.» No, no podía ser. Pero la realidad era que el artefacto se elevaba, bajaba, volvía a elevarse para luego volver a bajar, rozando de vez en cuando las paredes del patio de la escuela.

Salí del apartamento, atravesé la oscura aula de la escuela y me encaminé hacia el porche. Allí, en medio del patio, estaba la cápsula. Bajé los escalones del porche y me dirigí hacia el artefacto; pero cuando ya estaba cerca del platillo volante, sentí dolor en los dedos de los pies: estaba descalza. No obstante, proseguí mi camino en dirección al artefacto, decidida a saber quién era la persona que trataba de apoderarse del mismo.

A pesar de la obscuridad supe quién trataba de apoderarse del platillo volante. Era Vincent. Demudado el rostro, boqueando, el muchacho tapaba sus oídos con las manos mientras, en silencio, todo su cuerpo se contorsionaba de dolor.

–¡Santo cielo! –exclamé mientras me arrodillaba a su lado–. ¡Vincent! ¿Qué demonios te ocurre?

Haciendo un esfuerzo supremo arrastré su cuerpo hacia un lugar iluminado por la luna.

–¡Tenía que hacerlo! ¡Tenía que hacerlo! ¡Tenía que hacerlo! –repetía asustado, tratando de apartarse de mí–. ¡Le oí! ¡Le oí!

–¿A quién oíste? –le pregunté–. ¡Vincent, contéstame! –insistí sacudiéndole–. ¡Vamos, despierta! ¿Qué estás haciendo aquí?

Vincent se arrojó a mis brazos, sollozó durante unos instantes y al final abrió desmesuradamente los ojos mientras exclamaba asombrado:

–¡Profesora! ¿Qué está usted haciendo aquí?

–Soy yo la primera en preguntar –le dije–. ¿Qué estás haciendo aquí, y qué significa todo este jaleo de la cápsula?

–¿La cápsula? –respondió mientras dirigía su mirada hacia el artefacto y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas–. ¡Ahora ya no puedo ir, y tengo que ir allí!

–Está bien –le dije–. Vámonos a la escuela y allí arreglaremos de una vez para siempre este dichoso asunto.

Empezamos a caminar hacia el porche de la escuela, pero al llegar al pie del mismo, Vincent se detuvo y exclamó:

–¡Dentro, no! ¡Oh, no, por favor, dentro no!

–Bien, de acuerdo, nos sentaremos aquí un ratito.

Se sentó en la escalera del porche, junto a mí. Sus mejillas brillaban, al reflejarse en las lágrimas que las cubrían, los rayos de la luna. Saqué un pañuelo de mi bolsillo y le limpié las lágrimas. Luego le di otro y le ordené que se sonara la nariz. Acto seguido le exigí que se explicara.

–Yo... –se detuvo para secarse nuevamente las lágrimas–. Vine a coger la cápsula. Pensé que era el único medio de salvar a aquel hombre.

–¿Es ése el principio de toda la historia? –indagué al ver que se callaba.

De nuevo se echó a llorar, y tuve que darle otro pañuelo mientras le decía:

–Mira, Vincent, me consta que alguna cosa te ha preocupado durante estos últimos días. ¿Se la has contado a tus padres?

–No; yo no soy de estos que cuentan todo lo que oyen. No está bien. Aquel hombre acudió primero a mí, y ahora yo no puedo abandonarle, porque sé que se encuentra en un aprieto. Y no se puede ayudar cuando se sabe que alguien está en un aprieto...

–¿Quién es ese hombre? –le pregunté, confiando en que, por fin, me enteraría de todo lo que pasaba–. ¿Acaso es ese que está orbitando?

–Sí –me respondió Vincent–. Ese hombre se encuentra ahí arriba en una cápsula y tiene el grave problema de que sus cohetes retropropulsores no

funcionan, no puede encenderlos. Incluso si consiguiera vivir hasta que la declinación orbital le permitiese volver a entrar en la atmósfera, al hacerlo arderían la cápsula y él ¡Y está tan asustado! ¡Está atrapado dentro de ella! ¡No puede salir de la cápsula!

–¡Cálmate, Vincent! –le grité mientras le sacudía por los hombros–. ¡No puedes ayudar a ese hombre de esta forma!

El pobre niño se echó a llorar y ocultó su rostro en los pliegues de mi falda. Traté de tranquilizarle con dulces palabras mientras le acariciaba el cuello.

–¿Cómo te las arreglaste para que la cápsula se moviera? Porque la cápsula se movió, ¿no es así?

–Sí –respondió Vincent–. La solté. Nosotros, sabe usted, podemos..., soltar las cosas... Mi gente puede hacerlo. Pero yo no soy todavía lo suficientemente mayor para hacer que se eleve. Y si no soy capaz de sacar la cápsula de este desfiladero, ¿cómo voy a lograr que se eleve en la atmósfera? Y si no puedo hacerlo, ese hombre morirá... ¡de espanto!

–¿Es que tú puedes hacer volar cosas?

–Sí, todos nosotros podemos. Incluso podemos volar nosotros mismos. ¿Quiere verlo?

¡Y se elevó delante de mí en el aire! ¡Sus rodillas llegaron a ponerse al mismo nivel de mi cabeza! A mis pies cayeron uno de los lazos de sus zapatos y una de sus vendas.

–Baja inmediatamente –le dije tragando saliva–. Escucha: tú sabes que no hay aire en el espacio, y nuestra cápsula... ¡Santo Dios! ¿Nuestra cápsula? ¿En el espacio...? No estaba provista de aire. ¿Cómo esperabas, pues, respirar?

–Disponemos de un «protector» –me respondió–. Mire.

Y, acto seguido, Vincent, tras sentarse, se puso algo sobre la cabeza. Extendí la mano para tocarlo, pero me hice daño en los dedos.

–Este aparato nos protege del frío exterior al mismo tiempo que encierra el aire necesario para respirar.

–Un momento –le dije–; vamos a analizar un poco todo este lío. ¿No acabas de decirme que hay un hombre orbitando en el espacio, que se encuentra en una situación peligrosa y que pretendes subir allí arriba con la cápsula para rescatarlo? ¿Crees que puedes hacerlo llevando sólo el aire de tu protector? ¿Bastará ese aire para los dos?

Vincent hizo un gesto afirmativo.

–¡Oh! ¡Qué criatura eres! –exclamé–. ¡Es imposible que puedas llevar a cabo tu intento!

–Entonces morirá –dijo con voz lastimera.

Pero ¿qué clase de consuelo podía yo proporcionarle a aquella criatura? Luego se me ocurrió una idea: teníamos suerte de que aquella noche hubiese claro de luna; la gente sencilla y pueblerina suele especular con toda clase de misterios cuando hay claro de luna.

–Escucha, Vincent; tengo que decirte una cosa.

–Dígame, profesora.

–Si logras que nuestra cápsula vaya muy lejos, ¿a qué altura puede tu padre elevarla?

–Mi padre puede hacer que se eleve a muchísima más altura de la que yo lograría –respondió el alumno–. Mi padre estudió para llegar a ser un Motivador regular cuando fue a la Casa Nueva, pero dejó sus estudios cuando, a través del espacio, regresó a la Tierra, ya que los ajenos no aceptan... ¡Oh, me olvidaba! ¡Me olvidaba de que usted es una ajena! Lamento mucho habérselo dicho, pero se me olvidó. ¡Usted es una ajena! A nosotros nos está prohibido informar..., mostrar... Los ajenos no...

–Eso son tonterías –le dije–. Yo no soy ninguna «ajena». Yo sólo soy una profesora. ¿Podrías ponerte en comunicación con tu madre esta noche de la misma forma que lo hiciste el día en que te peleaste con Gene?

–¿Pelearme? ¿Con Gene?

Por lo visto, aquella pelea fue un suceso del período neolítico para Vincent, pues no la recordaba.

–¡Oh, sí, ahora me acuerdo! Creo que sí, que puedo ponerme en comunicación con mi madre utilizando la telepatía; pero creo que se enfadará. Dejé... y dije..., y..., y... –Vincent estaba a punto de ponerse a llorar de nuevo.

–Pues tienes que escoger entre salvar a ese hombre o que tu madre se enfade contigo. Debiste contar todo a tus padres cuando te enteraste por primera vez de la difícil situación de ese hombre.

–No quise decirles que había estado escuchándole...

–¿Es ruso? –le pregunté por simple curiosidad.

–No lo sé –me respondió–. Dice unas palabras muy extrañas. En este instante dice algo así como Hospodí pomeluí. Creo que está hablando con Dios.

–Llama inmediatamente a tu madre. Seguramente estará muy preocupada por ti en estos momentos.

Muy sumiso, se sentó en un escalón junto a mí y permaneció en silencio y con los ojos cerrados durante cierto tiempo. Luego abrió los ojos y me dijo:

–Acaba de enterarse que yo no estaba durmiendo en la cama. En este instante, mis padres vienen hacia aquí –dijo temblando–. Tengo miedo, pues mi padre tiene un carácter muy irascible algunas veces. No puede decirse que tenga un temperamento de lo más ecuánime.

–¡Oh, Vincent –le respondí, riendo–, qué chico más extraño eres! Y no digamos nada de tus padres, pues constituyen una rara mezcla de misteriosas cualidades.

–No, yo no –me contestó–. Tanto mi padre como mi madre pertenecen a la raza del Pueblo. Remy sí que es una extraña mezcla, ya que su abuelo era de la Tierra, pero el mío vino de la Casa. Bueno, ya me entiende, cuando aquélla fue destruida. Me habría gustado mucho ver la nave espacial en que mis padres vinieron a la Tierra. Mi padre dice que cuando él era pequeño venían de vez en cuando a este planeta y se llevaban muestras que arrancaban de las paredes del desfiladero, precisamente en el mismo sitio en el que se estrellaron la última vez. Pero todavía tienen una muestra viva en un cobertizo detrás de la casa. Mis

padres pudieron salvarse cuando la nave espacial se estrelló, pero otros no pudieron. Algunos murieron en el espacio y otros, porque las gentes de la Tierra sintieron miedo de ellos y les mataron.

Me estremecí mientras escuchaba este extraño y escalofriante relato de Vincent, aunque hubo un momento en que me pregunté si toda aquella historia no sería fruto de la imaginación calenturienta de mi misterioso alumno. Después de todo, durante la luna llena ocurren cosas muy extrañas...

Vincent me sacó de mi ensimismamiento con un grito:

–¡Mire, ya están aquí mis padres! ¡Caramba, sí que se han dado prisa en venir! Seguramente se han vuelto locos o están muy enojados conmigo. –Y acto seguido se encaminó hacia el patio.

Me acerqué a la ventana y miré en dirección a la carretera, pero en aquel instante oí unos pasos. Y allí estaban los dos, el señor y la señora Kroginold. ¡Y en verdad que él parecía haberse vuelto loco! No sabría cómo describir su rostro, pero daba la impresión de que estaba cubierto de cortes que brillaban bajo la luz de la luna.

La señora Kroginold surgió de repente detrás de Vincent, y me dio la impresión de que el señor Kroginold se preparaba para dedicarme una larga plática. Dominada por el temor, retrocedí y permanecí callada. Luego, pasados unos instantes, rompí aquel silencio.

–Aquí tenemos nuestra cápsula escolar –les dije, señalando en dirección a la base del desfiladero–. Con este aparato, su hijo pretendía volar como en un «sputnik» y rescatar a un hombre. Dijo que con el aire encerrado en su protector tendría suficiente para los dos. Vincent sostiene que hay un hombre a punto de morir allí arriba, y esto le ha producido una angustia que ha encerrado dentro de su pecho, sin querer comunicárselo a nadie, ni siquiera a ustedes, porque temía que se enojaran con él.

Me callé durante unos instantes para tomar un poco de aliento. Entonces, el señor Kroginold, para mi asombro, me dedicó una simpática sonrisa y me dijo:

–¡Está visto que este hijo mío es un pequeño diablo! Durante las últimas horas estuve inquieto pensando que le había ocurrido algo. Cuando yo era un niño, allá en el desfiladero... –al llegar aquí se interrumpió, y se dirigió a su hijo–: ¡Vincent, ven aquí! Si ocurre algo, dínoslo y haré todo lo que esté en mi mano. Vamos a ver, ¿qué sucede? –le dijo mientras le cogía por el brazo y le conducía hacia el porche, donde todos nos sentamos–. Bueno, ahora explícamelo todo detalladamente.

Vincent, con los ojos fijos en el rostro de su padre y sujetando la mano de su madre, empezó a explicarle todo lo que me había dicho a mí anteriormente.

–Hay dos hombres ahí arriba, en el espacio, orbitando. La cápsula no funciona normalmente. Uno de ellos está muerto, y el otro no hace más que gritar pidiendo auxilio. Este hombre..., se encuentra tan mal que..., ha estado a punto de matarse... Sólo de vez en cuando noto que su angustia y desesperación desaparecen, pues tengo como un presentimiento de que ya no está en peligro... Como en este preciso momento. Pero luego vuelve...; pero aún...

–Ese hombre está orbitando –dijo el señor Kroginold con los ojos fijos en el rostro de Vincent.

–Desde luego que sí –respondió Vincent–. ¡No había pensado en eso, papá! ¡Oh, qué estúpido soy!

–No, no eres ningún estúpido –le dijo su padre, abrazándole–; lo que ocurre es que eres muy joven para comprender ciertas cosas. Ya aprenderás cuando seas mayor. Lo primero que tienes que hacer es contar tus problemas a tus padres. Para eso estamos.

–Pero es que yo no tengo por qué escuchar...

–¿Trataste de buscarlo fuera? –le preguntó el señor Kroginold–. ¿Qué sabías de la cápsula?

–No, sólo sé que vino a mí...

–¿Lo viste? Por otro lado, tú no estabas escuchando telepáticamente. Simplemente estabas «invadido». Es decir, acertaste a ofrecer la receptividad idónea. Y ahora dime cuáles son tus planes.

–Quizá ellos también fueron unos estúpidos –opinó Vincent–. Yo estaba dispuesto a elevar nuestra cápsula... Tenía que hacer algo..., y tratar de interceptar la órbita del otro. Luego pensé sacar fuera a ese hombre –no sé cómo– y traerlo a la Tierra aterrizando en el edificio del FBI, en Washington. Estos agentes seguramente habrían sabido cómo devolverlo a casa.

–Bueno –respondió su padre–; pero, de todas formas, tus planes tienen la virtud de ser la simplicidad personificada. Por ejemplo, ¿cómo el FBI iba a convencer a las autoridades de su país de que no nos habíamos apoderado de su cápsula para provecho nuestro o con fines malévolos? ¿Quieres hacerme el favor, Lizbeth, de ponerte en contacto con Ron? –continuó el señor Kroginold, dirigiéndose a su esposa–. Creo que está en Kerry esta noche. Seríamos muy afortunados si nuestro mejor Motivador anduviera por allí. Veré si Jemmy está allá arriba en el desfiladero. Trataremos de conseguir su aprobación sobre el artefacto de Remy en Selkirk. Si éste se hubiera marchado por mucho tiempo, ya nos habríamos enterado de algo.

Era todo un espectáculo ver a los tres sentados en los escalones de mi porche, hablando entre ellos de cosas extrañas que yo no entendía, y con los ojos cerrados, como tratando de ponerse en comunicación telepática con otros seres del espacio.

De repente, Vincent puso su mano derecha sobre el hombro de su madre y le dijo que en aquel momento volvía el extraño fenómeno.

–No, hijo mío –le dijo su madre –, se trata simplemente de que Ron está tratando de acercarse a Selkirk. Jake –añadió dirigiéndose a su marido–, Vincent ha recibido una comunicación.

–Espera un momento, Vincent –le dijo a su chico el señor Kroginold–. Dime cómo puedo alcanzarlo... Muéstramelo.

Todos permanecieron en silencio mientras Vincent cerraba los ojos y volvía a concentrarse. Pero luego se echó a llorar de nuevo. Su madre sacó un pañuelo y le limpió el rostro, mientras decía:

–Todo esto no terminará hasta que la cápsula no vuelva a desaparecer de nuevo detrás de la Tierra. Con su actitud, Vincent sólo conseguirá contagiar sus desesperación a su padre, y éste, por reflejo, a Jemmy, situado en la parte alta

del desfiladero. Jemmy es nuestro Viejo, quien nos ayudará a partir de ahora; pero para ello, Vincent tiene que ser nuestro receptor...

–Una especie de acción telepática –dije yo.

–Sí, sí, una especie de acción telepática –dijo la señora Kroginold sonriendo–. ¿No se le ha ocurrido pensar en otra cosa?

–Pues que he tratado de sumar dos y dos, y siempre me ha dado cuatro como resultado.

–¿Y esto no le agrada?

–No pensaba en ello. Estaba pensando que, a lo mejor, los antepasados de Vincent no vinieron a la Tierra en una nave espacial sino en el Mayflower.

–Pero no en el Mayflower de sólo hace unos años..., ¿no es así? ¿Y qué más?

–¿No ha visto el padre de Vincent ninguna vida en la Luna? –continué preguntando.

–No hace mucho tiempo de eso. ¿Y qué más?

–¿Y no es posible que allí se encuentre un hombre en peligro y que ustedes estén tratando de salvarle?

–Pues, verá; para mí, esos cuatro se encuentran bien.

–¿Está segura de ello? Entonces eso significa que esta nueva ciencia acabará conmigo.

–Se lo explicaré –intervino el señor Kroginold–. Todo está en movimiento. Ron ha ido por el artefacto espacial. Vendrá aquí tan pronto le sea posible y nos recogerá, Jemmy está en la cápsula haciendo los cálculos pertinentes para preparar el encuentro. Luego, si el Poder da su visto bueno, nos encontraremos en condiciones de traernos a ese muchacho.

–Yo..., yo... –balbucí asombrada–. Bueno, será mejor que regrese a casa. Sin embargo, hay una cosa que aún me preocupa.

–¿Qué cosa? –me preguntó el señor Kroginold.

–¿Cómo se las va a arreglar el FBI para convencer a las autoridades del otro país?

–¡Ay! –exclamó la señora Kroginold–. Jake...

Me recogí las faldas y dejé, sentada en los escalones de mi porche, a toda la familia Kroginold. Cuando cerré la puerta tras de mí, me asombró el contraste entre la obscuridad allí existente y la claridad exterior. Luego empecé a hacerme toda una serie de preguntas. ¿Se trataba de un hombre bueno? ¿Era un personaje importante? ¿Qué clase de recompensa buscaba? ¿Era necesario que pasara todo lo que estaba pasando?

Acto seguido, me calcé los zapatos y me vestí. Luego me puse un jersey y me situé en el centro del apartamento. Después de todo, era una deferencia el que me vistiera de gala cuando en la puerta de mi casa había unas personas que esperaban una nave espacial para emprender un viaje por los espacios siderales. Como oyera voces de una conversación, me acerqué a la puerta y permanecí atenta a lo que estaban diciendo fuera.

–Sí, Vincent, se trata de una ajena.

–No, ella no es una ajena. Ella dijo que sólo era una maestra de escuela. De repente se abrió la puerta y entró el señor Kroginold.

–Perdone que la moleste –me dijo–, pero Vincent dice que a usted seguramente le agrada ver la llegada de la nave, pero...

–Pero –dije– ustedes no están de acuerdo con los deseos de Vincent por creer que se trata de un secreto íntimo.

–¡Aquí llega! –exclamó Vincent desde el porche.

–Yo no veo nada –dije, mirando intensamente el cielo.

–No se extrañe –intervino la señora Kroginold–; esta nave dispone de un aparato que la hace invisible. Jake, pregúntale a Ron...

El señor Kroginold dirigió su mirada hacia el cobertizo. ¡Y allí estaba! Se trataba de un artefacto color de plata, con el morro hacia abajo. Había aterrizado sobre el suelo de arena del patio de recreo de la escuela.

–El sistema para permanecer invisible –dijo la señora Kroginold– hará que nadie nos vea, y otros aparatos impedirán que nos intercepten el radar y otros mecanismos electrónicos de ustedes los terrestres. No, no somos los tripulantes de un platillo volante –añadió, sonriéndose–, y me alegro de ello.

–¿Es esto realmente una nave espacial? –le pregunté.

–¡Claro que lo es! –exclamó Vincent–. Era del Hombre Viejo, y en ella lo llevaron a la Luna para enterrarle; y Bethie y también Remy llevaron a sus padres y...

–Contente un poco, hijo mío –le interrumpió el señor Kroginold–. No es necesario que le cuentes a tu maestra toda nuestra historia.

–Ella ya comprende lo que ocurre –intervino la señora Kroginold–. Para nosotros, ella no es una extraña.

–No iré muy lejos –dijo el señor Kroginold–; pronto regresaré y os recogeré.

–No, yo voy contigo –replicó su esposa–. No estoy dispuesta a perderme esta interesante y maravillosa aventura. ..

–Deja que venga con nosotros, papá –dijo Vincent.

–¿Con nosotros? ¿Es que tú también piensas venir?

–¡Desde luego! ¡Es mi hombre!

–Ya ve usted la situación, señorita –dijo su padre, dirigiéndose a mí–. ¡Así es mi familia! Ahora resulta que también quieren que la lleve a usted.

Me quedé estupefacta, pasmada, sin poder abrir la boca. ¡Llevarme a mí en aquella aventura espacial! ¡A mí que siempre me han dado miedo las alturas! Pero accedí, doblegándome ante esa curiosidad que siempre he sentido por las aventuras. Me proporcionaron una chaqueta de cuero grueso, indispensable, por lo visto, para esta clase de viajes espaciales, y yo, por mi cuenta, cogí un diccionario inglés-ruso y ruso-inglés, ya que el hombre que tratábamos de salvar podía ser ruso, aunque, dadas las dotes telepáticas de Vincent, no era necesario.

Se abrió una puerta de la nave espacial. Cuando ya nos dirigíamos hacia ella, me acordé de que no había cerrado la puerta de la escuela. Regresé

inmediatamente y, antes de volver a cerrarla, entré y llené un bolso de alimentos y conservas. Salí de nuevo, cerré la puerta, cogí mi bolsa como si me dirigiera al MONSTRUO MERCANTIL y, en silencio, recité mi oración de viaje: «Dios mío, acompáñame en mi viaje. No permitas que ponga en peligro la vida de nadie ni que nadie ponga en peligro la mía. Amén.» Bajé los escalones del porche y añadí en un murmullo: «Hacia mi destino, pero ida y vuelta. ¡Por favor, que haya vuelta!»

¿Se han visto ustedes alguna vez en el espacio, rodeados de la nada por todas partes? ¿Han visto ustedes la Tierra desde cierta altura, como si fuera una cosa separada, independiente de ustedes? ¿Se imaginan toda una gama de colores que va desapareciendo poco a poco hasta convertirse en plena negrura, en intensa obscuridad? ¿Han sentido sobre ustedes, aunque sólo sea por un breve instante, la mirada de Dios? ¡Yo, sí! ¡Yo, sí!

—Papá, ¿me dejas que dé un paseo por el espacio?

—No —contestó secamente el señor Kroginold.

—Pues sería muy divertido —insistió Vincent—. Mamá, tengo hambre.

—Lo siento mucho, hijo mío, pero tienes que contentarte con la última hamburguesa que te comiste en la carretera.

—Espera, Vincent —dije—, aquí tengo unas cuantas cosas que te agradarán. Toma: crema de cacahuets y galletas.

—Oh, un verdadero festín —dijo Vincent—. ¿Con qué extiende la crema? ¿Con qué abriré la lata?

—Espera un momento, pues creo que tengo algo en el bolso que te servirá, creo yo —dije, mientras observaba que la señora Kroginold no apartaba su mirada de mí.

El olor de la crema de cacahuets despertó el apetito de todos. Se acercó uno al que todos llamaban Jemmy y me dijo, indicándome un extraño aparato:

—Eso es el amplificador. Gracias a él se puede manejar la nave espacial.

De repente, algo empezó a emitir un ruido en el panel. —¡Ahí está! —dijo el señor Kroginold—. Buen trabajo, Ron.

Aquél cogió a su hijo en brazos y lo acercó a una de las ventanillas de la astronave, al mismo tiempo que le decía que algo marchaba mal en ella.

—¿No podríamos quitar el dispositivo que nos hace invisibles? Así él nos vería —indicó Vincent a su progenitor.

—Eso sería más dañino para él que el mismo infierno en el que se encuentra ahora —intervino Jemmy—. Por eso...

—¡Ay! —exclamó Vincent—. Cree que va a morir.

Piensa que somos las Puertas de Oro.

—No, lo que cree es que somos la puerta de entrada al Más Allá —dijo Jemmy—. Ron, ¿podemos atracar junto a él?

Instantes después, percibí un ruido metálico y, acto seguido, vi cómo el señor Kroginold y Jemmy, protegidos por sus cascos, abandonaban nuestra nave espacial. Al cabo de un rato desaparecieron de nuestra vista. Durante unos

minutos que nos parecieron siglos, estuvimos esperando su regreso. Finalmente, el señor Kroginold y Jemmy aparecieron de nuevo llevando entre los dos una forma inerte.

–El hombre piensa que su compañero está muerto –dijo Vincent–. No sabe si debe ponerse a rezar. No esperaba que acudiese nadie después de su muerte. Pero, sobre todo, lo que está tratando es de no pensar en nada.

Lo trajeron dentro de nuestra nave y lo pusieron en el suelo. Pensé que era demasiado joven para haber muerto, pero en ese instante abrió los ojos. Cuando vio a Vincent, abrió desmesuradamente la boca y sus ojos parpadearon.

Los tres hombres se consultaron con la mirada. Luego, el señor Kroginold se dispuso a abandonar de nuevo nuestra nave. Pero esta vez cogió una sábana del equipo de rescate que habían traído en la nave.

–El solo puede manejar el cuerpo –dijo Jemmy–. Tiene el cuerpo fuera, pero va a volver...

En ese instante, Vincent gritó. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, una llamarada alumbró todas las ventanillas del aparato. Luego permanecimos en una negra oscuridad mientras nuestros cuerpos iban de una a otra pared de la astronave. De repente se oyó la voz de la señora Kroginold:

–¡Jake! ¡Oh, Jake! ¡Jemmy! Jemmy, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde está Jake?

La luz volvió a encenderse y oí una voz.

–No sé si han sido los cohetes retropropulsores o el tubo de escape de los gases inflamados. ¿Qué piensas, Ron?

–Creo que nos han perforado un costado –respondió éste.

De repente se oyó una explosión y todos caímos al suelo, chocando unos contra otros, al mismo tiempo que volvía a apagarse la luz. Acto seguido, se produjo un profundo silencio que habría acabado por volverme loca de no haber sentido que una mano apretaba la mía.

–¿Por qué están todos callados? –pregunté.

–Las palabras no servirían de nada en un momento como éste.

–¿Dónde está el señor Kroginold? ¿Cómo vamos a conseguir rescatarlo del espacio exterior?

Los dedos de aquel extraño individuo me apretaron aún más, pero entonces sentí que Jemmy se sentaba a mi lado y, de un golpe, hizo soltar aquellos dedos que apretaban mi mano. Luego se puso a gritar diciendo que ya veía al señor Kroginold aproximarse a nuestra nave. Instantes después, éste penetraba en la astronave. Daba la impresión de encontrarse moribundo. Le tendieron en el suelo y todos nos pusimos a cuidarle, tratando de que se recuperase, mientras Vincent lloraba desconsoladamente. Por fin, después de varios minutos de esfuerzo por parte de todos, el señor Kroginold abrió los ojos.

Todos respiramos al ver completamente recuperado al padre de Vincent. Poco después, la astronave puso rumbo a la Tierra, mientras Jemmy, al mismo tiempo que sostenía la muñeca del extraño rescatado, le hablaba «mediante ciertos movimientos de los dedos». No sé lo que le dijo, pero el extraño levantó los ojos y me miró a mí... ¡a mí!, como preguntándome con la mirada.

Una mirada en la que expresaba su agradecimiento por haber decidido no entregarle al FBI de Washington y permitirle regresar a su país de origen. Dos semanas después de esta aventura, la familia Kroginold se trasladó a otro laboratorio, donde el señor Kroginold prosiguió..., las investigaciones, o lo que fueran. Antes de marcharse, obsequié a Vincent con un regalo –un libro–, que se negó a aceptar porque no sabía leer.

–No, eso no puedo creerlo.

–Es que mi madre dice que yo no puedo leer ningún libro que trate de cosas violentas, tristes, desdichadas...

–¿Y cómo puedes tú saber lo que contiene este libro? Lo único que dice su título es Stickeen. Ya sé por qué no quieres leerlo: Mientras yo estaba en la otra habitación, te bastó hojearlo para saber todo su contenido, gracias a esas extrañas dotes que posees, y por ello sabes que su contenido trata de violencias. Por eso te niegas a leerlo... de nuevo.

–Entonces, profesora –me contestó Vincent–, ¿cree usted que en realidad puedo leer? ¡Estaba tan avergonzado! ¡Pertener a la casta del Pueblo y no ser capaz de leer!

–Voy a hacerte una demostración –le dije–. Déjame el libro y te haré unas preguntas.

Así lo hice. Le formulé unas preguntas y me contestó a todas ellas.

–¡Puedo leer! –empezó a gritar mientras daba saltos de alegría–. ¡Eh, Gene, ya sé leer!

–¡Gran proeza, Vincent! –le contestó Gene, al mismo tiempo que le hacía una reverencia y dejaba de pintar un dibujo que presentaba la bienvenida de los indios a Cristóbal Colón–. Aprendí a leer en el primer grado. ¿De qué lado doblan las rodillas los cocodrilos?

–Todo lo que tienes que recordar –dije, dirigiéndome a Vincent– es ir más despacio y ser menos apasionado. ¡Ah!, y recordar el tiempo que perdimos haciéndote pronunciar unos sonidos distintos a tus palabras. –Es que lo necesito –me dijo–. ¡Todavía no puedo pronunciar las palabras «manzanas podridas»!

Vincent acudió aquel viernes por la noche con toda su familia a despedirse de mí. Nos sentamos en el porche de la escuela. Vincent estaba apenado por tener que marcharse de Rinconcillo y separarse de su amigo Gene. Y para demostrarme que podía leer, me dio un regalo. Se trataba de una roca pequeña, una extraña formación cristalina completamente desconocida para mí. En la palma de mi mano producía una extraña sensación de elasticidad, aunque no percibía ninguna ductilidad en ella cuando la apretaba con mi pulgar.

–Mi padre me la trajo de la Luna –me dijo–. Algún día volveré a tener otra. Pero aunque no sea así, quiero que la conserve como un regalo mío.

Durante unos minutos estuve hablando con los señores Kroginold sin hacer mención de su marcha. Luego les dije:

–¿Cómo es posible que ese extraño pudiera enviar sus pensamientos a Vincent? Lo digo porque su hijo, en cambio, no captaba las llamadas de auxilio de

otras personas en peligro. ¿Creen que aquel hombre pertenecía al Pueblo, igual que ustedes? ¿Hay personas como ustedes en aquella parte del mundo?

–Francamente, no lo sabemos –dijo el señor Kroginold después de intercambiar una mirada con su esposa–. Faltaban muchos de los nuestros cuando llegamos a la Tierra, pero pensamos que estarían muertos, exceptuando, claro está, a aquellos que se encontraban cerca de aquí...

–Me pregunto –dijo la señora Kroginold– qué pasaría si, alguna vez, esto le ocurriera a Jemmy.

Cuando se hubieron marchado en dirección al LME, me senté, y durante unos instantes no dejé de dar vueltas en mi mano a la roca lunar que me regalara Vincent. ¡Qué episodio más extraño! Dentro de un mes más o menos, todo me habrá parecido un sueño lejano, mezclado con otros sucesos de mis años de enseñanza. Pero aún tenía la impresión de que no todo había terminado. Encontrarse con gente como los Kroginold y los otros produce una impresión indeleble en una persona. Pensar lo que hicieron por aquel extraño...

Y a todo esto, ¿qué había de aquel extraño? ¿Qué explicación habría dado éste de su misterioso viaje por el espacio? Entonces di un salto al recordar un hecho muy significativo: mi nombre y mi dirección estaban bordados en una esquina de la sábana en la que le habían envuelto cuando le rescataron, y ¿si el extraño descubriría las señas bordadas en mi sábana? Y ¿si un día se encontrase en un apuro...?

¡Santo cielo! ¿Qué sucedería si un día llamasen a mi puerta, y al abrirla...?

Cuidado con el perro

Gahan Wilson

Beware of the dog, © 1964 by Mercury Press Inc.. Traducido por P. Giralt e I. Roger en *Ciencia Ficción Selección 7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

Gahan Wilson es uno de los mejores cartoonists del mundo. Su especialidad es el humor fantástico, sobre todo una peculiar forma de humor negro tendente a ironizar, a menudo con una gran fuerza crítica, los mitos terroríficos. Sus impresionantes viñetas a todo color aparecen regularmente en Playboy, y Fantasy & Science Fiction, además de dedicar en cada número una página a sus chistes gráficos, le ha publicado una serie de deliciosos cuentos supercortos, regocijantes viñetas literarias de las que a continuación ofrecemos una muestra.

Hubo una vez un vendedor de enciclopedias que no hizo caso de un cartel que decía:

«CUIDADO CON EL PERRO»

y fue hasta el porche de una bonita casa para tocar el timbre. La puerta de la casa se abrió, y el vendedor fue recibido inmediatamente por un hombre de baja estatura y afable expresión en el rostro, quien le condujo directamente a la sala y sin mediar palabras, le sirvió el té con galletas.

Algo sorprendido, el vendedor describió los múltiples méritos de la enciclopedia y enumeró las muchas ventajas que obtendría automáticamente la persona que tuviera la suerte de poseer todos los tomos. El hombre de baja estatura, que llevaba un batín largo, zapatillas y guantes, siguió sin pronunciar una sola palabra, pero escuchó con evidente y halagador interés. Al final, asintió firmemente con la cabeza, entregó al vendedor un cheque firmado por la cantidad íntegra, y se quedó, sin más trámites, con todos los tomos de la enciclopedia.

El vendedor se marchó muy contento, sonriendo al cartel de:

«CUIDADO CON EL PERRO»

y pensando que había sido muy inteligente al ignorarlo.

El hombre de baja estatura y rostro bondadoso contempló al vendedor hasta que le perdió de vista. Entonces se despojó de su rostro bondadoso, que, en realidad, era una máscara, del largo batín, las zapatillas y los guantes. Acto seguido se dirigió a la cocina y sorbió con la lengua un reconfortante tazón de leche, porque, naturalmente, no era más que un perro disfrazado, y con toda seguridad, su cheque no serviría de nada.

Moraleja: Cuidado con el verdadero perro.

El matemático chiflado

Richard Underwood

The crazy mathematician, © 1964 by Mercury Press Inc. Traducido por P. Giralte e I. Roger en *Ciencia Ficción Selección 7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

La posibilidad de que existan microcosmos inconcebiblemente pequeños en el seno de nuestro Universo, así como macrocosmos de los que éste sólo sería una partícula insignificante, ha sido tratada a menudo en la SF. En esta ocasión da lugar a un desenfadado y demencial relato que muy bien podría figurar en cualquier antología de humor absurdo.

Los fantásticos sucesos de las generaciones interiores comenzaron con una llamada telefónica a primeras horas de la noche. Aunque el sueño me vencía cuando descolgué el auricular (me había acostado a las diez, después de un día agotador), bastó un minuto para desvelarme por completo. Al cabo de otro minuto me hallaba frente a la pensión de la señora Jenrod, en el interior de mi pequeño coche, que puse en marcha para dirigirme al número 2.057 de Plymouth Street.

Aunque mi experiencia se reducía a seis meses escasos de trabajo como reportero del Enterprise de Willowby, mi empleo se consideraba importante. Después de todo, poseía un flamante diploma del Departamento de Periodismo de la State University, y si Harry Parks resultaba demasiado exigente, un montón de otros editores se interesarían por Calvin P. Wilkins, B. A. (1), de veintidós años, dos metros de estatura, moreno, musculoso, atractivo y competente. Así que cuando el jefe Harry me comunicó que alguien quería verme en la dirección antes mencionada, mi tono debió de ser, al principio, de ligero reproche y con razón. Entonces oí el nombre: «¿Profesor Rumpel, ha dicho?» «Sí, el gran E. P. en persona, y dése prisa.»

Pues bien, si el mismo Albert Einstein me hubiera llamado un día para una entrevista (y ya pueden imaginarse mi emoción), desde luego, no habría podido compararse a ésta. Albert también fue un genio en su día, naturalmente, pero un genio cuerdo. Este, en cambio, era un genio con un cierto porcentaje de locura, pero una celebridad mundial en matemáticas, física, astronomía..., en lo que quieran. Todavía no hacía un año que había llegado misteriosamente de un lugar remoto. Poco después, procedía, con toda tranquilidad, a desvelar los secretos del universo, por así decirlo, ante treinta grupos distintos de profesores boquiabiertos. Cuando un tipo como él llama a un reportero insignificante a una hora intempestiva, es evidente que va a suceder algo.

Mientras conducía el coche, sumido en un peligroso estado de trance, hacia el área de Plymouth Street, medité sobre el hecho de que me conociera y requiriese mi presencia, la de un modesto reportero que solía emborronar cuartillas sin firma.

(1) B. A. (Bachelor of Arts): Diplomado en Arte. (N. del T.)

Tenía que ser (no cabía otra explicación), a causa de aquellos dos artículos de fondo. El último, publicado tres días antes, era ciertamente sensacional y, además, ostentaba mi nombre bajo el título. Contenía alguna alusión científica, lo cual probablemente habría llamado la atención de aquel hombre. Aunque en la Universidad yo me había especializado en periodismo, siempre me habían gustado las matemáticas, e incluso hice algunos cursos, incluyendo uno muy difícil de cálculo, para el que es preciso tener algo de talento, por supuesto. Tal vez el artículo científico demostraba este talento y alguna pincelada de genio. La cuestión es que me sentía muy animado cuando enfilé Plymouth Street.

La luz del porche iluminaba tenuemente la entrada, ante la cual aparqué el coche. Después bajé para echar un vistazo. A juzgar por lo que se veía a media luz, la vecindad no era demasiado elegante. El cemento de la acera irregular y las maderas del porche cedieron y crujieron bajo mis precavidas pisadas. Sí, el número era el 2.057, pero quizá me había equivocado de calle. Me encontraba en esta duda cuando advertí que la puerta se abría silenciosamente y que una silueta de elevada estatura se destacaba en la penumbra del interior.

—Adelante.

La voz era grave, gutural, extraña. De pronto, no sé por qué, sentí deseos de no entrar. Pero aquello era una tontería. Los periodistas siempre quieren entrar. Tragué saliva y di unos pasos. La puerta se cerró con suavidad a mis espaldas, y me cegó una luz repentina. Quizá pasaron diez segundos, durante los cuales parpadeé, asustado y un poco confuso, antes de que pudiera contemplar la asombrosa escena.

La habitación era grande y no contenía casi nada, a excepción de una caja resplandeciente, del tamaño de una cómoda, colocada, del modo más incongruente, en el centro de la estancia. Había también una elegante silla de molduras, una alfombra gruesa y cortinajes negros en las ventanas. Pero en lo único que me fijé con detención fue en el gigante. Medía algo más de dos metros y vestía un traje de una sola pieza, una especie de mono de pana. Tenía la cabeza calva y en forma de pera, y bajo la protuberante y enorme frente se abrían dos ojos grandes como cavernas. ¡Eran enormes! Negros, como si el color de las cortinas se reflejase en ellos, pero también tenían destellos violetas. Unos ojos potentes e hipnóticos, pero no crueles, afortunadamente. Con una mirada me señaló la silla, donde me desplomé con cierto alivio.

—¿Cuál es su nombre?

Ni siquiera lo sabía.

—W... Wilkins, señor. Cal Wilkins. Soy periodista.

—Naturalmente, solicité uno. Le dije a su director que lo necesitaba con urgencia, y que prefería uno que tuviese nociones de matemáticas. Me repuso que podía enviarme a un principiante que tal vez poseyera algún conocimiento de ellas, y supongo que se trata de usted.

—Pues... he estudiado matemáticas, en efecto; es posible que más a fondo que la mayoría de mis colegas.

—Bien. En tal caso, quizá conozca usted la frase más ridícula, estúpida, ilógica y totalmente inexplicable que se usa a menudo en el ámbito científico. Pero, perdóneme; no la conocerá, claro.

–Pues... no, creo que no.

–¿Cuál...? –Los profundos ojos se aproximaron a los míos–. ¿Cuál es el número positivo más pequeño?

Vaya, una pregunta fácil. Recobré la confianza.

–No existe tal cosa, señor. Porque si existiera, podríamos llamarle épsilon, pero entonces épsilon, dividido por dos aún sería más bajo, con lo que incurriríamos en una contradicción.

–Bien, exacto. Entonces, ¿cuál es la frase sin sentido que he mencionado? No importa, se lo diré.

Hizo ademán de aspirar con fuerza, y, acto seguido, escupió las palabras como si fuesen una afrenta a su inteligencia casi imposible de soportar:

–La partícula final.

Transcurrieron unos momentos antes de que continuara.

–Un día dijeron que el átomo podía serlo, pero más tarde empezaron a hablar de sus partes componentes: protones, neutrones, electrones y mesones. No iban muy desencaminados, hasta que un idiota hizo la observación de que debían seguir buscando la partícula final. Cualquier matemático en ciernes, incluso usted, hubiera podido echarle en cara la futilidad de esta búsqueda. Pero, probablemente, el significado completo de las palabras que usted acaba de recitar, y que oyó en algún aula, nunca ha sido realmente comprendido. Supongamos...

Se volvió hacia la caja del tamaño de una cómoda. A mí me invadió una extraña sensación al mirarla. ¿Era posible que resplandeciera de verdad, hinchándose un poco y luego contrayéndose, o se trataba solamente de un truco de aquellos ojos hipnóticos?

–Hoy he traspasado la última barrera.

Las cavernas de luz violácea me enfocaron otra vez.

–No queda mucho tiempo. Debemos intentarlo antes de una hora; de lo contrario, las fuerzas del campo perderán su alineación.

Me pellizqué enérgicamente. Los ojos penetrantes no se desviaron ni desaparecieron.

–Supongamos que podemos construir una máquina reductora. Sería incomparablemente más importante que la «máquina del tiempo» que nos ha presentado la ciencia ficción, porque con ésta ya tenemos al menos una idea vaga de lo que sucedería si pudiéramos viajar en el tiempo, hacia delante o hacia atrás. También es cierto que nuestras mentes pueden elevarse, aunque sea muy débilmente, hacia las ilimitadas galaxias del espacio; pero jamás hemos intentado siquiera viajar en la dirección opuesta: hacia adentro.

»Imaginemos ahora que nos introducimos en la máquina y que, cuando la fracción uno sobre diez aparece en una superficie sensible, nosotros y la caja nos vemos instantáneamente reducidos a una décima parte de nuestras dimensiones lineales. Ello significa que los volúmenes se reducirían al cubo de una décima parte. Una célula eléctrica se dispara, añadiendo cero tras cero al denominador y con cada uno de ellos nuestro tamaño va disminuyendo en una milésima parte. A

los diez ceros, aproximadamente, seríamos tan pequeños como el átomo normal, y con unos cuantos más entraríamos en un territorio desconocido, cuya naturaleza nadie ha tratado siquiera de aprehender. Después de veintiséis ceros más, seríamos en comparación con el hombre normal, como éste ante el universo del radio-telescopio, suponiendo que dicho universo tenga unos diez billones de años luz de diámetro. Y, entretanto, en el interior de la caja todo parecería perfectamente normal.

Estaba loco, sin duda, pero, en cierto modo, yo comprendía lo que quería decirme.

—Sería una verdadera proeza. Realmente le haría sentirse a uno muy raro.

—¿Por qué? Otras cosas igualmente grandes están ocurriendo continuamente, como usted sabe muy bien. En este mismo momento nos encontramos viajando a más de dieciocho millas por segundo alrededor del Sol y sobre la superficie de la Tierra, y ambos, la Tierra y el Sol, giran a su vez dentro de la galaxia la Vía Láctea a una velocidad diez veces mayor. Y sin embargo, no notamos nada. ¿Qué es lo que dijo Shakespeare acerca de que había más cosas?

—«Más cosas en el cielo y en la tierra —cité— de las que sueña este mundo.»

—Precisamente. Y ahora llegamos al verdadero problema de la ciencia que se aparta completamente de mis propias pretensiones, si podemos llamarlas así. Supongamos que la máquina ha disparado ya un millón de ceros, y su tamaño, del mismo modo que el de usted, se ha reducido proporcionalmente. Usted sale de la caja. El átomo que le rodeaba en un determinado momento se ha convertido en una montaña, en un sol, en una galaxia, y por fin en algo ilimitadamente vasto. Yo le pregunto, ¿qué podría usted alcanzar, tocar, en estas circunstancias?

Me sentí inspirado.

—¿La partícula final?

—Por supuesto que no, idiota. Porque el proceso continúa indefinidamente; no existe nada en la naturaleza o en la lógica que pueda detenerlo. Se trata únicamente de la primera generación interior, pero luego otro millón de ceros nos lleva a la segunda, y otro...

—Ya basta —interrumpí—. Creo que le he comprendido.

—Entonces, entre.

Una mano de acero me agarró por el brazo. Luché en vano mientras la puerta de la máquina reductora se cerraba a mis espaldas, y, al ver una luz diminuta lanzando una hilera de ceros, gemí. Se movían hacia la izquierda, primero lentamente, después a mayor velocidad, hasta que por fin se fundieron en la obscuridad. Entonces los ojos enormes de E. P. Rumpel surgieron para clavarse en los míos.

—¡Fuera!

La palabra sonó alegre y despreocupada. La oí desde lejos, mientras mi mente y yo nos debatíamos en una densa niebla; entonces me di cuenta de que la puerta estaba abierta y de que la voz de Rumpel tenía un timbre cálido y humano.

Sujetó un aparato a mi espalda y pasó un tubo flexible y transparente bajo mi axila izquierda, introduciéndomelo después en la boca.

–Aire comprimido –me informó. Aquel hombre pensaba en todo. Una mirada al espejo que por casualidad llevaba en el bolsillo me mostró solamente unos labios apretados alrededor del tubo, casi invisible, por el cual respiraba un aire agradable y normal, con un suave olor de heno recién cortado. Me alegré de no ir enfundado en un antiestético traje espacial, pues, aunque deteste repetirlo, soy bastante apuesto. Era difícil predecir lo que podía sucederme en una situación como aquella–. Estación Un Millón Sesenta y Tres. Tenga cuidado.

Salí a un ambiente de luz difusa y advertí que mis pies no pisaban el suelo. A mi alrededor flotaban trozos grotescos de un material amarillo Heno de agujeros, parecido a una esponja o a un pedazo de queso. Unos treinta metros más abajo se extendía una superficie plana de color marrón que se perdía en un horizonte verde.

–Como observará –dijo el profesor Rumpel, carraspeando–, parecemos ingravidos. Sólo estamos atraídos ligeramente por un diminuto protón con el aspecto de la Tierra que hay debajo de nosotros, lo cual nos da la sensación de que nos movemos de arriba abajo. Pero fijese en el techo rojo, que prácticamente equilibra las dos atracciones. La miasma, marrón y roja nos mantiene estacionarios y conduce el sonido de mi voz. ¿No lo había notado?

Tuve que confesar que no. Había otras cosas que requerían mi atención, incluyendo el tacto húmedo de las esponjas gigantes. Nos deslizábamos juguetonamente de un trozo a otro, salpicándonos mutuamente con el líquido. Pero de repente el profesor Rumpel, que estaba cabeza abajo, se enderezó, me cogió por el cuello y me indicó una burbuja dorada.

–Está palpitando –gritó–; sólo disponemos de dos minutos.

Su fuerza era casi sobrehumana. Tropezamos juntos contra un peñasco amarillo, y fue una suerte que la ley de acción y reacción del profesor Isaac Newton siguiera funcionando. Apoyándonos en los trozos que nos rodeaban por todos lados, nadamos y avanzamos hacia nuestro resplandeciente objetivo. Pocas veces he visto algo de aspecto tan acogedor como aquella pieza rectangular de tan extraño material en cuyo interior nos refugiamos jadeantes. La puerta se cerró. La luz de la cinta pestañeó y los ceros empezaron a surgir en el lado izquierdo.

–Me he descuidado –dijo Rumpel–. Si no paro el cronometrador, la máquina vuelve a ponerse en marcha a los cinco minutos. La estancia más prolongada que podré lograr es algo más de una hora. Esto necesita muchas rectificaciones.

Yo me encontraba demasiado aturdido para hacer algún comentario, pero tenía la impresión de que el trabajo realizado hasta el momento no era de despreciar.

De este modo continuamos el proceso, haciendo frecuentes paradas en nuestro camino, hacia la Estación Tres Billones, que, como supe después, era el punto culminante de todo el viaje. La mayor parte de las paradas tuvo lugar en balones exóticos semejantes a planetas, con distintas formas de vida, algunas casi humanas. En una ocasión me interesé por una encantadora criatura que a su vez pareció interesarse por mí. El profesor Eumpel tuvo que llevarme a rastras cuando la máquina empezó a parpadear. Solté una mano cálida con bastante desgana, al tiempo que notaba la extrañeza de su contacto.

–Seis dedos y ningún pulgar –observó el profesor–. ¿No ha leído en los letreros que utilizan como base el doce en lugar del diez, como hacen los humanos? La razón debería ser obvia. ¿No se ha fijado?

Suspiré. Tenía mucho que aprender y Rumpel no se perdía un solo detalle. Era lo que podía llamarse un individuo dotado.

En un neoplaneta, los soles pululaban en el cielo. El profesor dijo que se trataba de una región similar a los núcleos globulares del exterior de nuestra galaxia, en el superuniverso del hombre. Naves espaciales surcaban la bóveda celeste, algunas de ellas muy parecidas a platillos volantes. Contemplé una gran variedad de criaturas, tanto atractivas como repelentes, que convergían en una rampa gigante. Era realmente una de las reuniones más cosmopolitas que he visto en mi vida.

Olvidaba mencionar que en esta etapa me pareció estrechar una mano entre las mías; tenía unos siete dedos y pertenecía a un ser que acaso fuera femenino y que se acurrucaba contra mi brazo. Yo sabía que, en circunstancias similares, el profesor Rumpel se hubiera puesto a especular sobre las bases siete y catorce, con la sola intención de practicar y llegar a una posible comunicación, pero, en mi opinión, tal conducta rayaba en lo excesivo. En la Universidad se me consideraba un hombre rápido, decente, pero nada tímido. Ahora estaba comprobando que mi técnica tenía cualidades universales.

Bueno, fuera lo que fuese, debíamos marcharnos y reanudar la ruta. Pronto advertí que ya no perdía el conocimiento durante las precipitadas salidas; entonces Rumpel me enseñó que, girando el conmutador hacia el lado inverso, podíamos retroceder en cualquier momento, lo cual se me antojó uno de los trucos más útiles de aquella máquina. Empecé a divertirme con el conmutador, girándolo a mi capricho, fascinado con la idea de que nos reducíamos o agrandábamos a voluntad. Observé que, entre parada y parada, el profesor Rumpel, sumido en la lectura de un libro, no me hacía el menor caso. (Cogí una vez este volumen del estante que estaba bajo la luz y vi que sólo contenía jeroglíficos, según creo.) Pero de pronto levantó la vista, miró la esfera con expresión alarmada y, luego, sacó el reloj y contó diez segundos.–Corte –gritó–. Estación Tres Billones. Salgamos.

¡Oh! ¡Qué mundo tan maravilloso era aquél! Había árboles, hierba, viento, como en la Tierra, pero todo más bello. Y justamente por delante de nosotros pasó una criatura que caminaba con una gracia imposible de igualar por ninguna mujer de nuestro planeta, una criatura de aspecto increíblemente hermoso, como un ser humano de una era distinta y enteramente purificado de todos los defectos del hombre actual.

¿Quién era yo, Calvin P. Wilkins, B. A., educado, sofisticado, petulante y viviendo en circunstancias anormales, para pensar en el amor a primera vista? La máquina se detuvo; entonces Rumpel me advirtió que la duración de la parada sería sólo de media hora. Yo tenía la convicción de que debía hacer algo. No tenía idea de qué ocurriría si me ocultaba y obligaba al piloto a seguir solo su camino, y dudo de que alguien hubiera podido saberlo en una situación como aquella. Además de este problema, uno nuevo e inusitado surgió en el momento más oportuno. Por primera vez en mi vida, mi confianza en la propia técnica me había abandonado.

Esto era realmente desastroso. Se me ocurrió que media hora no podía ser suficiente. Necesitaba por lo menos una hora entera para conseguir la dirección de aquella estupenda criatura, si es que había direcciones en aquel maravilloso lugar. Mientras pensaba esto, la fui siguiendo a una distancia discreta, hecho que demostraba mi desequilibrio emocional.

Ella siguió caminando, serena, majestuosa y sin percibir mi presencia. Al llegar a un pequeño edificio, se sentó en un banco, como hace la gente de la Tierra cuando espera el autobús.

Tenía que ser ahora o nunca. Por suerte, soy un hombre de recursos. Haciendo acopio de valor, retrocedí hasta donde estaba el profesor, me apoderé de un oportuno mazo y lo blandí con fuerza sobre él, dejándole inconsciente. Sentía hacerlo, naturalmente, pero era preciso para tener tiempo de conseguir mis fines.

Llevé al gigante a rastras hasta la máquina reductora, donde era menos probable que llamase la atención, y fijé el cronometrador en la posición de una hora. Una vez hecho esto, el tiempo de la parada era irreversible, así que Rumpel no podría hacer nada, cuando recobrase el sentido, para adelantar la marcha. Volví adonde estaba ella y me senté a su lado, temblando en mi interior, pero firmemente decidido. En seguida observé que era uno de los pocos seres que había visto en este viaje provistos de cuatro dedos y un pulgar.

La situación era comprometida, teniendo en cuenta el abandono de mi confianza y lo inmenso de mis pretensiones. La diosa miraba fijamente ante sí y su perfil era devastador. Parecía indicada la técnica dilatoria de los casos desesperados y me decidí a usarla: miradas casuales, ojos que se encuentran, parpadeo, consulta al reloj, imperceptible cambio de posición..., en fin, lo de siempre. Pensé por un momento que había llegado la ocasión de decir: «¿No nos hemos visto antes?», pero comprendí que era una tontería. Hablar era inútil, naturalmente.

Y sin embargo, entre los billones y billones de posibilidades, ¿no podía darse la casualidad de una repetición, incluso del aspecto lingüístico? Totalmente absurdo e improbable, claro, pero...

–¿No nos hemos visto antes?

Tal vez a ustedes les cueste creerlo, pero fue ella quien lo dijo. Cuando ocurre una cosa así, no hay más remedio que abandonarse al destino y dejarle actuar, como hice yo.

Resultó que su inglés era tan bueno como el mío, quizá mejor, o así me lo pareció en mi estado de confusión, que iba en aumento a medida que crecía mi pasión amorosa. Pero comprendí que su observación inicial era completamente correcta. Estaba en un país de costumbres amables, y ella se equivocaba al creer que nos habíamos visto antes.

Aquello requería una complicada explicación. No creo que aceptase íntegramente mi relato de la máquina reductora, pero fue muy cortés al respecto. Y le apenó, estoy seguro de ello, que tuviera que irme. Sacó del bolso una hoja de papel, escribió apresuradamente unas líneas en la parte superior y en la inferior, rompió el papel en dos mitades y me entregó una.

–Si vuelves algún día –murmuró–, juntaremos las dos mitades. Adiós y buena suerte.

Ni siquiera un beso. ¡Y yo con mi técnica!

Con tristeza, guardé en el bolsillo la mitad de la hoja y eché a correr hacia la máquina. Estaba seguro de una cosa: volvería, si es que había un camino de vuelta. No me hubiera marchado de no sentir una cierta lealtad hacia el profesor Rumpel, quien, después de todo, me había ayudado a encontrar el amor, aunque fuese de modo indirecto.

El pobre hombre seguía allí, todavía inconsciente. Pero yo ya había aprendido a despegar. Me sentía culpable, pero al mismo tiempo noble, competente y casi insoportablemente sentimental cuando apreté el conmutador y esperé el momento.

Unos versos me vinieron a la mente. Una vez, rebuscando en el desván, encontré un ejemplar de una antigua revista, *The Literary Digest*, fechado el 3 de noviembre de 1923. Recordaba la fecha porque el poeta me había «entrado», como decíamos en aquellos días, a pesar de mi indiferencia hacia lo intelectual. Me aprendí la poesía de memoria. Jamás sus versos me habían parecido tan apropiados y emocionantes:

*Estuvimos juntos en un solo fragmento de la mañana.
Los caminos se unían en las colinas, y fuimos hacia el
(oeste.*

Sí, nuestros caminos se habían unido y yo esperaba que para siempre, en un lugar oculto y nuevo para el vetusto universo.

*Camaradas casuales de la juventud y de la montaña,
perdimos un tiempo precioso jugando y riendo
tontamente.*

¡Oh!, pero nosotros no lo íbamos a perder, porque yo pensaba volver.

*¿Cómo podía saber yo que su ausencia obscurecería
las colinas?
Riendo, la miré dirigirse hacia el sur y alejarse de mi
vista.*

¿Al sur? ¿A la Generación de Tres Billones?

*Debí abandonarlo todo y hacer de su camino mi camino;
debí seguirla hasta los confines de la Tierra.*

Y lo haría. La seguiría incluso mucho más lejos.

Durante el ascenso hacia nuestra generación, imploré al gran hombre que me entregara el secreto de la máquina reductora para poder regresar al lado de mi distante y maravilloso amor. Pero el profesor Rumpel estaba enfadado, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta el chichón de su cabeza.

–Usted y su amor a primera vista –se burló–. Sí, le he perdonado, supongo, pero dudo de que le confiase el secreto aunque me fuera posible. No es una persona de fiar. Al fijar el cronometrador en una hora, cuando ya estaba fijado en media, estropeó la maquinaria, poniendo en funcionamiento el alternador de aumento y disminución, de tal suerte que ahora ya no sé dónde estoy. ¿Qué digo dónde estoy? Ya ve, entre otras cosas, ha estropeado usted mi dicción.

–Vamos, profesor, no se enfade. Se lo ruego. ¿No comprende lo que esto significa para mí?

Pero todo fue inútil. Edwin Percival Rumpel no cedió.

Cuando la máquina se posó con un ligero golpe, salimos de su interior. El aún estaba enfurruñado, pero habló, y lo que dijo fue muy extraño:

–Vea: G. Uno. Su chica se halla en la generación representada por uno partido por diez con el exponente tres billones. Claro que usted descompuso de tal modo la máquina que el número exacto es difícil de precisar, pero en cualquier caso, esta jovencita se halla gravemente desplazada. Mi propia generación es también tres billones, pero usted se queda en la que indica el numerador. Yo voy en la dirección opuesta.

Los enormes ojos me miraron con afecto, según me pareció, desde el interior de la caja. De pronto, ésta desapareció. La luz del amanecer me reveló el papel negro que cubría las ventanas y que yo había tomado por cortinajes, una silla con el brazo roto, que yo viera elegantemente esculpida, y una capa de polvo amarillento en lugar de la alfombra gruesa.

Una vez en la calle, subí a mi coche, embargado por la tristeza, y me alejé para siempre de la casa vacía del 2.057 de Plymouth Street.

Es curioso que el tiempo pueda dar tanto de sí. Cuando me desperté en la pensión de la señora Jenrod, tuve la sensación de haber estado ausente durante un año. ¡Qué sueño tan absurdo! ¿O no había sido un sueño? ¿Cómo podía recordar con tan meridiana claridad todos y cada uno de los emocionantes detalles: los ojos, la boca, las orejas, el modo de andar y... también, cómo no, la máquina?

En la calle, un vendedor de periódicos voceaba una noticia:

–¡Extra! ¡Extra! Un gran hombre desaparece durante la noche. Desaparece también su abultado equipaje. ¡Extra! El profesor Rumpel, el mayor... –Los gritos se perdieron en la distancia.

Yo salté de la cama. ¿Por qué estaba vestido? El bolsillo de mi americana contenía algo, y metí la mano en él. Saqué una hoja de papel, cortada por la mitad, así como un peine y un espejo pequeño. En el papel aparecía el nombre de una chica y su dirección. ¡La dirección era increíble!

¿Sería posible que yo hubiese dirigido la máquina hacia dentro, y luego de nuevo hacia fuera, de modo que la Estación Tres Billones fuese en realidad el viejo planeta Tierra enfocado desde un ángulo diferente? Rumpel había admitido que mis métodos de navegante aficionado, impeliendo la máquina hacia delante y hacia atrás, habían embrollado sus cálculos. Aquel largo ascenso hacia Plymouth Street podía haber sido un segundo viaje de vuelta extremadamente afortunado.

Y de este modo, en caso de que ustedes se lo hayan preguntado, fue como encontré a Norma, mi esposa. Ella dice que pensó que yo estaba un poco chiflado

cuando me senté en aquel banco y le conté aquella ridícula historia, pero..., bueno, le causé cierta impresión. Como es natural, hizo falta un montón de correspondencia y muchas dotes de persuasión para convencerla de que no era tan mentiroso..., aparte de que cuando la abordé con aquella expresión de enamorado era pleno día, y una hora perfectamente respetable; no era tarde, ni mucho menos. Me vi obligado a mandarle libros que trataran de zonas del tiempo, de astronomía y cosas por el estilo; a explicarle que, habiendo salido mucho después de obscurecer, había llegado frente a su casa antes de la cena, al final de mi primer viaje de vuelta a la Tierra; que la segunda vez habíamos aterrizado en un lugar distinto porque logré dar, por casualidad, con Plymouth Street. También tuve que explicarle la razón de que yo supiera que el universo de los libros de astronomía se encontraba probablemente en una minúscula parte de uno de los llamados átomos, situado bajo una de las uñas de quién sabe si el pie izquierdo del profesor Rumpel, el cual había desaparecido tan misteriosamente.

Norma se limita a mirarme de un modo extraño, aunque bastante atractivo. Después de todo, la gente del lugar donde ella vive se muestra siempre un poco superior y escéptica hacia los inocentes que vivimos en Florida. Por esta razón tuve que trasladarme a su preciosa California para poder seguir dándole explicaciones. Todavía no he conseguido terminarlas.

Un extraño en la casa

Kate Wilhelm

Stranger in the house, © 1967 by Mercury Press Inc. Traducido por P. Giralt e I. Roger en *Ciencia Ficción Selección 7*, Libro Amigo 235, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Mayo de 1973.

Uno de los temas más sugestivos de la SF es sin duda el de la comunicación con los extraterrestres. Cuando esta comunicación se plantea a nivel íntimo, de hombre (o mujer, en este caso) a xenoiide, con todas las implicaciones psicológicas del contacto de dos mentes muy distintas, el asunto se presta a un tratamiento especialmente interesante, aunque a menudo sólo sirva para dar lugar a un tópico relato de terror, en la línea de la peor xenofobia.

Por ello resulta particularmente atractiva esta excelente narración de Kate Wilhelm, en la que el turbador y doloroso contacto de dos mentes que en principio se repelen a causa de su distinta naturaleza logra desembocar en la comprensión y el afecto. Con el aliciente adicional de que esta comunicación lacerante, al borde de lo imposible, sirve de contrapunto a la presunta intimidad entre marido y mujer, mostrando cuan básica puede ser la desconexión entre dos personas sumidas en un mundo de convencionalismos, aunque aparentemente se hallen unidas por un lazo fuerte y profundo.

Robert conducía su coche lentamente por la avenida del enorme caserón; al verlo, sonrió divertido. Mandy soltó una carcajada. Realmente, aquel edificio era una broma gastada a una viuda respetable. Era de piedra y tenía tres pisos, con un amplio porche que rodeaba tres de sus cuatro fachadas. Se decía que el primitivo edificio, al que se le añadieron después los dos pisos superiores, había sido construido en 1820. Unas altas columnas se erguían hasta la segunda planta, restando importancia a la puerta de entrada, de doble batiente; las ventanas del primero se arqueaban hacia fuera, a pares, y simétricamente espaciadas, y las del segundo seguían la misma pauta. Pero en el tercer piso daba la impresión de que el arquitecto había heredado una colección de ventanas, ninguna de las cuales tenía el mismo tamaño, forma o estilo. Unas se abrían hacia fuera, otras de abajo arriba, algunas tenían rejas, y dos de ellas unas raquílicas persianas. «Una casa extraña de verdad», pensó Robert. En el asiento posterior del coche, el doble letrero iba de un lado para otro al tiempo que tintineaba la cadena que unía las dos partes. En una se leía: «Agencia de Seguros Phillips», y llevaba adornos de estilo colonial; en la otra parte, agresivamente moderna: «Modas Amanda.» Este fin de semana colgaría el letrero, y se instalaría de modo oficial, aunque los de las mudanzas tardarían seis días en venir.

Robert aparcó el coche frente a la fachada posterior de la casa, después miró hacia el bosque, que se extendía al otro lado del patio.

—A veces es necesario que suceda algo muy importante para que se te abran los ojos y te pares a considerar las cosas. En mi caso ha sido el ataque cardíaco, ¿no crees?

Mandy se volvió rápidamente, y él sonrió al ver cómo escrutaba su cara. Ambos sabían que ella no podía evitarlo; después de su ataque al corazón, ocurrido dos años atrás, ella le observaba siempre atentamente a la menor provocación.

–Me refiero a nuestra marcha de la ciudad. ¡Dios mío, una casa de campo! ¡Nosotros, en una casa de campo!

–Tienes razón, esto no parece para nosotros. Tendremos que acostumbrarnos, supongo. Después de veintidós años en diversos apartamentos... –Mandy volvió a reírse al tiempo que abría la portezuela del coche y salía corriendo hacia la puerta posterior de la casa.

Robert la siguió a paso lento, mirándola satisfecho. Mandy era esbelta y ágil, y sus movimientos recordaban, por la fluidez de los mismos, los de un líquido. Llevaba muy cortos sus cabellos negros, aún sin una cana, y sus ojos oscuros brillaban y se humedecían con facilidad. Esto la molestaba, pero prestaba a su mirada una gran tersura y vivacidad. Rebosaba energía, sus músculos eran tensos, y tenía tendencia a la delgadez, contra la que luchaba con un régimen que hubiera obligado a Robert a volver al hospital en una semana.

Mandy canturreaba mientras trabajaba en la casa. Esperaba la llegada de un joven vecino que la ayudaría a ordenar los enseres amontonados en el garaje hasta el techo. Dio una ojeada por la ventana y vio a Robert con dos hombres que vestían sendos monos y que limpiaban el arroyo y reparaban el dique, gracias al cual se formaba un lago en el terreno perteneciente a la propiedad. Los contempló durante varios minutos; Robert, muy derecho y bien vestido, parecía fuera de lugar en aquel ambiente. Le compraría pantalones de pana, y quizá incluso un mono. Trató de imaginárselo con este atuendo, pero no lo logró. En aquel momento vino el muchacho.

El sábado por la noche, tanto ella como Robert estuvieron de acuerdo en que instalarse en una casa era un trabajo agotador.

–Ve arriba y toma un baño mientras lleno el lavaplatos –sugirió Mandy al tercer bostezo de Robert–. Yo subiré dentro de pocos minutos.

El le dio un beso en el ojo derecho, sin replicar, y salió bostezando de nuevo. Mandy ansiaba andar sola, con su cansancio y su satisfacción, por la nueva casa. Quería tocar el entarimado, pasar la mano por los muebles, disfrutar de su hermosa adquisición. ¿Por qué ninguno de los dos había pensado antes en la posibilidad de abandonar la ciudad? Ahora les parecía algo tan natural. Jamás se había hecho ilusiones de que Robert accediera a marcharse, y, probablemente, él pensaba lo mismo de ella. Si Robert hubiera leído en su interior una sola vez durante todos aquellos años, habría sabido la nostalgia que ella sentía por el campo, por un jardín, por el bosque y por ver crecer las plantas. Dejó por unos momentos su tarea de fregar los platos y se quedó mirando fijamente hacia delante; después reanudó su trabajo con energía. Las personas siempre tienen facetas que los demás desconocen, a menos que quieran descubrirlas preguntando directamente. ¿Cómo podían haber adivinado ellos sus mutuos pensamientos?

Pero ahora ya no importaba. Se encontraban aquí, y les gustaba. Su hija Tippy, de veinte años, también estaba de acuerdo y Laura acabaría por convencerse cuando viniera, aunque de momento era muy contraria a la idea. Se hallaba en París, estudiando arte. Tippy estaba haciendo un curso avanzado de matemáticas

en el estado de Pennsylvania. «Ojalá hubieran vivido en un lugar como éste cuando eran niñas y estaban en casa», pensó Mandy con nostalgia. «¡Basta!», se dijo bruscamente a sí misma, apagando la luz de la cocina. Las lámparas de la sala continuaban encendidas; era la única habitación de la planta baja que contenía algunos muebles. Se quedó en el umbral observando los sedosos cortinajes, las sillas blancas y doradas, el diván, y expresó su aprobación con un movimiento de cabeza.

De repente, se tambaleó al tiempo que alargaba la mano en busca de un punto de apoyo, pero no encontró nada. Cerró fuertemente los ojos. En un instante, la habitación había cambiado, volviéndose grotesca, demasiado chillona, inhospitalaria, opresivamente calurosa y, asfixiante. Cuando abrió de nuevo los ojos y miró a su alrededor, la habitación volvía a estar como antes. Pero ella notaba una extraña sensación de ingravidez, aunque el malestar ya había pasado. ¿Indigestión? Había sido algo muy fugaz, el tiempo de cerrar los ojos y volver a abrirlos; quizá sólo dos segundos. Salió de la habitación y se dirigió al panel de interruptores desde donde se controlaban todas las luces de la planta baja. Apagó las lámparas, y en la oscuridad le invadió el terror, sólo el terror. Apretó de nuevo los interruptores y, al volver la luz, se desvaneció su miedo momentáneo. Rió débilmente, pero, cuando volvió a apagar las luces, tuvo la precaución de dejar encendidas las del vestíbulo.

Robert ya dormía cuando entró de puntillas en el cuarto. Sumergida en el agua caliente de la bañera, y ya más relajada, leyó un capítulo de un libro que él había dejado en el baño: El cine escandinavo. Ahora sí que Robert tendría espacio suficiente para una cámara oscura, y una sala de proyección, y para su colección de películas de ocho milímetros...

Robert gimió con un largo e inarticulado sonido de dolor o de protesta. Mandy dejó caer el libro, saltó de la bañera y se encontró junto a la cama, sin tener conciencia de haberse movido, con la bata encima de su cuerpo húmedo. Ahora dormía pacíficamente. ¿Había sido un sueño? Mandy se mordió los labios, hubiera querido despertarle, asegurarse de que estaba bien, pero temió interrumpir su descanso... Entonces sintió un escalofrío, y volvió al baño para secarse. Vio el libro dentro de la bañera y lo sacó; ya no servía para nada. Lo tiró a la papelera y se metió en la cama junto a Robert, acercándose mucho a él. Dejó encendida la luz del cuarto de baño y la puerta entreabierta.

A la mañana siguiente, en tanto que ella preparaba el desayuno, Robert fue al pueblo a comprar el periódico. Mientras comían, hablaron de la casa.

—¿Por qué no ha vivido nadie aquí durante los últimos treinta años? —preguntó Mandy—. Los anteriores propietarios gastaron miles de dólares en mejorar la propiedad, y sin embargo, nadie se ha quedado. ¿Por qué?

—La razón principal es el gasto de miles de dólares. El último comprador se arruinó. Y si no fuera porque ambos tenemos aquí nuestro local comercial, tampoco nosotros podríamos mantenerla, querida. A nosotros nos resultará más barato que dos oficinas en la ciudad, pero para una familia es imposible... —Robert volvió a mirar la página financiera del periódico, pero en seguida levantó la vista—. ¡Oh! Gus Farley me ha dicho que ayer su chico llegó enfermo a casa después de estar aquí. ¿Comió algo? —Ella negó con la cabeza—. Bueno, de todos modos, Gus dice que el chico no trabajará aquí este verano. Siente habérselo prometido, pero el caso es que tiene todas sus horas ocupadas.

–Si no podemos conseguir ayuda de la gente del pueblo, nos veremos en un buen lío –dijo Mandy–. Nosotros solos no tenemos tiempo para llevar una casa como ésta.

–Compraré una segadora y cortaré la hierba yo mismo.

–Si es de motor, seré yo quien corte la maldita hierba –replicó rápidamente Mandy.

El lunes recibieron contestación al anuncio de Mandy en el semanario local.

–Ellen Turnbull –dijo Mandy con excitación–; pide permiso para venir a verme el jueves y puede empezar inmediatamente.

–Si puede empezar este mismo jueves, dile que sí. ¡Dios santo! Ya temía que llegaran los muebles y no tuviéramos a nadie para ayudarnos.

–Sí, yo también –confesó Mandy–. Una semana más, cariño, y lo peor habrá pasado. Entonces sólo tendremos que habituarnos a la nueva vida.

El groth se movió lentamente, con gran dolor, e inspeccionó el sello de la puerta cuya alarma había empezado a sonar despiadadamente, avisando que se había producido una entrada. Ellos habían vuelto otra vez. Todos los movimientos que hacía significaban una tortura, y su único deseo era que le dejaran solo, y morir sin ningún esfuerzo ulterior. Volvió a su cama-tanque, un material semi rígido que cedía bajo la masa del groth, se cerraba automáticamente y se llenaba de un líquido que aliviaba, pero que ya no curaba a su ocupante. El groth volvió a sumirse en un sueño agitado.

El sótano de la casa estaba lleno de instrumentos: grabadoras, una pantalla, auriculares y un potente transmisor conectado a una máquina traductora y a un codificador. Había un tanque lleno de un oscuro y espeso cultivo de olat –el alimento del groth– y un equipo que alteraba la atmósfera en el interior de la habitación sellada; la obscuridad era casi total, como la última penumbra del atardecer. La temperatura se mantenía agradablemente a 4,44°C. Al groth no le faltaba ninguna comodidad durante su estancia en la Tierra, exceptuando la compañía de su pareja, muerta hacía ya mucho tiempo. También él se estaba muriendo, con el amargo convencimiento de que su permanencia en este planeta había sido un fracaso. Dormía con desasosiego, soñando con los mares de Gron donde se divertían los jóvenes. En su sueño había un joven groth que se sumergía hasta las profundidades para coger a su pareja que jugaba a escaparse de él una y otra vez. Los mares rebosaban de olat, y no existían especies peligrosas, lo cual hacía que la vida en aquel lugar fuera feliz y segura. Sus sueños le llevaban repetidamente a los mares de Gron, y su despertar era cada vez más doloroso y triste. Se despertó con el recuerdo de los sonidos escuchados la noche anterior; surgían del edificio, y resolvió que debía hacer un último esfuerzo. Abandonar su húmedo lecho disminuyó la fuerza emotiva de su decisión, y la esperanza de cumplir la misión se transformó de nuevo en la seguridad de que tampoco esta vez lograría alcanzar su objetivo. La esperanza que le había despertado se fundió en los mares del sueño, y el groth inició la rutina cuya realización era ineludible.

Sacó su ración diaria de olat, midió la acidez del cultivo, añadió líquido para compensar el que había sacado, y volvió a cerrar el tanque. Sorbió el olat y

entonces procedió a la comprobación de los sistemas vitales que mantenían el líquido de la cama a la necesaria concentración de ácido sulfúrico, y el aire, a la mezcla precisa de oxígeno, ácido sulfúrico, nitrógeno y pequeñas cantidades de otros elementos. La presión se mantenía constante a medio kilo por centímetro cuadrado, lo cual era satisfactorio. Después de inspeccionar los sistemas, el groth fue hacia la computadora y empezó a introducir datos en la máquina traductora y en el codificador. Ya no dedicaba mucha atención a los datos, ni estaba muy interesado en las tempestades de los océanos occidentales ni en las guerras que estallaban en los distintos puntos de todo el globo, como hogueras en la vertiente seca de una montaña. El equipo instalado por la pareja de groths durante los diez primeros años de su estancia en la Tierra tomaba medidas automáticamente; todos los aspectos de las actividades terrestres eran vigilados y registrados: lluvias, velocidades del viento, temperaturas, cambios de población, operaciones mineras, proyectos de construcción, guerras constantes, la evolución en las industrias de automóviles y aviones, la investigación de la energía atómica, los crecientes adelantos espaciales... Habían analizado concienzudamente todas las lenguas habladas en la Tierra, registrándolas en el computador para hacer posible la comunicación cuando llegase el momento. Se registraban a diario las clases de las Universidades, se copiaban los periódicos, se captaban los programas de radio y televisión para su posterior análisis, se vigilaban las iglesias y se tomaban datos de las distintas religiones; y todo ello era clasificado y archivado por el computador, incluidos también todos los mitos y todos los hechos históricos, con el fin de que el groth pudiera, en su día, estudiar todos los datos y formarse una idea completa.

Pero sólo nueve años después de su llegada, su pareja había sufrido un accidente. Incapaz de creer en la magnitud de la depresión económica que sumió al planeta en la desesperación, la guerra inminente y el fallo del cuadro de previsiones, su pareja había ido a inspeccionar personalmente algunos de los increíbles sucesos que veían centellejar en la pantalla de televisión. Mientras su pareja volaba sobre el área totalmente desértica de la región meridional, un tornado, fenómeno desconocido para el groth, surgió de improviso y, sorprendiendo en su vórtice al pequeño aparato, lo había derribado y lanzado contra el suelo a muchas millas de distancia. El terrible calor, los rayos solares y los remolinos de polvo habían atormentado a su pareja mientras intentaba reparar el aparato. Al volver a funcionar, su pareja ya sufría quemaduras mortales. Cuando el groth que permanecía en el vlen captó su agonía, emitida desesperadamente, ya era demasiado tarde para salvarle la vida. El groth moribundo volvió por piloto automático, pero como ya no era capaz de controlar su mente, el dolor que irradiaba se propagó por el aire y alcanzó la casa erigida sobre el vlen, matando á un terrestre, una hembra, y provocando, la locura de otros dos.

El groth comprendió entonces que debía alejar el vlen de los frágiles terrestres que resultaban tan sensibles a sus ondas de pensamiento. Cuando, al año siguiente, empezó a efectuar el traslado, la casa se quedó misteriosamente vacía. El groth esperó acontecimientos. Al instalarse en la casa otros terrestres, volvió a pensar en marcharse de allí, pero era la estación veraniega del planeta, y el groth sabía que el calor minaría sus fuerzas, haciendo el traslado más largo y peligroso que si esperaba la llegada de la estación fría. Se quedó, pues, cerrando fuertemente sus ondas mentales y limitándose a dirigir sus dispositivos electrónicos. Pero los nuevos ocupantes de la casa, en especial los niños,

también deseaban huir del calor, y jugaban en el sótano del edificio, muy cerca del vlen. Cierta día, uno de los niños terrestres utilizó unos tentáculos mentales que él mismo ignoraba que poseía, y sintió la proximidad de un ser extraño. El niño gritó de terror. El groth retrocedió ante el momentáneo e inesperado contacto provocado por la mente desconocida y se retorció a la vista de las imágenes que ésta le transmitía, sintiendo un dolor particularmente intenso cuando sus propios nervios respondieron al chorro de luz entrevisto por el niño. Más tarde, aquella misma noche, el groth vio interrumpido su profundo sueño por la repentina intrusión de una mente abierta que buceaba en la suya. El niño terrestre gritó en la cabeza del groth y ambos sufrieron con el contacto desnudo y sin protección. El pequeño no podía romperlo. Se produjo un fallo total de control, y cuando el groth consiguió desenmarañar sus propios pensamientos de los de la mente extraña, el niño se encontraba gravemente enfermo, con una fiebre muy alta. Murió al cabo de una hora.

El groth sintió mucho esta muerte, y se culpó a sí mismo del accidente, pese a que el niño había entrado en contacto con él de modo accidental. Entonces sondeó suavemente el cerebro del otro terrestre que habitaba la casa, pero éste quedó paralizado por el terror. El groth comprendió que jamás podría volver a sondear la mente de un habitante de este planeta y reanudó los preparativos de marcha hacia una región totalmente deshabitada, muy al norte de la actual situación del vlen.

El groth dejó de pensar en el pasado para considerar el presente. Ahora tenía que resolver los problemas sencillos y básicos. De nuevo había gente viviendo en la casa. Se le presentaba una última posibilidad de cumplir la misión de mayor trascendencia, y con la ayuda de uno de los terrestres aún podría conseguirlo. Había pasado todo el verano y el otoño echado en su cama, semiinconsciente. Se despertaba todos los días para atender a los aparatos y después volvía a la vida ficticia de su juventud. Al llegar el invierno, el groth comprendió que su propia muerte no estaba muy lejos. Su respiración era débil y dolorosa, insuficiente, y el mareo que a veces le acometía se prolongaba cada vez más y le dejaba totalmente confuso. Hizo un esfuerzo para desechar el pasado y se preguntó si realmente importaba ya que volviese a haber terrestres a su alcance. Ignoraba si ahora tendría el poder necesario para intentar algo que valiese la pena. El groth sabía que si aceptaba el fracaso, sus últimos actos serían de destrucción. La aceptación del fracaso implicaba inevitablemente la desaparición total del satélite en órbita, de la nave espacial sobre la Tierra, del vlen de aquel sótano del edificio, y finalmente, su propia destrucción.

Abrió su mente con precaución extrema, pero encontró a la hembra terrestre, que, al igual que él mismo, retrocedió ante el contacto. Después sondeó al macho, y se alejó de él con una rapidez todavía mayor. El macho estaba débil, a causa de una lesión cardíaca; no podía sondearle. El groth se quedó pensando en la hembra; intentaría un nuevo contacto con ella.

El jueves, Mandy se sentía cansada como si hubiera estado corriendo durante un mes. Llegó en coche a la casa de campo bajo una lluvia torrencial, pero una vez dentro de ella, la lluvia y el viento se le antojaron muy lejanos. Al enderezarse después de quitarse las botas, se fijó en una mancha de aceite que había en el suelo, junto a la puerta que bajaba al sótano. La abrió y examinó la mancha más de cerca. ¿Quién podía haber derramado el aceite allí? Hizo ademán de tocar el

brillante líquido, pero retiró bruscamente la mano y cerró la puerta. Miró hacia el teléfono y lo probó, pero sin esperar que funcionara. Le habían dicho que lo conectarían por la tarde, y todavía eran las once; la señora Turnbull vendría a la una. Tenía tiempo de medir las ventanas del tercer piso y decidir en qué emplearía las habitaciones. El tercer piso tenía cinco habitaciones pequeñas, dispuestas en hilera, y sus acabados eran toscos: probablemente estaban destinadas al servicio. Había también una estancia muy espaciosa, en forma de L. Aquí instalaría la máquina de coser y las mesas para cortar los patrones, las telas, los accesorios, los estantes..., había espacio para todo. Además, aún quedaba el resto del piso, de pavimento desigual, pero con ventanas. Mientras lo recorría, volvió a pensar en la comodidad de tanto espacio, luminoso, caliente, aireado..., y rodeado de la paz más absoluta.

Se detuvo en su inspección y escuchó. La quietud era tan profunda, que en aquellos momentos lamentó no tener una radio, o no estar un poco más cerca de la carretera, o del pueblo. Daba la impresión de que la casa estaba conteniendo el aliento.

Frunció el ceño, enfadada consigo misma. Nunca había sido timorata ni temido la soledad. Y la casa no tenía nada de alarmante; era una casa alegre, acogedora. Terminó rápidamente de medir las ventanas, silbando entre dientes mientras lo hacía.

A las doce y media, hizo café y abrió una lata de copa para el almuerzo. Ahora la lluvia caía furiosamente sobre la casa. No tenía ningún deseo de salir para recoger las cortinas que había dejado en el coche.

La señora Turnbull apareció cuando Mandy estaba lavando los platos. Debía de tener unos cincuenta años, llevaba el pelo teñido de rojo, ostentaba un incipiente bigote que debía requerir frecuentes afeitados y sus piernas recordaban a las de un futbolista. Sus ojos muy azules no dejaron de mirar a su alrededor con suspicacia mientras hablaba con Mandy.

—¿Usted es la señora Phillips? Soy Ellen Turnbull. Gus Farley me ha dicho que necesita una asistenta. Pero me es imposible quedarme a dormir; tengo un chico que va a la escuela y una hija con su bebé que también vive conmigo. No puedo quedarme fuera de casa por la noche.

Al cabo de un cuarto de hora, Mandy había aceptado sus servicios.

—¿Puede empezar mañana? —preguntó Mandy.

—Vendré a las nueve. ¿Me da una llave?

—¿Una llave? Por supuesto. "Pero tendré que hacerme otra..."

—Démela y yo me encargaré de esto. ¿No estará usted mañana a las nueve, verdad? ¿Cuándo vienen los de las mudanzas?

—A la una —repuso Mandy. Buscó en silencio la llave, que tenía en el monedero, y la entregó a la mujer del pelo rojizo. «Quizá no lo lleve teñido», pensó de improviso.

Cuando la señora Turnbull se hubo ido con la llave, Mandy se dio cuenta de que ni siquiera le había pedido referencias. Pero pensó que no valía la pena con una mujer como aquella: su aspecto ya era suficiente referencia. Mandy se echó a reír, y cuando levantó el auricular del teléfono, la línea ya estaba conectada.

Marcó con gran alegría el número de la oficina de Robert, y empezó a silbar mientras esperaba que le contestara.

Robert opinó que había hecho bien en seguir su intuición en lo que concernía a la señora Turnbull.

–Haré discretas indagaciones sobre ella en el pueblo –dijo–. Por lo que me cuentas, parece una joya. ¿Por qué no le dices mañana que venga su hijo a echarme una mano en el patio?

Mandy colgó, sonriendo, y decidió ir a buscar las cortinas y colgarlas mientras esperaba la vuelta de su flamante asistenta con la llave de repuesto. Se puso el abrigo y corrió hasta el coche. La lluvia ya no caía oblicuamente, pero seguía siendo torrencial. Cubrió cuidadosamente los cortinajes con varias sábanas y corrió de nuevo hacia el porche de la parte de atrás, donde comprobó que, sin darse cuenta, había cerrado la puerta al salir. Dio varias vueltas al pomo con exasperación, pero estaba echado el cerrojo y no había forma de abrir. Pateó furiosa, mirando fijamente la puerta y preguntándose cuánto tardaría en volver la señora Turnbull pues no le quedaba más remedio que esperarla a la intemperie. Sabía que todas las ventanas estaban cerradas, protegidas, además, por los postigos, como precaución, contra las tormentas. Entonces recordó la puerta del sótano, y se inclinó sobre la barandilla de la escalera para ver si también estaba cerrada. La habían dejado abierta por si venía el encargado de encender la caldera, y no recordaba haber bajado a cerrarla, ni creía que Robert lo hubiera hecho. Dudó unos momentos, pero una ráfaga de viento la empapó de lluvia, y entonces decidió ir a echar un vistazo. Dejó las cortinas sobre la barandilla, bajó corriendo los peldaños y encontró abierta la puerta del sótano. Hacía calor, allí, y olía a cerrado y un poco a azufre... Fue apresuradamente hacia las escaleras que conducían a la cocina. A mitad de camino volvió a notar aquella sensación.

De improviso, su visión de los escalones y de la puerta cerrada se transformó, desenfoándose, convirtiéndose en algo diferente, extraño, irreconocible y amenazador. Se agarró a la barandilla, luchando contra el miedo, un miedo espantoso. Cerró con fuerza los ojos al ver cómo se movían y aumentaban de volumen los escalones. Pensó que iba a caerse, y entonces oyó un gemido. Sintió que la cabeza se le hinchaba, que aumentaba de tamaño, causándole un dolor insoportable. Pero bruscamente, del mismo modo que había empezado, la sensación desapareció, tan de repente, que la hizo tambalear, y se hubiera caído por las escaleras de no ser por un movimiento reflejo de sus manos que se asieron fuertemente a la barandilla. Se quedó medio sentada durante unos momentos, tratando de recobrar el aliento y esperando a que el corazón le latiese con normalidad. Respiraba espasmódicamente, y no podía serenarse. Subió a gatas los escalones hasta alcanzar la puerta, pero al traspasar el umbral tocó con una mano aquella extraña mancha de aceite, que le produjo al momento una fuerte quemadura. Corrió a la fregadera y se lavó la mano, llorando de dolor; toda la palma estaba enrojecida.

Cuando Ellen Turnbull volvió con las llaves, Mandy estaba bebiendo una taza de café y fumando un cigarrillo.

–¿Se encuentra bien, señora Phillips? ¿Está enferma?

–Me quedó cerrada fuera y tuve que entrar por el sótano, y como una estúpida, me caí por las escaleras –explicó Mandy, asiendo fuertemente el asa de la taza.

¿Qué otra cosa podía decir? Había sido algo muy fugaz, y cuando hubo pasado, se sintió completamente normal. ¿Qué otra cosa podía decirle a aquella mujer?

La señora Turnbull, tras mirarla unos segundos, abrió la puerta del sótano.

–Tenía barro en los zapatos –dijo–, y por eso resbaló. –Se volvió a mirar a Mandy–¿Está segura de no haberse hecho daño? La veo muy pálida. –Mandy negó con la cabeza–. Bueno, será mejor que quite este barro antes de que alguien vuelva a resbalar.

Desapareció, volviendo en seguida con una toalla de papel que tiró al cubo de la basura. Entonces salió por la puerta que daba al patio y volvió con las cortinas.

–Se las ha dejado olvidadas en la barandilla –dijo.

–Sí..., las colgaré mañana–murmuró Mandy–. Hoy no haré nada más. Me iré con usted.

«¿Qué otra cosa podía decir?», se preguntó Mandy mientras se alejaba en el coche. ¿Cómo podía explicárselo a Robert? ¿Cómo describir algo completamente extraño a cualquier experiencia humana? No había palabras para hacerlo; ni siquiera de modo aproximado. Extraña, diferente, ominosa. La palabra terror se le parecía, pero tampoco era exactamente terror. No conocía ninguna palabra que pudiera describirlo. Sus manos y pies conducían el coche, mientras ella miraba fijamente hacia delante; la hora de trayecto que la separaba de la ciudad pasó pronto. Cuando llegó al piso, empezó a pasearse arriba y abajo, y al final decidió que no explicaría a Robert lo sucedido. Él lo achacaría a los nervios, o a una indigestión; le diría que la caída, la quemadura, el terror, eran parte de un breve desmayo que había sufrido, y que el desmayo se debía al cansancio. El traslado, las compras, la costura, tomar medidas y más medidas... Estaba tan cansada que ya no reconocía los síntomas de la fatiga, y se engañaba atribuyéndolos a otras causas.

Cuando llegó Robert, le dijo simplemente que había resbalado sobre el barro de las escaleras del sótano, y él estuvo muy solícito y le dio un masaje en la espalda y en las piernas.

El groth sabía que esta vez tendría que esperar pacientemente a que los nuevos inquilinos se instalaran en la casa. Seguramente se quedarían a vivir en ella de una forma permanente. Esto parecía confirmar la vuelta de la receptiva hembra terrestre. El groth ignoraba si tenía tiempo para esperar, así que decidió tantearla con mucha cautela. Había olvidado la distorsión con que veían el mundo, la fuerza de su iluminación, los ángulos agudos que usaban, las superficies brillantes y los colores chillones y cegadores. Sintió nostalgia por los amables mares de Gron donde podría curarse, aliviado por la frescura de sus aguas, y por la suavidad de las formas, siempre sumidas en la penumbra y siempre redondeadas.

Hacía mucho tiempo que el groth había aprendido que los terrestres utilizaban la luz del mismo modo que los groth utilizaban las sombras en Gron. Allí los ojos reposaban en las sombras profundas, en las formas redondas, en las curvas, buscando siempre la obscuridad más densa; aquí, en la Tierra, la luz se reflejaba en los objetos y en las superficies, hacía daño a los ojos, y los obligaba a moverse de un lugar a otro para lograr el mismo fin: forzarlos a ver el conjunto, en lugar de sólo una parte. La dificultad estribaba en el efecto que dichas superficies brillantes

y relucientes producían en los enormes ojos de los groth, cuya reacción inmediata era la misma que sufren los ojos de los terrestres después de contemplar durante varias horas un campo nevado a pleno sol. Dolor, alucinaciones, y ceguera, que en ocasiones podía ser permanente. El groth no pudo controlar la terrible sensación de que la superficie se le echaba encima, aun sabiendo que sólo se trataba del cegador reflejo de la luz. Pero, peor todavía que el sufrimiento físico era el odio instantáneo e intenso que inspiraba aquel contacto: un odio semejante a una fuerza potente que absorbiera la energía del groth. Fue él quien la tocó, pero le pareció que la fuerza invasora era ella. El groth se liberó bruscamente, y desde una distancia prudencial, vio cómo la hembra perdía el equilibrio.

Todos los groth poseían cualidades extrasensoriales, pero sólo un pequeño porcentaje tenía el poder de controlar y ordenar el proceso a un alto nivel. El entrenamiento facilitaba el dominio del conjunto de neuronas hasta el punto de que la mente del groth era como una habitación cuya puerta estuviera abierta, pero más resguardada de cualquier intrusión que si la protegieran siete llaves. El groth perfectamente entrenado jamás entraba en la mente de otro sin invitación, a menos que le moviera un propósito puramente terapéutico, o si la mente que debía penetrar no estaba en situación de dar su consentimiento. Cuando un groth que carecía de entrenamiento buceaba en una mente entrenada, hallaba imágenes familiares, conceptos elementales comunes, pero ningún pensamiento formado ni conversaciones mentales organizadas. Entonces no había sacudida alguna. El groth invadido se limitaba a retirarse, si el contacto persistía, y ahí acababa todo. Pero ser invadido por una inteligencia extraña implicaba para ambas mentes una conmoción perturbadora, revelando ambas una imagen del mundo totalmente distinta, y unos temores dominantes que eran irracionales, pero ineludibles. Si el poder invasor era grande, como el que poseían los terrestres, había el peligro de que la conmoción del groth se comunicara a la de la mente invasora antes de que el contacto pudiera ser interrumpido. En esto residía el peligro: provocar la locura.

El groth se retiró por completo, para serenarse y reflexionar. Aún ignoraba si le sería posible utilizar á aquella hembra. Vendrían otras personas; se lo había oído decir. Lo intentaría con ellas antes de tomar una decisión. Tenía que utilizar a alguna si no quería perder una oportunidad inestimable.

Cuando el planeta fue descubierto, en 1896, año terrestre, y 14395 año de Gron, el entusiasmo de los habitantes de este último rozó casi la exaltación. Nunca habían encontrado un mundo situado en el preciso umbral psicológico que conduciría a una civilización tecnológica durante el término de vida de los groth. Se hicieron planes para el envío de observadores, y se programaron las computadoras para estimar la medida del progreso alcanzado en aquel planeta recién descubierto. Se calcularon fechas terrestres para los probables avances: en 1965, descubrimiento de la energía atómica; en 1980, primer satélite espacial; en 1995, primera nave tripulada en órbita; en 2010, alunizaje; 2040, aterrizaje en el planeta más próximo; en 2150, listos para comunicarse con una civilización extraterrestre. Se planeó la primera estación de Gron para la observación constante de la Tierra, con computadoras y satélites espías en órbita. Para esta fase de la operación se calcularon cuarenta años de Gron, transcurridos los cuales se previó una discreta retirada, posiblemente hacia el planeta más alejado del sistema. En términos terrestres, esto significaba que el primer aterrizaje se haría en 1920, y que los groth permanecerían allí hasta 1973. Cuarenta años de

Gron, cincuenta y tres años terrestres. Se consideró particularmente necesaria la presencia de observadores en la Tierra mientras los terrícolas descubrían y ensayaban la energía atómica, fase tras la cual, al comenzar los terrestres la exploración del espacio exterior, un satélite de procedencia extraterrestre en su firmamento ya no les confundiría ni inspiraría sentimientos suspicaces y agresivos.

Se sabía que la Tierra era un planeta peligroso para un groth; se trataba de un mundo caliente, y la atmósfera rica en oxígeno era más densa que aquella a que estaban acostumbrados; peligrosamente densa y pegajosa. El exceso de oxígeno provocaba una reacción peculiar en la composición química de sus cuerpos, haciéndoles perder con la orina y el sudor más cantidad de azufre de la que convenía a su salud. Además, el espectro de las ondas electromagnéticas procedentes de la estrella de este mundo estaba menos moderado por la distancia –Gron se hallaba a trescientos cincuenta millones de kilómetros de su astro–, lo cual significaba una acción brutal de los rayos ultravioleta e infrarrojos sobre la piel de los groth, y en especial sobre sus enormes ojos, protegidos únicamente por un fino párpado, perfecto para los mares de Gron y sus frescos y tenebrosos continentes, pero inadecuado para la superficie terrestre. Se diseñaron especiales lentes de contacto, que protegían, pero causaban, no obstante, cierta irritación en sus ojos. La alcalinidad de las aguas terrestres era venenosa para el groth, lo cual significaba otro inconveniente. Pero, por otra parte, existía la ventaja de que los terrestres, con la arrogancia típica de los planetas en vías de desarrollo, no creían en otras formas de vida. Esto protegía a los groth en el momento en que su presencia se hiciera evidente. Por lo tanto, aunque se trataba de una misión ciertamente arriesgada, las ventajas superaban a los inconvenientes, y al final del período indicado por las computadoras, otra potencia mundial vendría a unirse a las familias interestelares. Otra cosa igualmente importante era que, por primera vez, podría ser estudiada una raza que atravesaba un período de los mayores cambios imaginables. Se eligió a una pareja de groth, ambos especialmente entrenados en el uso de todos sus instrumentos, con extraordinarias dotes ultrasensoriales y facultades de penetración enormemente desarrolladas. Pero sólo vivía uno de ellos para llevar a cabo su misión.

Una semana después de haberse instalado, Mandy se paseaba por la casa mientras esperaba a que Robert terminase el trabajo de la oficina, que realizaba en unión de su socio, Erie, y la colaboración de Grace, la secretaria. La casa resplandecía bajo el sol del atardecer, que se filtraba por las ventanas de la fachada principal, por los cristales dobles de la puerta y por las amplias ventanas que coronaban ésta. El tiempo lluvioso y frío había cedido el paso a una serie de días soleados. Recordó vagamente el terror que había sentido en la casa en dos ocasiones diferentes, y se encogió de hombros. Entonces se encontraba muy cansada, y, aunque seguía estándolo, ya no era la fatiga que sintiera la semana anterior. Repasó la habitación de los huéspedes, que destinaba a Dwight. El dormitorio del lado izquierdo era el de Eric, que ya había pasado dos noches en la casa. Eric tenía treinta años y era un hombre soltero y muy simpático, que se contentaba con trabajar en la compañía de seguros sin ambicionar nada más, aunque Mandy tenía la seguridad de que cuando fuese el dueño absoluto de la agencia, ampliaría el negocio fácilmente y sin esfuerzo, lo cual no le importaba; lo que no quería era que Robert tuviese más trabajo.

Mandy estaba en el vestíbulo de arriba, sobre las oficinas, cuando oyó abrirse la puerta y la voz de Grace, que decía:

–¿No has sentido nada en absoluto, Robert? Yo lo he advertido durante unos segundos en cuanto he llegado esta mañana. Nada extraordinario, ni muy desagradable, pero sí algo.

–Es de esperar que una casa como ésta tenga sus fantasmas –comentó Eric con ligereza, y Grace le replicó:

–Jamás en mi vida he esperado que una casa tenga fantasmas. Y no he dicho que ésta los tenga. Sólo he dicho que he sentido algo extraño, y nada más.

Eric se rió, y sus voces se alejaron. Entonces Mandy se acercó a la barandilla y vio los cabellos grises y muy rizados de Grace y la cabellera castaña y demasiado larga de Eric. Caminaban juntos hacia la fachada delantera de la casa. Miró su reloj de pulsera: las cuatro y media, hora del aperitivo. Bajó rígidamente las escaleras.

Se dirigió a la cocina, donde Ellen Turnbull preparaba una bandeja con el cubo de hielo, los vasos, el queso y las galletas.

–He pensado que desearían esto con las bebidas –dijo.

–Gracias, yo lo llevaré –contestó Mandy. –Mike vendrá conmigo mañana por la mañana –dijo la señora Turnbull–. ¿Por dónde quiere que empiece, por el garaje o por el patio?

–Creo que será mejor por el garaje. Iría muy bien si pudiera quitar las cosas suficientes para poder meter los coches. –Cogió la bandeja, y apoyando el hombro contra la puerta, preguntó–: ¿Cómo está el chico de Farley?

–Pete Farley ha visto demasiados seriales de televisión, eso es todo. Ya ha vuelto a la escuela. Como le dije, sólo fue un empacho. También se lo dije al estúpido de Gus.

Cuando Mandy entró en el salón, Eric y Grace discutían si la chimenea sería suficiente para calentar la habitación. Siempre discutían fuera de la oficina; según Mandy, la culpa era del instinto maternal de Grace. Eric decía:

–Dejadme encender el fuego y veréis cómo calienta. Es lo mejor, con este clima.

A diferencia de Robert, Eric parecía estar en su ambiente en el campo; vestía un pantalón de franela, un jersey y calcetines de lana. Mientras hablaba, hizo una bola con los periódicos, la colocó en la chimenea, junto con tres troncos, y la encendió con una cerilla. Los troncos estaban muy secos, y prendieron sin dificultad. Pronto las llamas empezaron a crepitar. Robert se acercó con las bebidas y se sentó en el sofá, al lado de Mandy. El fuego daba mucho calor, y como los rayos del Sol entraban casi horizontalmente, la habitación resultaba acogedora y alegre.

Eric y Robert empezaron a comentar en voz baja los problemas relativos al traslado del negocio, y Grace hizo un gesto de resignación. Se dirigió a Mandy:

–¿De verdad no te han dicho nada de esta casa? No puedo imaginarme que una casa esté vacía tantos años sin que se oigan ruidos, o se vean luces, o la gente chismorree.

Robert apretó brevemente la mano de Mandy mientras decía:

–Claro, la semana pasada ocurrió lo de Pete Farley. Trabajó aquí unas horas y volvió a casa muy enfermo. No pudo ir a la escuela durante dos días; tenía mareos, nerviosismo, náuseas, pero el médico no encontró la causa. La gente dice que es culpa de la casa.

Mandy no pudo controlar un estremecimiento de su propia mano; Robert la miró en aquel momento y le guiñó un ojo. Estaba bromeando con Grace, y pensaba que Mandy le seguía el juego. A ésta le pareció increíble que él no notase lo mucho que le desagradaba esta conversación. Bebió un gran sorbo y se levantó.

–La cuestión no es lo que piensa la gente, sino lo que piensa el chico –dijo Grace–. ¿Está dispuesto a volver a trabajar aquí?

–Su padre le ha prohibido que vuelva –replicó Mandy con sequedad, mientras se encaminaba hacia la puerta–. Tengo que vigilar el asado; vuelvo en seguida.

Ellen ya se había ido; el asado se estaba dorando y despedía un ligero olor a ajo. Mandy cerró el horno. Se sirvió una taza de café y empezó a sorberlo, deseando que Tippy y Dwight estuvieran allí. Se preguntó si Grace ya habría abandonado el tema de la casa y su hipotético fantasma; ella no quería hablar del asunto ni que los demás volvieran a mencionarlo en su presencia.

Tippy y Dwight no tardaron en llegar, y la reunión se animó; hubo bromas, chismes universitarios, la cena, y el inevitable recorrido por toda la casa. Tippy era alta, esbelta, casi demasiado delgada y muy bonita; los cabellos negros le cubrían media espalda y sus ojos, rasgados como los de Mandy, pero mucho más pintados, resaltaban en su rostro desprovisto de maquillaje. Llevaba pantalones negros y una túnica blanca; aquella noche, parecía una hermosa modelo de la portada de una revista. Fumaba demasiado e irradiaba una energía desbordante que algunas veces resultaba agotadora. Poseía auténtica intuición para las matemáticas, cualidad que la volvía impaciente cuando una persona no comprendía algo en seguida.

Dwight tenía veinticuatro años, había terminado el doctorado en literatura neolatina, y ya era autor de un libro sobre literatura española. Trabajaba en una editorial de libros de texto. Mandy no lo había dicho nunca, ni siquiera a Robert, pero opinaba que Dwight era insoportablemente aburrido. Hacía tres meses que Tippy y Dwight eran novios.

Mandy logró por dos veces desviar a Grace del tema de las casas encantadas, y en cuanto Tippy se llevó a Eric y a Dwight a visitar el resto de la casa, Mandy dijo:

–Grace, te ruego que no hables más de esto. Tippy es demasiado joven y tiene mucha imaginación...

–¡Tippy! –exclamó con incredulidad Grace–. A esta niña no la asusta ni el mismo diablo.

–Le entusiasma la casa, y no me gustaría que suscitara dudas en su mente...

Grace vaciló, y terminó por encogerse de hombros. –Las dudas le vendrán por sí solas cuando tenga esa sensación. Yo ya la he tenido. –¿De qué sensación hablas?

–¿No te lo ha contado Robert? –Grace se acercó más a Mandy y bajó la voz–. Lo siento, Mandy; estaba segura de que Robert te había dicho algo; de otro modo, yo no hubiese mencionado el asunto. Esta mañana he experimentado algo extraño, como una repentina sensación de pánico: todo se ha desenfocado a mi

alrededor. En aquel momento, en el piso de arriba se oyó un agudo chillido, y ambas mujeres se levantaron de un salto. Mandy fue más rápida que Grace; salió corriendo y subió las escaleras a toda prisa. Oía vagamente la voz de Tippy y, detrás de ella, a Grace llamando a Robert, que había ido a las oficinas.

–¡Tippy! ¿Dónde estás?

Se abrió la puerta del tercer piso y salieron Tippy y Dwight, seguidos de Eric. Tippy se encontró con Mandy en el descansillo de la escalera y se abrazó a ella.

–¡Mamá! Algo... me ha tocado, ¡por dentro! Algo... caliente... –Estaba temblando. Mandy la apretó contra su pecho y miró a Dwight.

–¿Qué ha sucedido?

–No lo sé. Nos hallábamos en las habitaciones vacías y no había luz. Eric tenía cerillas, pero no veíamos casi nada. Tippy estaba cerca de mí cuando ha empezado a gemir y, cuando la he tocado, ha lanzado un grito.

Robert se unió a ellos, y Mandy pensó que no debía haber subido tan de prisa las escaleras; estaba pálido. Tippy empezó a recobrar el aliento y el color volvió a su rostro. Mandy se imaginó su propia palidez.

–¡Dios mío! –murmuró Tippy de pronto, con voz clara y expresión asombrada–, ¡tenemos un fantasma!

–Esta casa no está encantada –sentenció Robert con severidad, un cuarto de hora después. Estaban en la sala; Mandy en el sofá, con Dwight y Tippy, Eric atizando el fuego, que crepitaba débilmente, y Grace y Robert en las dos sillas doradas. Tippy se sentía demasiado excitada para permanecer quieta. Empezó a pasear, con el ceño fruncido y fumando.

–Puede que tú no lo creas, papá –dijo–, pero yo tengo la impresión de que alguien me ha tocado. Nunca había sentido nada semejante.

–¿Os convencéis ahora de lo contagioso que es decir tonterías? –reprochó Robert, mirando a Grace.–Esto no es justo –protestó Mandy–. Grace no ha dicho una palabra a Tippy. Nadie le ha hablado de nada.

Eric seguía atizando el fuego. Entonces se volvió y dijo tranquilamente:

–Debe de haber algo en el tercer piso.

–¡Por Dios! –exclamó Robert, pero Eric continuó:

–Vamos, Robert. Está claro que ha sucedido algo. –Miró a Tippy, que se había detenido y le contemplaba atentamente.

Robert hizo tintinear el hielo de su vaso, fijando en él la mirada. Mandy sabía que estaba muy enfadado. Detestaba los misterios; no creía en ellos. Para él, cualquier cosa que se saliera de lo corriente se debía a los nervios o una indigestión. Una tableta, o una visita al médico, o un simple esfuerzo de voluntad era la única solución que estaba dispuesto a aceptar. Mandy pensó que su marido siempre se negaba a admitir las cosas que no tenían un nombre, porque eran las más peligrosas, y por ello clasificaba todos los sucesos anormales, para poder olvidarlos.

–Eric –dijo Dwight–, no hablemos más del asunto. Arriba hacía calor y el silencio nos ha afectado. Yo también he notado la falta de aire y una quietud inusitada. Pero eso ha sido todo.

Mandy reprimió un gesto afirmativo; Dwight se parecía muchísimo a Robert.

–Ha sido algo más –replicó Tippy con firmeza–. Eric tiene razón. Hemos de considerarlo con lógica y tratar de comprender de qué se trataba. –Sonrió a Robert, que miraba enfadado a Eric y también a ella–. Cálmate, papá. Es un problema mío, y no es preciso que intentes resolverlo, si no quieres. –Entonces se volvió hacia Grace–. Comparemos notas. ¿Qué es lo que me has dicho? ¿Tú también has sentido algo aquí?

Grace miró a Mandy, la cual se encogió de hombros, entonces, Grace dijo:

–No estoy segura de nada. De pronto he sentido un pánico absoluto, me ha dolido la cabeza y todo ha empezado a girar.

Vació su vaso de un solo trago. Tippy asintió:

–Ya somos dos. Yo ignoraba lo tuyo, o sea que no se trata de una pura sugestión. He sentido lo mismo que tú. Me ha parecido que un alambre caliente me tocaba la cabeza. Caliente y vivo. La luz de la cerilla se ha retorcido y me he visto obligada a cerrar los ojos. Las cosas tenían un aspecto horrible. –Miró a Robert–. Papá, es inútil decir que no ha ocurrido nada, porque no es cierto. Ha ocurrido ya dos veces.

–No, tres veces, o quizá cuatro –intervino Mandy, con acento de cansancio. Contó sus dos experiencias, y Robert se quedó mirándola con incredulidad–. Yo pensaba que tú también lo habías notado, cariño –añadió–, la semana pasada, mientras dormías. Te oí gemir, no sé si de dolor, o de miedo. Pero fue sólo un momento, y en seguida volviste a la normalidad.

–¡Por todos los santos! –exclamó Robert de pronto–. ¡Las tres mujeres hablando de nervios y de histeria colectiva! ¡Pensad un poco en lo que estáis diciendo! Todo porque un niño estúpido cayó enfermo y su padre es un idiota. Mandy, tú sabes cómo ha empezado todo esto, ¿verdad? Aquel niño enfermo. Probablemente fumó un par de cigarrillos y le marearon. Y ahora te empeñas en dar al caso un aura de misterio y haces que Grace y Tippy piensen lo mismo.

Mandy se quedó mirándole, deseando darle crédito, esforzándose por creerle. Se acordó de los ángulos repentinamente torcidos de los escalones, pronunciados, extraños, y después se miró las manos que descansaban en la falda. Grace se levantó.

–Tengo que irme ya –dijo. Miró a Tippy, y luego a Mandy–. ¿Estáis bien las dos? ¿Queréis queda...? –No terminó la pregunta, sino que añadió con más animación–: Bueno, me voy.

Robert la acompañó hasta el coche; durante su ausencia, Eric dijo:

–Tippy, este fin de semana tengo el apartamento vacío. ¿Quieres...?

–¡Acaba de una vez con estas tonterías! –se encolerizó Dwight.

–¡Oh, Dwight, cállate! –intervino Tippy. Miró sonriente a Eric–. ¿Por qué no te vas tú, si piensas que aquí pasa algo raro?

–Pues, porque siento curiosidad. Yo tampoco creo en los fantasmas, ¿sabes?

–Muy bien, ninguno de nosotros cree en fantasmas, y, sin embargo, aquí hay algo, invisible a nuestros ojos, que es terrible, espantoso y repugnante. Nosotros

estamos cuerdos, somos responsables y sensatos –continuó, con algo de ironía–, pero aquí hay algo que no va bien.

Sintió un escalofrío y cruzó los brazos, acercándose después al fuego.

Robert volvió y les miró con suspicacia. Se sirvió otro vaso; Mandy estuvo a punto de reprocharle que bebía demasiado, pero no dijo nada. Todos necesitaban un trago o dos más.

Charlaron otro rato antes de irse a dormir; después, Mandy y Robert se retiraron a su habitación. Ella sabía que Robert aún seguía enfadado, y hablaron poco antes de acostarse. Oyó a Eric que añadía más leña al fuego, pero, poco a poco, la casa se quedó en silencio. Mandy, ya en la cama, miraba el techo; Robert se había quedado dormido, después de estar mucho rato inmóvil a su lado. Pensó en el pasado, cuando una pelea a la hora de acostarse provocaba sus lágrimas, que aún eran más abundantes después de la reconciliación. Sonrió, y le tocó suavemente la espalda; empezaba a adormecerse cuando, al poco rato, se despertó con sobresalto. No quería dormirse; tenía que hacer una tentativa.

Eran casi las tres y media. Se levantó cautelosamente de la cama, se puso la bata y las zapatillas y abandonó la habitación sin el menor ruido. Eric había dejado encendidas las luces del vestíbulo, tal como ella le había pedido y las sombras formaban extraños contornos frente a las ventanas. Las puertas de los dormitorios estaban cerradas, y el silencio reinaba en la casa. Bajó las escaleras, y al llegar a la planta baja empezó a llamarle, sin emitir ningún sonido, concentrándose en las palabras que pensaba para que él las captara:

«¡Tú, quienquiera que seas! ¡Déjala tranquila! ¡No vuelvas a tocarla! Yo ya no te tengo miedo, ahora puedo enfrentarme a ti, pero, ¡no te metas con ella! ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? Sal, ahora que estoy esperándote. Las otras veces me cogiste por sorpresa, pero ahora te espero...»

Sabía que podía ahuyentarlo. Sintió la misma fuerte emoción que precedía a un desfile de modelos, antes de que fueran exhibidos los trajes diseñados por ella; el mismo desafío y la misma convicción de estar capacitada para enfrentarse a él. Esperó, pero la casa continuaba vacía y en silencio. Volvió a llamarle, tampoco sintió nada esta vez. Entró en la sala y vio que aún ardía el rescoldo de la chimenea. Resolvió esperarle durante media hora. Colocó un tronco sobre las cenizas y sopló hasta que una pequeña llama empezó a crecer. Se sentó en el suelo, delante del fuego, y esperó a que él contestara su llamada.

Cuando contestó, no estaba preparada. Contemplaba las llamas, y repentinamente volvió a sentirlo, algo que se introducía a tientas en su cabeza, hinchándola, atormentándola. El fuego se inmovilizó y los colores se desdibujaron, adquiriendo un brillo tan cegador que los ojos se le anegaron en lágrimas. Pestañeó con fuerza y empezó a levantarse, pero los ángulos de la habitación se deformaban aterradoramente, y el suelo y las paredes parecían amenazarla. Sintió que aquella presencia haría estallar su cabeza, y el dolor y el miedo se hicieron insostenibles. Una sensación de náusea le revolvió el estómago y empezó a vomitar incontinentemente, mientras la presencia crecía dentro de ella hasta consumirla. Era horrible y repulsiva. Mandy gritó y cayó al suelo con los ojos cerrados, incapaz de abrirlos de nuevo, horrorizada por el aspecto de la habitación, del suelo y de las paredes amenazadoras, por los colores que herían su vista y por el aire viciado. Vomitó otra vez, violentamente, y se echó a llorar, pensando que debía volver al vlen, donde estaría segura. Empezó a arrastrarse

lentamente por el suelo, con los ojos muy cerrados, aspirando el aire viciado, que ahora le quemaba los pulmones. Tenía que quitarse aquellas ropas gruesas, la estaban ahogando; y sin abrir los ojos, trató de arrancarse a tirones aquel género burdo y sofocante. Le repugnaba su solo contacto; con aquella ropa encima, no podía respirar. El aire caliente la debilitaba. Chocó contra algo, y tuvo que abrir los ojos para encontrar la salida de aquella opresiva habitación. En aquel momento, entró uno de ellos, y oyó muchos ruidos, mientras unas luces deslumbrantes la martirizaban. Gritó y se revolvió para protegerse los ojos, y uno de ellos la tocó. Ella quiso apartarlo con un furioso ademán. Un dolor insoportable explotó en su cabeza, y perdió el conocimiento.

El groth estaba adormecido en su cama-tanque cuando sintió la llamada urgente de la hembra. Era tan desesperada como los gritos de agonía de su pareja; tan fuerte como el chillido de espanto de un niño en los mares; tan intensa como los lamentos de una hembra durante el parto. Aquella llamada contenía todos estos matices y además era totalmente angustiada. El groth movió su cuerpo dolorido y se arrastró fuera del vlen, en medio del aire opresivo del resto del sótano, con la mente fija y casi indefensa ante la barrera de miedo y repulsión de la hembra terrestre. Cayó al suelo, retorciéndose y gimiendo en un paroxismo de dolor, sin saber que la hembra también se retorció en el piso de arriba. Sudaba peligrosamente y se sentía más débil a cada instante, casi sin fuerzas para contener los deseos mortíferos de la hembra. De pronto, el contacto se rompió. Pese a ello, el groth ya no podía moverse, y tuvo que yacer inmóvil durante horas en espera de recobrar su energía.

Pensó en el hecho de que el vlen estuviera situado tan cerca de una casa habitada, y comprendió que había sido un error. Tenían que haberse quedado en la nave espacial. Pero creyeron que existía el peligro de ser perseguidos hasta ella; además, la proximidad de los terrestres había resultado tan fructífera como esperaban. Los pensamientos del groth se remontaron a muchos años atrás, a todas las cosas cuyo resultado había sido negativo.

En cuanto llegaron a la casa, la pareja de groth construyeron un túnel con el fin de proteger el vlen, oculto bajo el área excavada. El túnel desembocaba en el bosque, a medio kilómetro de distancia, y su boca quedaba escondida entre la espesura y algunas rocas. Después de la muerte del niño, cuando el groth decidió abandonar el vlen y vivir en la nave, aprovechó una noche oscura para salir en el pequeño aparato de una sola plaza que guardaba en el túnel. Su plan era traer la nave hasta el bosque, destruir todo vestigio del vlen y después volar hacia las vastas tierras deshabitadas del norte. Voló rozando las copas de los árboles hasta el lugar donde los dos groth habían ocultado la nave espacial, en un valle rodeado de grandes árboles. Allí la habían dejado tras cubrir el ligero desnivel que se formó con piedras y peñascos. Habían plantado asimismo algunos arbustos entre ellos, de modo que nadie pudiera advertir la existencia de aquel aparato, al cual podía llegarse fácilmente y sin pérdida de tiempo arrancando tan sólo uno de dichos arbustos. El groth voló directamente hacia aquel lugar, pero, al llegar, se quedó paralizado por la sorpresa e incapaz de creer lo que veía. El agua cubría todo el valle. Voló hasta el extremo de éste y encontró un dique de cemento; en él había una placa con la inscripción: «Pantano de Falsmouth, NYC».

El groth localizó el aparato a doce metros de profundidad; después regresó al vlen. Podía llegar hasta la nave, pero el agua lo hacía más difícil. Ahora requería

un equipo submarino y la construcción de una cámara de aire. Trabajó en los preparativos, y el primer día que llovió, volvió al pantano, pues sabía que los terrestres no solían salir con aquel tiempo. Ya estaba preparado para lanzarse al lago cuando se dio cuenta de la presencia de algunos terrestres en la orilla, los cuales se resguardaban de la lluvia con unos capotes. Buscó el motivo entre sus recuerdos y lo encontró: los terrestres cazaban pájaros en esta estación. De nuevo tuvo que regresar al vlen. En su siguiente visita, el lago estaba helado, y el groth vio nuevamente frustrado su plan.

Además, los terrestres se hallaban diseminados por la lisa superficie gris, pescando entre el hielo.

En las estaciones que siguieron, el lago se hizo cada vez más inaccesible para el groth. Se había convertido en un área turística. En verano, los amantes de los deportes náuticos pululaban por las orillas y la superficie del agua; en otoño llegaban los cazadores, y después los pescadores y los patinadores sobre hielo; más tarde construyeron un trampolín, casas, cabañas, y, finalmente, un hotel...

Fueron unos años amargos para el groth, entristecido todavía por la pérdida de su compañera y por el remordimiento de haber causado, aunque fuese indirectamente, la muerte de varios terrestres. No habían previsto la latente capacidad extrasensorial de los terrestres, no incluida, por tanto, en la planificación. Si el groth movía ahora la nave, perjudicaría a los nadadores, causando quizá más muertes. De haber vivido su pareja, entre los dos hubieran podido detener los torpes contactos de los terrestres por medio de sus mutuos esfuerzos, pero, ¿cómo lograrlo estando solo? El groth sabía que en estas circunstancias podía ser sorprendido por uno o más contactos en un momento dado. No se trataba de incapacidad por parte del groth, aunque para una mente completamente aislada requería una enorme concentración; se trataba de la falta de entrenamiento y control de los terrestres. Poner en funcionamiento un gran poder latente era tan peligroso para el que lo usaba como para aquel contra quien iba dirigido; así pues, si se daba el caso de que varios terrestres encontrasen su mente por azar, el groth temía carecer de la resistencia suficiente para combatirlos a todos a la vez, aparte de que ellos tampoco saldrían ilesos. Muchos morirían, otros perderían la razón. No podía actuar hasta el último momento, y quizá para entonces ya podría ponerse en contacto con la nave groth que viniera a recogerle, y le facilitarían un nuevo plan.

Por consiguiente, el groth se quedó en el sótano de la casa y puso en funcionamiento de nuevo sus máquinas. En ocasiones vinieron los terrestres a la casa, incluso llegaron a construir, pero siempre la abandonaron. En 1957, año terrestre, el groth hizo otra tentativa para marcharse de la Tierra y esperar en una órbita distante a la nave de Gron, pero los terrestres que se llamaban a sí mismos rusos habían puesto un satélite en órbita, varios años antes de lo previsto.

El groth recuperó la cámara de aire que había construido unos años antes, se puso el doble traje que le permitiría trabajar bajo el agua, impermeable por el exterior y a prueba de ácido sulfúrico en el interior, y se dirigió una vez más hacia el lago. Salió unas horas antes del amanecer porque pensó que eran las más idóneas para no ser interrumpido. Nadie vio cómo se sumergía en el agua. Fue directamente hacia la nave espacial, cubierta ahora por una espesa capa de fango. El groth analizó el agua y la encontró aún más alcalina de lo que había previsto, lo cual le obligaba a trabajar con rapidez. El área estaba sembrada de botellas rotas, de vidrio y de metal; las apartó cuidadosamente: su traje se rompía

con facilidad. Entonces el groth nadó alrededor de la nave, inspeccionándola; de pronto sintió un tirón en su traje y descubrió que tenía una puntiaguda pieza de metal clavada en el pantalón. No trató de arrancarla, temiendo desgarrar la tela; se limitó a romper el hilo al que estaba sujeto el metal, y prosiguió su inspección. Localizó la puerta de la nave y empezó a limpiarla del fango.

En la orilla, un hombre que dormitaba se despertó súbitamente al notar un tirón en la caña de pescar que sostenía entre las rodillas. Enrolló el hilo roto y lo estudió atentamente. Una sonrisa distendió sus labios, y silbando suavemente, ató otro anzuelo; añadió un peso mayor y un pequeño foxino, y lo lanzó al lugar exacto del cual había procedido el fuerte tirón.

El groth tuvo que trabajar de firme para dejar al descubierto el metal de la nave. Estaba lleno de herrumbre, pero el groth sabía que era sólo la capa exterior y no sintió la menor preocupación. No vio el sedal que se sumergía en el agua a sus espaldas y tocaba el fondo, con el foxino revolviéndose vigorosamente en círculos, a pocos milímetros de sus piernas. El foxino dio una rápida vuelta sobre sí mismo y se soltó del anzuelo, escapándose velozmente. Entonces el anzuelo quedó flotando sobre el fondo del lago, meciéndose al extremo del sedal de nylon, que era invisible bajo el agua. El groth se volvió para coger la cámara de aire, pero, al hacerlo, se enganchó con el anzuelo. El hombre de la orilla reaccionó inmediatamente tirando con fuerza del sedal, y el anzuelo hizo un corte de dos centímetros en el pantalón del traje. El groth sintió la quemadura de las aguas alcalinas y se retorció de dolor. La reacción del agua a la acidez de su sudor levantó nubes de vapor, ocultando aún más el sedal. El groth buscó a tientas con ambas manos el objeto que le tenía aprisionado. El hombre de la orilla empezó a enrollar de nuevo el hilo, con lo cual el desgarrón de la tela se hizo mayor, pero el groth encontró el sedal y lo rompió. Iba perdiendo fuerzas rápidamente y nadó hacia el pequeño aparato, que ahora también estaba lleno de agua. Cerró la puerta y puso en marcha la bomba; antes de secarse por completo, el aparato empezó a moverse bajo el agua. El groth localizó al terrestre de la orilla, miró luego a su alrededor, pero no había nadie más. Este hombre podía sentir curiosidad por lo que sucedía en el fondo del lago; entonces se sumergiría y encontraría el metal de la nave antes de que el fango volviera a cubrirlo. El groth no quería pensar en el terrestre y en sus posibles acciones, no quería hacerle daño, no deseaba tocar su mente. Se quitó el traje empapado tan rápidamente como pudo, pero sin dejar de observar al terrícola, que ahora se había puesto en pie y miraba el agua que cubría la nave. «Burbujas –pensó el groth–, está viendo burbujas.» El pescador se metió en el agua. Entonces el groth le tocó la mente. El hombre se tambaleó y perdió el sentido. El groth lo arrastró hasta la orilla, lo depositó suavemente allí, y lo abandonó. Aquel hombre estaba muerto.

El groth se sentía demasiado débil para seguir observando el lago u otros posibles testigos. Salió del agua y despegó casi en vertical, tomando la dirección del bosque. Volvía al túnel, al vlen y al descanso vital de su cama-tanque. Permaneció en ella varios días, durante los cuales se alternaron en su mente el sueño y la realidad, viéndose a sí mismo, ya en los mares de Gron, ya en m cama-tanque, ya en las aguas corrosivas del pantano, ya matando al terrestre.

El groth redactó un informe y envió el mensaje al satélite en órbita cuya misión era recopilar datos; sabía que disculparían su acción. Uno de los mayores daños que una civilización podía hacer a otra era desviarla de su propia y natural evolución, descubriéndole prematuramente técnicas mucho más avanzadas que

las suyas, y esto hubiera sucedido con el descubrimiento de la nave espacial groth; por tanto, aquella muerte había sido necesaria. Pese a ello, el groth sufrió, y resolvió no tomar ninguna otra iniciativa a menos que fuera absolutamente imprescindible.

Su recuperación fue lenta, y no total; sabía que mientras no regresara a Gron y recibiera los cuidados de los expertos, continuaría sufriendo los efectos del contacto con las aguas calizas del lago y la inhalación de los gases formados por la reacción del ácido y la cal.

Los acontecimientos se sucedían con enorme rapidez en la Tierra, y el groth se vio obligado a rectificar varias veces su mecanismo de espionaje. Finalmente diseñó unas unidades movidas por control remoto, parecidas a una abeja, que podía mandar a cualquier punto sin que fueran descubiertas. Las unidades, al llegar a su destino, se posaban en un árbol, taladraban el tronco, y desde allí informaban al groth de cuanto sucedía en su radio de acción. Este método resultó satisfactorio, y las salidas del groth al exterior del vlen se hicieron menos frecuentes. Ahora cada salida representaba un peligro mayor; los terrestres habían fabricado unos eficaces aparatos detectores, y la vigilancia aérea era constante. El groth prefería no tener que salir al exterior, pues la idea de abandonar el vlen le parecía más arriesgada a medida que transcurrían los años. Periódicamente, sin embargo, sobrevolaba el lago y comprobaba la posición de la nave espacial bajo las aguas; hizo dos inmersiones más para inspeccionar el casco de la nave. La oxidación iba en aumento, pero aún no era peligrosa. La capa de fango se había hecho más densa, y la posibilidad de que descubrieran la nave disminuía con los años. El groth estaba satisfecho.

Hasta casi diez años después de su accidente en el lago, el groth no se vio de nuevo obligado a recurrir a la acción. El satélite-espía era observado. El mensaje llegó al vlen y la computadora interpretó esto como una operación de reconocimiento por parte de los terrestres, cuyo objetivo era probablemente la destrucción de cualquier objeto no identificado, pues lo consideraban un peligro para su incipiente ciencia espacial.

Nuevamente el groth tuvo que dirigirse al lago y sumergirse en sus venenosas aguas para entrar en la nave, en cuyo interior disponía del equipo necesario para variar la órbita del satélite. Trabajó rápidamente en la obscuridad, pero mientras realizaba su tarea percibió unas sensaciones que se adentraban en su cerebro: miedo, odio, terror, repugnancia... Esta vez le habían visto. Muchos hombres aparecieron en la orilla, algunos de ellos armados, y todos seguros de que había algo en el lago. El groth cerró su mente sin penetrar en la de ningún terrestre; ya era suficiente saber que estaban allí y que le enviaban sus pensamientos. No era preciso buscar en sus mentes. Aceleró su trabajo; su misión primordial era alterar la órbita del satélite. Trazó el nuevo curso, señalando una órbita muy alejada de la anterior. Después de una hora pudo asegurarse de que el satélite ya se había movido y se hallaba fuera del alcance de los aparatos que lo habían detectado. Entonces dedicó su atención a la actividad desplegada en la orilla. Había más gente, y en toda la parte sur del lago cundía la excitación. En caso de necesidad, el groth abandonaría el área en la nave espacial, pero aún no había llegado el momento. Primero tenía que hacer desaparecer el vlen. Esperaría y emprendería las medidas apropiadas cuando los hombres tomaran alguna iniciativa. Al amanecer, bajaron buzos al lago. Tres de ellos empezaron a nadar en dirección a la nave; el primero llevaba un aparato detector que, pese a su primitivismo, era

efectivo. El groth lo neutralizó; la nave estaba en funcionamiento desde su llegada al área y ningún instrumento de reconocimiento utilizado por el hombre hubiese podido encontrarla. Lo que temía el groth era la capacidad visual de los terrestres para descubrir el metal en el agua, pues había tenido que rascar el fango que cubría la entrada. El groth continuó observando los movimientos de aquellos hombres.

Por la tarde, los buzos abandonaron el área, pero entonces aparecieron unos cuantos nadadores en la superficie. El groth no hizo caso de ellos. Al día siguiente quedaban sólo tres guardianes, y al llegar la noche fueron relevados por otros dos, que siguieron vigilando. El groth los sondeó con cautela; estos dos últimos eran diferentes, pero no quería entrar en contacto con ellos, así que se limitó a observarles durante toda la noche. Se enteró de que eran detectives privados que se dedicaban a ridiculizar los informes sobre platillos volantes. El groth se sintió aliviado. Los terrestres no tomaban muy en serio aquellos rumores sobre la existencia de vida en otros planetas. El peligro era mucho menor de lo que había supuesto en un principio. Cuando llegara la noche, abandonaría el área. Su sistema de espionaje le avisaría de cualquier peligro para la nave, así podría volver cuando fuese necesario.

Al anochecer, el groth cambió muy lentamente el agua de la cámara por aire, para que las burbujas fueran diminutas y casi invisibles. Una vez fuera de la nave, esperó a que el fango volviese a cubrirla, y examinó cuidadosamente el casco para asegurarse de que quedaba bien oculto. Sobre la superficie tranquila del lago flotaba un ligero olor a azufre, que se extendió hasta despertar a uno de los dos hombres que se negaban a admitir una presencia extraña en aquel lugar. El detective se incorporó repentinamente. ¡El mismo olor que había notado la otra vez!

Dio un codazo en las costillas de su compañero y ambos abandonaron sus sacos de dormir; después se encaminaron al lindero del bosque, donde se quedaron vigilando. Uno de ellos sacó del bolsillo un retransmisor y empezó a llamar con excitación hasta recibir respuesta. Agarró su rifle y esperó. Cuando la cápsula de extremos aplastados emergió del agua, centellearon unos focos y sonaron disparos de rifle.

El groth casi sufrió un desmayo a consecuencia del dolor insoportable que le produjo aquel chorro de luz cegadora. Como su plan había sido trabajar y volar sólo de noche, no iba provisto de los lentes de contacto oscuros, que hubieran protegido sus ojos del potente resplandor. Buscó a tientas los controles de opacidad de las ventanillas, y aceleró desesperadamente al oír los disparos de rifle y el impacto de los proyectiles contra la cápsula. Voló directamente hacia el bosque, esperando que la altura tomada fuera suficiente, ya que ahora no podía ver nada. Pasó rozando la copa de un viejo pino, y el aparato se tambaleó, pero no escapó a su control. El groth subió aún más; se oyeron disparos, uno de los cuales alcanzó el aparato, causándole desperfectos, pero continuó elevándose hasta que estuvo fuera del alcance de los proyectiles. Entonces el groth siguió en línea recta, volando a ciegas mientras esperaba recobrar la vista.

Unos minutos después, el groth dio media vuelta y se dirigió hacia el vlen. Ya veía algo, borrosamente, pero lo suficiente como para distinguir su ruta. La presión en el interior de la cápsula estaba bajando y la dirección tendía hacia la izquierda. La luz era más intensa por momentos. Comprendió que debía llegar a su escondite rápidamente si no quería ser visto en pleno día. Además, por el

orificio practicado en el aparato se introducía el aire altamente oxigenado que le causaba vértigos. El groth no se atrevía a conectar el piloto automático para proceder a la búsqueda y reparación de la avería; la cápsula podía estar seriamente dañada y los controles automáticos sin coordinación con el vlen. Mientras el groth pensaba esto, el aparato se ladeó y perdió altura. Luchó para enderezarlo, pero se inclinó aún más hacia la izquierda; y entonces decidió aterrizar antes de llegar al refugio del túnel. El aparato se estrellaría si no lo hacía inmediatamente. Los controles ya casi no respondían, y continuaba perdiendo altura. El groth aterrizó con dificultades en un pequeño claro del bosque y, allí, permaneció inmóvil unos momentos, hasta que pudo concentrar sus confusas ideas en el problema que tenía ante sí. Ocultar la cápsula en el túnel. Salir de esta atmósfera densa y volver al aire puro del vlen. Esto tenía que hacer. Pero el sol brillaba implacable, y ambos objetivos parecían inasequibles.

Durante dos horas luchó con el aparato averiado, guiándolo a marcha lenta por entre los árboles, los riscos, y los barrancos. El groth llevaba una capucha sobre la cabeza, que confeccionó rompiendo la tela del traje protector y separando cuidadosamente las dos capas. La capucha protegía algo su vista, pero no servía contra el oxígeno del aire y el calor del sol. El aire dañaba sus pulmones, acaso irreparablemente esta vez. Los efectos del accidente anterior se sumaban a su actual sufrimiento. Respirar era una tortura, y la pérdida de líquidos alarmantemente elevada. El calor del sol, aunque algo debilitado por las ramas de los árboles, era agotador; el groth segregaba más y más líquidos para proteger sus pieles exteriores. De repente el aparato se le escapó, resbalando sobre el terreno y siempre hacia la izquierda. Desapareció en el fondo de un barranco. El groth, tambaleándose, lo siguió, sin ver el borde del precipicio, hasta que fue demasiado tarde y él también cayó rodando hasta el fondo; cuando recobró el conocimiento, unos minutos después, comprendió que algo se había roto en el interior de su cuerpo.

Con furia, casi como un autómatas, el groth continuó luchando por llegar al túnel y a la seguridad que éste representaba. No tuvo plena conciencia de sus actos hasta que se encontró dentro de él, jadeante y casi ahogado por el aire puro que respiraba con ansiedad. Dejó el aparato detrás de la primera pantalla del túnel y se arrastró hasta la cama-tanque, en la cual cayó exhausto. Esta se cerró, bañó al groth, hizo descender su temperatura al más bajo nivel prudencial, y empezó a curarle los numerosos rasguños, cortes y magulladuras que eran superficiales, pues las heridas internas no podían curarse en la cama-tanque; requerían la ciencia y las manos de un médico.

Ahora el groth sabía que nunca podría llegar a la nave oculta bajo las aguas del lago. La pequeña cápsula que había hecho posibles sus visitas al lago tenía averías irreparables, causadas por los proyectiles de los rifles, pero principalmente por la caída al fondo del barranco. La nave sólo podría ser destruida desde el vlen, lo cual implicaba la destrucción de gran parte del lago y de muchos de los terrestres que vivían en las proximidades. Después tendría que conectar los controles automáticos de destrucción del satélite, y, finalmente, borrar todo vestigio del vlen, y también de sí mismo. O entrenar a un terrestre para ponerlo en verdadera comunicación con él, enviarlo después al lago y hacerle traer la nave hasta el bosque que rodeaba el vlen. Entonces el groth podría marcharse en ella sin dejar ninguna huella de su visita a la Tierra, lo cual desorientaría a los habitantes de este planeta. Pero antes tenía que educar a una de las salvajes mentes

terrestres y comunicarse con ella. Era preciso el mismo grado de concentración que su pareja había logrado alcanzar, y que no pensara en imágenes primarias, sino en símbolos controlados. De esta manera, él podría ver a través de los ojos del terrestre y pensar con su cerebro. Había creído que la hembra le serviría, pero su contacto sumergía instantáneamente el cerebro racional de aquélla en el odio y el terror. Tanteó a los otros, y encontró idéntica reacción. Se quedó pensando en el poder latente que poseían y en su incapacidad de utilizarlo. El último ataque de la hembra, que estuvo a punto de resultar efectivo, demostró al groth que todavía eran salvajes, todos ellos, y que matarían sin reflexión a cualquier ser desconocido que encontraran. Los pensamientos del groth se hicieron más y más desesperados mientras descansaba, esperando recobrar la fuerza suficiente para volver al vlen.

Mandy abrió los ojos y miró a su alrededor con asombro. El piso, de Eric, su dormitorio. Ella le había buscado aquel piso. Trató de recordar la noche pasada, su desafío infantil a... aquella cosa; pero su mente estaba en blanco. Se levantó con cautela de la cama y fue hacia la puerta de la habitación, que estaba entreabierta. Echó una mirada a la sala de estar y respiró aliviada.

Robert dormía en un sillón, y, frente a él, Tippy, que rozando con sus cabellos negros el hombro de Eric, hablaba con éste en voz baja. Mandy abrió más la puerta y Tippy levantó la cabeza. Al ver a su madre, fue apresuradamente a su encuentro.

–¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

–Muy bien. Débil, hambrienta, pero muy bien. –Mandy miró fijamente a su hija y le preguntó expectante–: ¿Qué sucedió?

Eric se acercó a ellas, entonces Robert se movió, despertándose completamente un segundo después, con una expresión de miedo y ansiedad en el rostro como Mandy no le había visto nunca.

–¿Puede decirme alguien qué sucedió? –insistió ella.

Robert la cogió en sus brazos con tal fuerza, que le hizo daño. «¿Tan malo fue?», se preguntó Mandy. ¿Qué podía haber ocurrido? Se apartó un poco y contempló sus facciones pálidas.

–Estoy muy bien, cariño. De verdad. Tranquilízate, ¿quieres?

Robert no la soltó, pero aflojó la presión de los brazos. Mandy se volvió hacia Eric, que dijo:

–Te encontramos desmayada en el suelo del salón, cerca de la puerta del vestíbulo. No logramos hacerte despertar, así que te trajimos aquí.

Ella sabía que esto no era todo, pero de momento le bastaba. No estaba segura de querer saber nada más, por lo menos, no inmediatamente.

–¿Dónde está Dwight? –preguntó Mandy.

–Fue a recoger algo de ropa –explicó Tippy–. Dirá a la señora Turnbull que hoy no la necesitamos. –Sonrió un poco y añadió–: Le contará que he sufrido un ataque de apendicitis y que pasaremos todo el día en el hospital.

Eric trajo café y todos se lo tomaron en silencio. «Tuvo que ser algo terrible – pensó Mandy– Todos estaban aterrados y Robert y Tippy no dejaban de mirarla. ¿Por qué? ¿Qué habría hecho?» Eric se levantó.

–Iré a ayudar a Dwight –dijo.

–Voy contigo –anunció Tippy.

–¡No! ¡Tú no! –Mandy oyó el sonido estridente de su propia voz. Cogió fuertemente a Tippy por la muñeca, y la chica volvió a sentarse, palideciendo de improviso.

–No debes volver allí nunca –dijo Mandy, esforzándose por aparentar una normalidad que no sentía.

–Entonces, es que sabes algo...

–No recuerdo lo que sucedió anoche, pero sé que no puedes ir. Prométeme que no lo harás.

–Me quedaré aquí contigo hasta que ellos regresen –accedió Tippy, mirando a Eric–: Telefonéanos cuando llegues allí, por favor.

–Yo te acompaño –dijo Robert, sombrío. Mandy hizo ademán de levantarse, pero él se lo impidió con suavidad–. No me pasará nada, cariño. Traeré cosas para unos cuantos días, y entonces descansaremos y decidiremos lo que tenemos que hacer. Entretanto, ninguno de nosotros pasará allí la noche ni entrará en la casa sin ir acompañado.

Dwight vio a la señora Turnbull frente al garaje, hablando con un chico de piernas muy largas y unos cabellos color de zanahoria que debían ser herencia materna. Vaciló, pero al final decidió entrar en la casa. Ella ignoraba que no había nadie, pues creía que aún estaban dormidos. Miró hacia el salón y recordó la figura retorciéndose en el suelo, gritando de terror; se estremeció. Había visto a los enfermos mentales del hospital haciendo lo mismo y sabía que, más pronto o más tarde, Tippy y su padre tendrían que enfrentarse con la realidad. Pobre Tippy. Recogió rápidamente sus cosas y bajó la escalera. Se ocuparía de la ropa de Mandy.

La llamó desde la cocina, pero nadie contestó. Entonces oyó al chico profiriendo chillidos. Salió corriendo y vio al chico cruzando velozmente el patio. La mujer de cabellos rojos y elevada estatura le alcanzó junto a la puerta del garaje y le sacudid con fuerza. El chico señalaba hacia la casa y hablaba. Dwight se acercó a la puerta abierta que conducía al sótano. El chico y su madre entraron en la cocina. Luego la madre dijo:

–Asegura que allí abajo hay una especie de animal grande, que está muerto o herido, y que no se parece a ningún otro. Será mejor que no baje usted, señor.

–No hay absolutamente nadie –repuso Dwight, deteniéndose en el primer peldaño. No podía distinguir ninguna cosa en la obscuridad del fondo del sótano–. ¿Dónde lo has visto? –le preguntó al chico.

–En el fondo, cerca de la bodega, muy al fondo. Está respirando con fuerza, como muriéndose. –El también jadeaba–. No sé qué es.

Dwight se encogió de hombros y empezó a bajar. –¿Dónde están los Phillips? –inquirió la señora Turnbull.

–Tippy se puso enferma y tuvieron que llevarla al médico –contestó., recordando la mentira con la que habían decidido a justificarse. Se detuvo para que sus ojos se acostumbraran a la obscuridad–. ¿Dónde está el interruptor? –preguntó.

–Yo encenderé la luz –dijo la señora Turnbull–. ESTA aquí.

Dwight avanzó unos pasos en la penumbra, que no era tan densa como había pensado al principio. No vio nada, pero notó un olor muy extraño en el aire. No como el del zoológico, pero sí intenso y extraño, como el de un animal salvaje cuyo olor se mezcla al aroma de los árboles, al de la tierra; pero también olía a azufre. Olfateó y avanzó un poco más. Alrededor de la caldera, donde se amontonaban los trastos inservibles, las sombras se intensificaban, vio la puerta que debía conducir a la bodega y se preguntó por qué la señora Turnbull tardaba tanto en encender la luz. Las sombras no eran más que cajas y alfombras enrolladas, y se aseguró dándoles un puntapié. No se oía ningún sonido, ningún jadeo; sólo flotaba en el aire aquel olor. Dio un paso más y en aquel momento se encendió la luz.

Algo gritó, profiriendo un ronco alarido que no era humano, y uno de los bultos se retorció y se alargó, golpeando a Dwight en la pierna, que empezó a arderle de calor; entonces tropezó con algo, y, al caer también él empezó a gritar. Rodó hacia un lado, tratando de huir, pero tocó aquello con la mano y volvió a gritar de miedo y de dolor. Era algo gris, de unos dos metros de altura o quizá más. Tenía unos ojos grandes y redondos, una boca que se abría y se cerraba al proferir los gritos de dolor, y unos brazos largos, con muchos dedos y muy flexibles que se extendían hacia él, moviéndose en el aire. Dwight los tocó, y aquello se le echó encima quemándole como el fuego, mientras se mezclaban los alaridos de ambos. Dwight se convulsionó en un paroxismo de terror y agonía insoportables; luego se puso rígido y, finalmente, quedó inmóvil.

Cuando llegaron Eric y Robert, la señora Turnbull ya había enviado al chico a su casa, y el sheriff esperaba a la policía del distrito. Reconstruyeron los hechos como pudieron, llegando a la conclusión de que un animal había atacado a Dwight, y que éste, en su lucha por desasirse, había tropezado con un recipiente que contenía ácido. No pudieron encontrar al animal, y tampoco el recipiente de ácido, pero no había otra explicación. El forense determinó que Dwight había muerto de un paro cardíaco, y la autopsia reveló quemaduras de ácido en la mayor parte del cuerpo.

Un grupo de policías registraron la casa, abrieron todas las cajas y todos los bultos del sótano, examinaron las paredes por si encontraban ranuras que indicasen habitaciones ocultas, golpearon con bastones los muros de la bodega para asegurarse de que el área no excavada carecía de concavidades; no encontraron nada. El caso se cerró con una conclusión imprecisa que no satisfizo a nadie.

El groth sólo deseaba que le dejaran tranquilo, pero su paz se vio perturbada por la llegada de otro terrestre. Primero un niño, y después un macho adulto, al que también había tenido que matar. De nuevo sufrió por una muerte ajena, aun sabiendo que había sido necesaria. El odio de los terrestres era la causa de su muerte.

La casa volvió a quedarse tranquila después de un período de febril actividad, durante el cual muchos terrestres hicieron ruidosos registros en busca del vlen. El groth no durmió durante estos días ni conectó sus instrumentos; únicamente se concentró en mantener bien oculto su equipo y hacerse a sí mismo invisible. Los terrestres se marcharon. Y mientras el groth se recuperaba, hizo planes para su próxima vuelta.

Mandy, estirada sobre la arena caliente, escuchaba el constante oleaje y se esforzaba en no pensar. Suplicaba, ¿quizá a sí misma?: «Por favor, basta, déjame tranquila un poco más, solamente unos días más.» Estas palabras no abandonaban su cerebro. Sentía la presencia de Robert, pero no se hablaban. «¿Por qué no me abrazas una sola vez, y me dices que no ha sido culpa mía?», pensó. ¿Por qué no se lo decía, aunque no fuera verdad? No podía adivinar qué estaba pensando Robert, del mismo modo que apenas conocía sus propios pensamientos. Si por lo menos Tippy se decidiera a escribirles una carta, diciendo que ya estaba bien, que se distraía, que trabajaba para olvidar. La semana próxima tenían que volver a Manhattan; Laura iría a pasar el verano con ellos. Había que contarle algo, aunque no fuera la verdad, ni las medias verdades que ya no sabían decir. Las mentiras, dichas claramente o veladas, y las verdades a medias eran mucho más reales que la verdad desnuda, ahora que pasaban el día inventando historias, intentando recordar detalles falsos, contradiciéndose continuamente y siempre sin mirarse a los ojos.

No sabía si Robert tenía idea de que le había oído hablar por teléfono con el médico para que le aconsejara con respecto a ella. Mandy se había parado a escuchar y las palabras de Robert la hirieron. Como no podía decírselo en términos claros, como no lograba hacerle comprender que había ocurrido algo, Robert tenía la firme convicción de que nada había sucedido. Los muros que distanciaban a las demás personas le parecieron siempre tan evidentes, que estaba convencida de que no existía ninguno entre ella y Robert. Pero existía, invisible e inexpugnable. Sus pensamientos siguieron girando en círculos, y su cuerpo, en tensión, no se relajó hasta que el calor de la arena la obligó a meterse de nuevo en el mar para refrescarse.

Robert la miró cuando salía del agua. Mandy leyó en su mirada el temor; temía por ella y por los demás. Pensó que tenían que hablar de dinero, de sus planes para la casa, de Tippy... Tenían que hablar. «Quizá esta noche», se prometió a sí misma. Tal vez lograrían romper el hielo del silencio que les envolvía y, lo que era peor, el hielo de la charla inocua que sostenían durante las comidas o cuando el silencio se les antojaba incómodo.

Tippy estuvo una hora paseando frente a la casa donde vivía Eric hasta que éste por fin salió. Cuando él la vio, su rostro se puso tenso y la cogió con fuerza del brazo.

—¿Dónde diablos has estado? ¿No sabes que tu madre está muy angustiada por ti?

—Pero si yo le dije... —Tippy se desasíó y, mirando a la gente que pasaba por su lado, murmuró—: Entremos. Tengo que hablar con alguien.

Eric le preparó una bebida.

Ella empezó a sorberla, sin saber ahora cómo empezar ni qué decir. Sintió alivio cuando Eric rompió el silencio.

—Ante todo, ¿te has puesto en contacto con Mandy últimamente? Le devolvieron una carta después de que dejaras tu apartamento de Londres, sin decir adonde ibas.

—¡Vaya! —exclamó Tippy—. Encargué a mi amiga que me guardara todas las cartas hasta que le escribiera comunicándole mi nueva dirección; cuando me fui, no la sabía. —Miró el teléfono, pero no lo cogió—. Les llamaré dentro de un rato —añadió.

—¿No has estado enferma? Tienes muy mal aspecto. Tippy se tocó la cara, extrañada; no se había dado cuenta. Se encogió de hombros.

—Supongo que estoy bien. He aprobado todos los exámenes finales, o sea, que, debo de estar bien. —De pronto, se levantó de un salto y fue hacia la ventana, donde se quedó de espaldas a Eric—. ¿Qué debió suceder? ¿Qué fue exactamente?

—Lo ignoro —dijo él y vació su vaso. —Papá cree que mamá nos comunicó a todos su propio nerviosismo, obligándonos a sentir lo mismo que ella —dijo Tippy con incredulidad en la voz.

—Para él, resulta más fácil creer esto que creer en un fantasma —explicó Eric—. He leído artículos en las revistas sobre telepatía patológica, y aunque sea difícil de tragar, siempre es más verosímil que la resurrección de los muertos.

Tippy musitó, todavía sin mirarle:

—Pero... ¿y si está equivocado? —Entonces se volvió, y dijo con vehemencia—: Algo mató a Dwight, ¡y no fue un ataque de nervios contagiado! Esto es evidente. El nerviosismo de mamá no le pareció en absoluto una consecuencia de su supuesta telepatía, además, no le dio ninguna importancia.

Eric se sirvió otro trago, no porque le apeteciera, sino por hacer algo. Dijo:

—No te lo he dicho antes, Tippy, pero siento mucho lo de Dwight. Ha debido ser un gran golpe para ti...

Ella se encogió de hombros.

—No sé cómo hubiera terminado lo nuestro. Cuando tengo ánimos para pensar en ello, me da la impresión de que al final hubiéramos roto el compromiso. Pero ahora nunca lo sabré.

Miró su vaso y bebió lentamente. Guardaron silencio durante unos momentos. Entonces, Eric preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Me gustaría averiguar qué ocurrió en aquella casa, pero no sé cómo hacerlo ni por dónde empezar. Si papá está en lo cierto, entonces no correremos ningún peligro con volver, pero si está equivocado... significa que algo mató a Dwight, y que este algo está volviendo loca a mamá. Sea lo que sea, tengo que averiguarlo.

—No puedes volver allí —declaró terminantemente Eric.

Tippy le miró con extrañeza.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que sabes? ¿Ha ocurrido alguna otra cosa?

El titubeó unos segundos, después sacó unos papeles de un cajón y los extendió sobre la mesa.

–He hecho algunas investigaciones –dijo–. En la casa todo fue normal hasta 1920, más o menos. A finales de este año, en los periódicos de entonces se publicaron unos artículos sobre unas luces extrañas, y los propietarios de la casa dijeron que había un fantasma. –Tippy meneó la cabeza, rechazando lo del fantasma; él prosiguió–: Si te dan dos versiones, y no puedes aceptar ninguna de las dos, ¿qué haces? Tienes que buscar otra. No es un ataque de nervios, no es un fantasma, ¿qué es, entonces? Imagínate una criatura de otro mundo, y los hechos empezarán a concordar. No hay otra alternativa más verosímil que ésta.

Tippy le miró fijamente, entrecerrando los ojos, como si sospechara que él le gastaba una broma. Luego pareció concentrarse en lo que había dicho; al final asintió con la cabeza.

–Está bien, continúa. Ignoro si podré creerlo, pero me gusta más que lo del fantasma.

–De acuerdo. Todo retornó a la normalidad y, durante doce años, la casa disfrutó de paz. La familia que la habitaba, un importador holandés, sus siete hijos y los criados fueron muy felices. Pero, en 1932, ocurrió algo que dio al traste con aquella situación. Según me han informado, la esposa murió de un ataque cardíaco y dos de los niños enloquecieron en una sola noche. Un día, seis meses después, todos se fueron y no volvieron jamás. Mandaron a buscar los muebles, las alfombras, todo lo que poseían. Un año más tarde, la casa fue vendida a John Prentiss, que fue a vivir allí con su esposa y los tres hijos de ésta, habidos en un matrimonio anterior. Uno de ellos, un niño de siete años, murió al poco tiempo de una aguda infección respiratoria. La esposa se marchó con los otros dos niños, pero John Prentiss se quedó en la casa dos semanas más. Un día alguien fue a verle y le encontró en estado catatónico, casi muerto..., de pena, según opinaron todos. Pudo recobrase, pero no recordaba absolutamente nada de aquellas dos semanas que estuvo solo en la casa. Yo he hablado con él y así me lo ha afirmado.

Tippy estaba mirándole como fascinada; cuando él dejó de hablar, se dejó caer en un sillón.

–¡De modo que es cierto que hay algo extraño viviendo en la casa!

–Esto no podemos saberlo –dijo Eric. –¿Y los otros propietarios? ¿Qué hay de ellos? –Ninguno llegó a vivir en la casa después de aquello. Algunos hicieron planes para introducir cambios, otros, incluso, empezaron las obras, pero al final, nadie se instaló a vivir en la casa. He hablado con sólo uno de ellos, la señora Herschel Myers. Es tan hermosa, que sin verla no puedes imaginártela. Pesa más de cien kilos y es alta y maciza, de ojos apasionados. Escapó de Polonia con su marido, caminó a través de toda Europa hasta llegar al Canal, e hizo la travesía en una balsa de troncos atados con trozos de ropa. Increíble. Pero consiguieron llegar a Inglaterra; después de la guerra vinieron aquí. Compraron la casa en 1947 y pasaron en ella un solo fin de semana; dice que durante aquellos días luchó con el diablo y, aunque no la venció, está convencida de que la casa pertenece a un espíritu maligno, y, claro, no quiso compartirla con él. –Eric sonrió e hizo un gesto con los brazos–. Continuaron siendo propietarios de la casa hasta

1959, año en que el marido murió de cáncer. Ella necesitaba dinero, si no nunca la hubiera vendido. La Compañía Inmobiliaria Plainview la adquirió como inversión, pero no encontraron a nadie que quisiera comprarla. Y así, cuando tu padre les visitó para hablar de seguros con el presidente de la compañía, éste mencionó la casa y el precio, tan ridículamente bajo, como ya sabes, que la casa volvió a cambiar de propietario.

–Si ese ser vive allí, podemos encontrarlo –murmuró Tippy–. Ahora ya sabemos qué buscamos: algo largo y gris. Mike Turnbull lo describió así.

–El informe oficial dice que probablemente se escondía en el sótano un perro herido, que huyó, saltando sobre Dwight y derramando el ácido sobre él, y que en su carrera arrastró el recipiente que contenía dicho ácido.

Tippy no se molestó siquiera en refutarlo.

–Podemos hacerle salir; llamarle y obligarle a que revele su presencia...

–¿Cómo?

–Por medio de símbolos matemáticos. Hay constantes que nos servirían, sea cual sea el sistema que él use. La velocidad de la luz, una simple cuenta, el número pi, las tablas de multiplicación... Esto no es problema. Pero, ¿cómo hacerle comprender que no queremos lastimarlo?

–¿Estás segura de esto último? Recuerda que mató a Dwight, que derribó a tu madre...

Tippy palideció ligeramente, pero su expresión continuó firme.

–Ninguno de los dos estaba preparado, y, en cambio, nosotros sabemos lo que vamos a hacer.

Eric se levantó y estiró los músculos de su cuerpo.

–Salgamos a cenar y lo discutiremos. Tenemos que estar muy seguros de lo que vamos a hacer, del sistema a usar si sale de su escondite y cómo entender sus respuestas. –La tomó del brazo ayudándola a levantarse del sofá, donde seguía sentada y sumida en sus pensamientos–. Ven. Creo que lo que has dicho no es mala idea, pero antes será mejor que cenemos.

La tarde era muy cálida, Eric y Tippy salieron de la ciudad en coche y se dirigieron a la casa de campo. Después de terminar Eric en la oficina, habían ido a hacer algunas compras, así que llegaron alrededor de las tres. La casa ya parecía abandonada, con la hierba sin cortar, algunas hojas diseminadas por el porche y las cortinas en desorden. Tippy se estremeció.

–¿Has cambiado de opinión? –le preguntó Eric, pero ella negó con la cabeza.

–Entremos y comamos un bocadillo –propuso Tippy–. Tenemos tiempo.

Sacaron las bolsas del coche y, mientras Eric abría las ventanas, Tippy preparó bocadillos de jamón y queso. Bebieron cerveza y apenas hablaron. Al terminar, Tippy dijo:

–¿Por dónde quieres empezar? –Por el sótano, supongo. Es el lugar más adecuado. Ella asintió. Bajaron la escalera con la grabadora y el aparato de alarma que Eric había comprado. El sótano estaba en la penumbra, y su

temperatura resultaba mucho más fresca que la de la planta baja; el aire estaba enrarecido, pero todo tenía su aspecto normal. Colocaron la grabadora y el aparato de alarma sobre un taburete que Eric arrastró hasta el centro de la habitación. Se habían llevado las cajas y las alfombras, de modo que el taburete era el único mobiliario a la vista. Ella empezó a llamar por el aparato: «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...» Cuando lo hubo repetido tres veces, se mantuvieron a la expectativa. Eric seguía con el dedo sobre la grabadora, dispuesto a pulsar el botón. Permanecieron una hora en el sótano, repitiendo seis veces más la misma llamada. Eric conectó el control automático de la grabadora, para que funcionase cuando se oyera algún ruido e hizo lo mismo con el timbre de alarma, que sonaría en el exterior de la casa cuando la grabadora empezase a funcionar. Entonces se fueron; Tippy, con una mueca de desengaño.

—Recuerda que convinimos en que sería muy estúpido si acudía a la primera llamada —le dijo Eric.

—Ya lo sé —replicó ella—, pero lo más probable es que no salga. Sabe que está bien seguro en su pequeña guarida; en estos momentos quizá planee un ataque. Creo que tendríamos que quemar la casa hasta los cimientos y olvidarnos de todo esto.

Eric asintió. Si aquel ser les estaba escuchando y les comprendía, sabría que ahora ellos conocían su existencia y que podían obligarle a salir por medio del fuego. Mientras tanto, decidieron esperar los acontecimientos...

El groth escuchaba y comprendía el significado de sus pensamientos; estaba acostumbrado a ellos. Ya había tanteado una vez a la hembra y sabía que no podía utilizarla para sus propósitos. Más tarde tantearía al macho, cuando no estuviera en guardia.. Lamentaba tener que desechar a la hembra; era casi adecuada, pero en su mente había un obstáculo cuya erradicación requeriría muchas horas de entrenamiento intensivo, y el groth carecía del tiempo necesario para ello. La hembra había dedicado años a aprender el arte de pensar con una determinada lógica, que los terrestres consideraban indispensable para la educación, y aquel estudio era de los que embotaban las dotes extrasensoriales. Podía combatirse, si su capacidad latente era lo bastante poderosa, pero sólo después de algún tiempo. El groth examinó de nuevo el primitivo aparato que habían dejado en el sótano, seguro de que volverían para conectarlo. De improviso, le acometió la soledad acumulada durante todos aquellos años que había pasado sin su pareja, y concentró sus pensamientos en la grabadora y en el aparato de alarma. Podía comunicarse otra vez con alguien, desquitarse de los años de aislamiento, y quizá incluso conseguir ayuda a fuerza de explicaciones... Olvidó los instrumentos y escuchó las palabras que decían en el piso de encima.

—Qué feliz hubiera sido en esta casa cuando era niña —decía Tippy.

Subían juntos la escalera, hablando; se separaron al llegar arriba para ponerse los trajes de baño. El groth siguió a Tippy hasta su habitación, que examinó a través de una minúscula parte de su mente, sin profundizar demasiado para no ser advertido. Pensó que si se hubiera tratado de la otra hembra, no hubiera podido hacer ni esto; la otra hembra era demasiado receptiva. Deseó que fuera la otra y no ésta. La dejó y buscó al macho, pero sin entrar todavía en su mente. No podía arriesgarse a que se fueran de nuevo; si se iban, quizá no volvería a presentarse otra oportunidad.

Les contempló mientras se bañaban en el agua fría del lago y sintió de nuevo la punzada de la soledad, esta vez con fuerza y persistencia mayores. Se imaginó a los jóvenes de Gron jugando también en el agua, y experimentó el deseo casi invencible de entrar en una de sus mentes y sentir el contacto del agua fresca con la piel, pero resistió la tentación y se limitó a vigilarlos hasta que volvieron a la casa, temblando de frío.

–Mientras tú te duchas, yo encenderé el fuego –dijo Eric–. Luego llamaremos otra vez a esa bestia.

–No tardaré en bajar –anunció Tippy. Cuando volvió, tenía la cabeza envuelta en una toalla. Eran casi las seis.

–¿Quieres beber algo? –inquirió Eric.

–Sólo café –repuso ella. Fue a la cocina para hacerlo; Eric la siguió.

–No parece nada asustada de estar aquí –observó. –No. Es el típico síndrome de «no puede sucederme a mí». –El café empezó a hervir–. Bajemos y volvamos a probarlo –añadió.

El groth vigilaba y escuchaba mientras le llamaban repetidas veces, haciendo una pausa entre cada prueba. Hubiera querido contestarles. En tanto no sospecharon su presencia, fue fácil pensar en ellos casi como si fueran animales, o por lo menos, seres de inteligencia retardada, pero ahora se habían convertido en seres con quienes se podía comunicar, Y el groth se sentía tan solo...

–No nos contestará, ¿verdad? –dijo Tippy, de nuevo en el salón. Estaba cepillándose el pelo, tras secarlo frente al fuego. –No sé.

–No lo hará. Quedémonos aquí en lugar de ir al restaurante como dijimos. Prepararé algo de comer. –Sus ojos estaban fijos en el movimiento de las llamas. Eric la miró en silencio unos momentos antes de contestar. –Nos hicimos la promesa de no desviarnos del plan –le recordó–. Fue una de las condiciones, ¿te acuerdas? –Lo sé. Pero..., escucha, tardamos días enteros en decidirnos a intentar esto. ¿Por qué esperar que él se decida en unos minutos, o en unas horas, a contestar nuestras llamadas? No se me había ocurrido hasta ahora. Tenemos que darle una oportunidad.

Eric encendió un cigarrillo y lo observó con fijeza. –¿Has sentido algo de particular? –Nada. Sólo me encuentro un poco ridícula. –Claro, lo comprendo –dijo Eric, sonriendo–. Muy bien, cenaremos aquí. Pero el resto del plan sigue sin cambios. No me digas después que no quieres ir al motel, ¿de acuerdo? –Por supuesto.

El groth continuó escuchándoles y comprendió que tenían la intención de irse más tarde. Se sumergió en el tanque, meditando la situación. No podían irse ahora. Se comunicaría con ellos y de este modo les retendría. Pero tal vez habían planeado llamar a las autoridades si él les contestaba. Tendría que tantearlos para conocer todos sus planes. Suspiró.

Tippy hablaba mientras preparaba la cena; entonces levantó la vista de la cazuela y sorprendió una mirada de Eric que la dejó inmóvil. Confusa, siguió removiendo el contenido de la cazuela.

–No pasa nada –dijo Eric, al verla remover con tanta energía–. Tranquilízate.

–No sé qué quieres decir.

–Lo sabes perfectamente. Y estás derramando la salsa por todo el fogón.

Ella movió la cazuela.

–No es salsa, es tomate para los spaghetti. Eres demasiado viejo para mí. –Le miró de arriba a abajo–. Eres el socio de mi padre.

Eric se echó a reír.

–Si no has quemado completamente el tomate, será mejor que comamos.

Entonces ella también se rió, convencida de que no era demasiado viejo.

El groth continuó vigilándoles mientras charlaban y se tranquilizaban. El macho era el indicado para averiguar qué planes tenían. No se alarmaría tan fácilmente como la hembra, que ya había sentido su contacto una vez. Esperó a que estuvieran cómodos delante del fuego; entonces empezó a transmitirles ritmos y armonías, como solían hacer con los jóvenes de Gron. El macho se puso nervioso, y en guardia; el groth se retiró. Ellos habían usado una cadencia para comunicarse con él; posiblemente una cadencia les tranquilizaría. Les envió unas notas más lentas y el resultado fue bueno: el macho volvió a relajarse. Sin embargo, cuando el groth le tocó la mente, el macho se puso rígido y emitió pensamientos de odio y pánico, quedando su mente racional totalmente obnubilada. El groth se retiró rápidamente para no ser víctima otra vez de las emociones de los terrestres.

–¡Eric! ¿Te encuentras bien? ¿Qué ha ocurrido? –Tippy le sacudía con fuerza.

–Creo que ya pasó. Ahora..., ya comprendo lo que sentiste aquella vez. –Eric estaba nervioso y casi avergonzado. Su reacción había carecido de control; el odio que le invadió le dejó impresionado–. Está aquí –añadió, con voz tensa y pausada–; tenemos que encontrarlo y destruirlo. Una cosa como ésta no puede andar suelta en el mismo mundo que nosotros. Es la esencia del mal.

Tippy le contempló fijamente.

–Vámonos –murmuró–. Esto..., esto mató a Dwight y casi mató a mamá. No sé qué pretendíamos lograr... ¡Vámonos!

Pronunció esto último casi a gritos. Eric asintió.

El groth no podía dejarles marchar. Aún temblaba, debido al choque emocional con la mente del macho, pero sabía que si ahora se marchaban, toda esperanza de salvar la misión se desvanecería. Su única posibilidad de sobrevivir, y de llevar a cabo su objetivo era volar al espacio, fuera del alcance de los terrestres y esperar allí, en estado de letargo, la llegada de la nave de Gron. Necesitaba su ayuda. Entró en contacto con el macho; ahora estaban en la parte trasera del edificio, cerca de la puerta del patio. Tocó al macho con suavidad, tratando de dañarle lo menos posible, sólo lo suficiente para detenerle. El macho cayó al suelo. El groth sabía que no estaba muerto, sino en un estado de profundo trance del que no se despertaría durante varias horas. La hembra gritaba histéricamente. No se movía, sólo profería gritos. El groth se retiró ante sus gritos inarticulados; estaba llamando a sus padres. No utilizaba la voz, ni siquiera sabía que les llamaba, pero en su mente repetía sus nombres una y otra vez. De pronto, empezó a llamar solamente a su madre. El groth intentó tratarla con más suavidad que al macho, pero ella también cayó al suelo, inconsciente. El groth sintió que le fallaban las fuerzas y comprendió que el contacto había vuelto a lastimarlo. Se sumergió en el tanque. Sudaba de modo alarmante y necesitaba descansar. El

macho y la hembra ya no se moverían, y el groth podría reposar un rato. Dejó su mente en blanco, y los sueños que siempre le acechaban le invadieron, sumiéndole en el reposo.

Mandy se incorporó, con una expresión interrogante en el rostro. ¿La llamaba Tippy? Fue hacia la puerta del piso, y se detuvo confusa frente a ella. Lo oyó otra vez, o le pareció que lo oía. ¡Era Tippy! Pero, ¿dónde? Robert tosió en la otra habitación y Mandy se volvió, deseando preguntarle si también él lo había oído, pero reprimió su impulso. De pronto empezó a temblar y sintió flojedad en las piernas; casi se cayó antes de llegar a una silla. ¿Sería realmente víctima de una depresión nerviosa? Había voces en su cabeza. La recorrió una sensación de miedo y recordó la otra vez que había oído la voz de Tippy en su interior. En aquella ocasión corrió hacia la puerta y llegó a tiempo de saltar al volante del coche en marcha y poner el pie sobre el freno antes de que el vehículo se despeñara por un barranco. Tippy estaba en el asiento delantero, sin moverse ni gritar, aterrorizada por lo que había hecho. Tenía cuatro años. Esta sensación de ahora se parecía a aquella.

«¿Dónde estás?», gritó mentalmente, pero no hubo respuesta. No tenía ninguna prueba ahora, a excepción de su propio miedo. Despacio, todavía temblorosa, se dirigió hacia la puerta miró aun hacia el dormitorio, pero no dijo nada a Robert. Este leía en la cama y pronto se quedaría dormido, sin advertir que ella se había ido. Si se lo decía, intentaría detenerla, cosa que seguramente lograría. Se mordió los labios con fuerza y reprimió las lágrimas que acudían a sus ojos. Pero la culpa no era de él. Se trataba simplemente de que no podía soportar las cosas que no tenían explicación, y ésta no la tenía. Su obligación era irse. No sabía adonde, pero sabía que debía irse a alguna parte.

Fue a buscar el coche al aparcamiento del edificio y cogió la West Side Drive, todavía ignorando adonde iba. Conducía con firmeza y regularidad, y cuando cruzó el puente Tappan Zee, comprendió que desde el principio había tenido la intención de ir a la casa. No vaciló al comprender cuál era su destino.

No le sorprendió ver la casa iluminada y el coche de Eric en la avenida. Fue hacia la puerta de la cocina como si la empujaran; allí tampoco sintió sorpresa al ver los dos cuerpos en el suelo. Se arrodilló junto a Tippy y le buscó el pulso; después hizo lo propio con Eric. Sólo estaban inconscientes. Se dirigía ya hacia el teléfono cuando notó otra vez aquello.

El groth se despertó con sobresalto, apesadumbrado por haberse dormido. La otra hembra estaba aquí. El groth ya había aprendido a captarla, pero ahora titubeó, sabiendo que debía ser muy precavido para que el contacto no provocara en ella otro desmayo. Utilizó una sonda tan suave y amorosa como la utilizada en el primer contacto con una pareja.

Mandy gimió y se tambaleó, agarrándose la cabeza. «No, por favor –imploró–, otra vez no, por favor.» El fuego la invadió, y empezó a llorar. El groth sintió que la oleada de angustia debilitaba momentáneamente su control, y experimentó en el propio cerebro el miedo de ella, incontenible como el ataque de una fiera. Se concentró en símbolos que la mujer pudiera entender y encontró que la parte inteligente del cerebro de ella le rehuía, dominado por la parte instintiva. Era como luchar con una horda de demonios que se desenfoocaban, fundiéndose en formas más horribles que ellos mismos. Mandy había cerrado con fuerza los ojos al

primer contacto, pero de pronto los abrió y el groth retrocedió ante el resplandor de la habitación donde ella se encontraba. Lloraba, suplicándole que se fuera. Entonces el groth comprendió que tenía que usar un control total, sin preocuparse de si la lastimaba o no. Oculto en el vlen el groth cerró los ojos para escapar al dolor de la resplandeciente luz; Mandy también los cerró. El reguló su respiración, haciéndola más lenta y moderada, y los sollozos disminuyeron. El groth sabía que la hembra tendría que usar su traje especial para soportar la atmósfera sulfurosa del interior de la nave. También necesitaría oxígeno, pero en el lago había el suficiente. Esto no era lo que él había querido. No había cooperación, sino solamente control.

Lentamente, como una sonámbula, Mandy se dirigió a la escalera que conducía al sótano, llevando aún el bolso en la mano. Atravesó el sótano y esperó a ser conducida al interior de la bodega, donde recogió un vestido. Cuando lo levantó del suelo se le cayó el bolso; entonces dio media vuelta, salió de la casa y se metió en el coche. Al hacer girar la llave de contacto, abrió mucho los ojos y empezó a temblar. El horror se apoderó de su mente; gritó y miró desesperada en torno suyo. Pero inmediatamente volvió a sentir el fuego: que aquel ser acechaba en su cerebro. La expresión de inteligencia se trocó en la mirada ausente de un sonámbulo; puso el coche en marcha, retrocedió para girar y se fue.

El groth se alarmó al comprender que casi la había perdido. Se estremeció en su tanque y se concentró con todas sus fuerzas. Si no estuviera tan debilitado por sus heridas y por el efecto destructor que causaba en su cerebro el odio corrosivo de los terrestres, habría intentado buscar en la mente de ella la ruta del lago por carretera, y al hacerlo, habría aflojado la presión que ahora impulsaba todas las acciones de Mandy. Tendría que confiar en la intuición de ella para que pudiese llegar al lago sin ser dirigida. Su deseo hubiera sido tratar con su mente racional, pero en los terrestres, la mente racional se hallaba siempre en peligro de ser eclipsada por el cerebro primitivo, del cual no podía esperarse una conducta inteligente. El groth se esforzó por mantener el contacto mientras la hembra se alejaba, pues la dificultad era mayor a medida que iba recorriendo kilómetros. No tenía la menor idea de que el macho empezaba a moverse en el piso superior.

Eric tenía la sensación de que su cabeza estaba partida en dos. Abrió con cautela los ojos y se concentró en averiguar de dónde provenía el extraño ruido que estaba oyendo. Entonces se acordó. Se incorporó con rapidez y sintió una punzada de dolor. ¡Tippy! Se movió y exhaló un gemido cuando la tocó; en aquel momento comprendió que el ruido provenía de la alarma que había conectado a la grabadora del sótano.

–¡Tippy, despierta! Ven, todo ha pasado. Se ha ido.

Ella abrió los ojos, llenos de pánico hasta que vio a Eric inclinado sobre ella. Miró hacia la cocina.

–¿Qué sucede...? ¡La alarma! ¡Está sonando!

–No sé qué diablos habrá ocurrido aquí –dijo Eric. La ayudó a levantarse y la empujó hacia la puerta–. Métete en el coche mientras echo un vistazo al sótano.

Tippy le agarró por el brazo.

–No irás solo –dijo–. Déjame acompañarte.

Eric asintió de mala gana. Entraron en la cocina y vieron que la puerta del sótano estaba abierta.

–Yo la he dejado cerrada –murmuró él–. Recuerdo haberla cerrado. –Miraron hacia el fondo de las escaleras; Eric dijo–: Bueno, voy a buscar la grabadora y oiremos qué ha pasado. Ese insoportable aparato me está volviendo loco.

La alarma dejó de sonar en cuanto cogió la grabadora y subió corriendo las escaleras.

–La puerta de la bodega también está abierta –dijo mientras hacía girar la grabadora hacia atrás. Entonces apretó un botón y se pusieron a escuchar. Hubo un crujido, el golpe de algo al caer al suelo, después nada. Eric aumentó la velocidad y casi al final de la cinta oyeron unos pasos muy pesados..., luego el silencio; la grabadora había sido parada. Tippy la miró sin comprender.

–Otra vez –dijo. Después del crujido, Tippy había parado la grabadora–. Esto significa que se ha abierto la puerta de la bodega, que cruje cada vez que lo hace. Algo ha salido...

–O ha entrado.

–Ahora viene el golpe seco. –La puso de nuevo en marcha y la paró después de escuchar el golpe–. ¿Qué será eso? Tendremos que bajar a averiguarlo, ¿no crees?

Bajaron y se acercaron a la puerta de la bodega. Tippy gritó cuando vio el objeto causante del golpe seco:

–¡Es el bolso de mamá! ¡La bestia la ha hecho entrar en su guarida!

Eric se llevó a Tippy a la cocina y llamó por teléfono a Robert. Mientras hablaba con él, dijo a Tippy:

–La está buscando. No le dijo una palabra de que se iba. –Escuchó de nuevo, y entonces añadió pausadamente–: Será mejor que vengas a la casa. Mandy ha estado aquí, pero su coche ha desaparecido.

Convino en llamar a la policía y colgó el auricular.

La policía dio la alarma a todos los coches patrulla para que buscaran el coche de Mandy. Después procedieron a registrar la casa, medida que resultó tan infructuosa como la vez anterior. El groth advirtió su presencia en la bodega, y entonces Mandy estuvo a punto de desviar el coche, lo cual le obligó a centrar toda su atención en ella. Mandy conducía bien, pero demasiado de prisa. Aminoró la marcha. Para ella, cada momento era suficiente en sí mismo; no había futuro, no había pasado. Aquello resultaba igual que un sueño, en el cual todo se acepta por incoherente que sea. Sus actos eran correctos, obedecía las leyes de tráfico, conducía con precaución en los cruces pero no pensaba adonde iba ni por qué. Conducía el coche y esto era suficiente. De vez en cuando sentía una impresión fugaz de terror y repulsión, pero pasaba inmediatamente, y ya no experimentaba ningún malestar físico. El groth estaba encantado con la rapidez y perfección de esta maniobra. Sabía que las anteriores experiencias compartidas con ella habían hecho posible el contacto de ahora, pero no se hizo ilusiones respecto a poder comunicarse de un modo recto y racional. Intentarlo significaría desatar en ella un conflicto interior tan grande, que probablemente la perdería. Escuchó unos momentos a los que practicaban el registro; ahora una voz nueva llamaba a Mandy a través de él, del groth, tratando de comunicarse con ella. El groth

procuró acallar estos gritos, pero lo logró sólo en parte. Notó el efecto que producían en la hembra y redobló sus esfuerzos para mantenerla bajo su control.

Mandy se dirigía hacia el norte por carreteras de segundo orden hasta que tomó un camino estrecho, sin asfaltar, que desembocaba en la orilla sur del lago.

El groth seguía percibiendo la angustiada llamada; tenía que acallar aquella voz silenciosa, bombardear el cerebro que la emitía. El coche de Mandy se desvió y frenó bruscamente. «¡No!», gritó en su mente, al tiempo que luchaba por alejarse del groth, provocando el caos en su cerebro, que hasta ahora le había obedecido ciegamente. ¡Había captado su pensamiento! El groth volvió a dominarla, pero no totalmente, y ambos experimentaron el esfuerzo de ella por liberarse de aquella conexión. Mandy luchaba casi con histerismo y el groth sudaba tan copiosamente, que temió desmayarse antes de decidir el combate a su favor. Sabía que era el compañero de la mujer quien la llamaba a través de él y también que no podía dañar a aquel hombre si quería tener a la hembra bajo control. En cuanto el groth comprendió esto, la hembra volvió a su docilidad anterior y continuó su marcha hacia el lago..

Mandy vio ante ella la superficie negra de las aguas, y torció a la izquierda; aquél era el camino. Necesitaba un equipo para bucear. Ni siquiera se detuvo a pensar que nunca había nadado bajo el agua. Necesitaría una botella de oxígeno mientras rascaba el fango que cubría la puerta y colocaba la cámara de aire, y para respirar en el interior de la nave. Detuvo el coche y lo aparcó cuidadosamente entre la maleza, de modo que no fuera visible desde la carretera. Entonces recogió el traje especial que llevaba en el coche, y entre los dobleces encontró la cámara de aire. El groth intentó hallar la botella de oxígeno utilizando la mente de Mandy, pero mientras buscaba, estuvo a punto, por dos veces, de perder el contacto con la hembra. Cada vez que esto ocurrió, los temores primitivos hicieron presa en ella; cada vez se produjo una nueva lucha para recuperar el control. El groth sabía que se estaba debilitando rápidamente y que tenía que actuar de prisa para conseguir sus propósitos. ¡Si por lo menos cesaran los ataques procedentes de la casa, los de Robert, no los de quienes efectuaban el registro! El groth no podía defenderse del macho; le había tocado sólo una vez antes y sabía que sufría una dolencia que le podía causar la muerte casi instantánea en caso de ser atacado, aunque fuera débilmente; y el contacto del groth era demasiado fuerte. Por fin pudo localizar unas botellas de oxígeno y Mandy volvió a actuar con decisión. Robó una botella de una de las cabañas y, tras deslizarse entre sus dormidos ocupantes, salió corriendo hacia el lago. El groth comprendía el principio de la botella, pero jamás había usado nada parecido; así que fue una cuestión de suerte dirigir a Mandy en la colocación de la botella a su espalda. Ella se había puesto el traje especial sin ninguna vacilación cuando él se lo indicó, y ahora, con el oxígeno a cuestas, se hallaba dispuesta. No importaba que el traje fuese demasiado grande para ella; apenas si tenía que nadar. Y sus dedos podían hacer bien el trabajo, aunque su número fuese tan limitado. Mandy entró torpemente en el agua, respirando con dificultad por la boquilla, pero sin demostrar el menor miedo ante la idea de sumergirse. El groth se sintió muy orgulloso de Mandy, que pareció tener conciencia de este orgullo puesto que su resistencia disminuyó. Pero el groth sabía que entre ellos no cabía el verdadero placer que sentían las parejas cuando trabajaban en armonía.

Los terrestres que buscaban en el edificio donde se ocultaba el vlen, pusieron en marcha una máquina perforadora que el groth exploró para estimar su peligro.

Estaban haciendo un agujero en el suelo de la bodega y llegarían al terreno compacto que rodeaba el vlen dentro de una hora. El groth podía detenerles en aquellos momentos, naturalmente; si decidían volarlo con explosivos, sabrían que no estaban perforando solamente rocas... Pero todo esto requería tiempo, y cuando llegaran a esta fase, el groth quizá estaría lejos, volando por el espacio...

Mandy se hundió hasta el fondo del lago, respirando con dificultad, moviendo los brazos y las piernas en una fútil tentativa de nadar. Iba completamente cubierta por un material extraño que olía muy mal, y le faltaba el aire. Tiró de la ropa que le cubría la cara tratando de romperla. Los pulmones parecían que iban a explotar en su pecho, y un mareo extraño obnubiló todo a su alrededor. Sus movimientos se hicieron más lentos. El miedo y el dolor en los pulmones era lo único que notaba, hasta que, de pronto, él volvió a invadirla. «Ayúdame –suplicó–. Por favor, ayúdame.» No hubo lucha esta vez. Él le dirigió las manos hacia la cámara de aire y la ayudó a colocársela. Mandy notó que se ahogaba al respirar la primera bocanada, pero él la tranquilizó hasta que su respiración fue normal. El groth se sorprendió al comprobar que sus propios ojos estaban anegados en lágrimas. No podía abandonarla, puesto que, ya en el interior de la nave, la hembra moriría casi instantáneamente y su muerte sería dolorosa. Entonces centró toda su atención en ella para ayudarla a ajustar la cámara de aire y a meterse en su interior. Mandy puso en funcionamiento la pequeña bomba y, cuando no quedó nada de agua, abrió la puerta de la nave y entró en ella. El groth vio la nave con sus propios ojos, después con los de Mandy, y se quedó anonadado por la diferencia. Ella encontró aquel artefacto horrible, oscuro y repugnante, lleno de formas extrañas que se fundían en las sombras. La condujo hasta el tablero de mandos y los comprobó... ¿Por qué nadie hacía algo para calmar a aquel macho, a la pareja de Mandy? Intentó anular sus llamadas que eran más y más persistentes. La obligó a trabajar más de prisa, pero sus dedos se movían torpemente con aquel traje que no estaba diseñado para seres que sólo tuvieran cinco dedos y tan cortos por añadidura. Se preguntó cómo habían podido bajar de los árboles unos seres con aquellas manos. El groth pensó con amargura que tal vez se vería obligado a abandonar la nave, el vlen, el satélite espía, todo...

De pronto, la nave empezó a despegarse lentamente del barro del fondo. El groth buscó a través de los ojos de ella la presencia de algún testigo en los alrededores, pero no había nadie; entonces apretó el botón de despegue. La nave se elevó en vertical, mientras Mandy seguía pendiente de lo que le ordenase hacer con sus manos. El groth pensó que el volar dependía en mucho del reflejo condicionado y apenas del control consciente. Tuvo que concentrarse profundamente para mantener la vista de Mandy fija en la dirección correcta, gracias a lo cual él podía ver los mandos. Era tan diferente hacer ahora con la mente lo que antes había hecho con las manos sin ninguna atención especial. La nave se elevó demasiado y el contacto se debilitó.

Mandy contempló con horror los mandos que tenía ante los ojos. Sabía que lo principal era no soltar otra vez la cámara de aire; entonces, clavó fuertemente los dientes en la boquilla mientras sentía que un grito le atenazaba la garganta. No, ahora no. ¿Dónde estaba aquel ser? ¿Dónde estaba ella? No se atrevía a mover las manos. Sin saber cómo, le volvió a encontrar, o él la encontró a ella, y pese al terror de hallarse sola en la nave, advirtió que luchaba de nuevo contra él, que intentaba ahuyentarle, horrorizada ante el contacto repulsivo y abrasador que invadía su cerebro.

El groth notó, sobre todo por la debilidad del cuerpo de ella, que estaba tratándola con demasiada dureza: incluso se hubiera desplomado de no ser por su ayuda. Había entrado de nuevo en ella sin ninguna suavidad, creyendo que ya estaba acostumbrada a él. Pero no era así; probablemente jamás se acostumbraría. El cuerpo respondía a su mandato, pero no había tiempo para usar precauciones con ella. La nave dio media vuelta y se aproximó al vlen y a la entrada del túnel. Quedó unos instantes suspendida sobre el área y después descendió con suavidad sobre el claro, cerca del peñasco que ocultaba la entrada. La hembra giró la nave en la dirección correcta y encendió el rayo eléctrico que desplazó el peñasco con la mayor facilidad. La energía penetró en el túnel; en el fondo de éste, el groth colocó el computador para que fuese transportado afuera. El rayo se lo llevó y lo introdujo en la nave. Uno tras otro, eran trasladados a bordo todos los instrumentos del groth, cuando, de pronto, la hembra se escapó. Estaba de pie en el suelo, junto a la nave.

—¡Robert! —gritó. Después miró a su alrededor, a la extraña forma de la nave; sintió la quemadura del aire ácido y abrió la boca para gritar de nuevo. Cuando el groth volvió a tocarla, se desplomó en el suelo; entonces la llevó cuidadosamente a un lugar donde pudiera respirar su propio aire. Se cercioró de que estaba viva, aunque era difícil predecir si lo continuaría estando. Se apresuró en desalojar el vlen. La pareja de la hembra estaba saliendo del edificio. El groth le siguió con una parte de su mente mientras doblaba hacia dentro las paredes del vlen, junto con todos los restantes instrumentos que aún quedaban en él. Salió de espaldas por el túnel, derribando las paredes a su paso. Ya en el exterior, colocó el peñasco en su sitio. Se detuvo, contempló a la hembra tendida en el suelo y la tocó con gran suavidad. Ella gimió. El groth examinó las quemaduras de ácido que había sufrido y vio que no revestían ninguna importancia. Sólo estaba desmayada. Con delicadeza extrema, le quitó el traje que llevaba, y serenó su mente, presentándole la imagen del mar de Gron, tenuemente iluminado en su superficie y rizado por olas bienhechoras que provocaban un sueño profundo y reparador. Le comunicó la sensación de amor y de paz que esta imagen llevaba consigo. La respiración de la mujer se hizo menos fatigosa, y el corazón empezó a latir con más fuerza y regularidad. Ya no podía hacer más por ella. Su pareja se aproximaba ya al lugar donde ahora se encontraba, con una intuición que parecía increíble en un ser de dotes tan rudimentarias. El groth subió a bordo de la nave y aspiró con fuerza el aire puro de su interior. Elevándose en silencio, como una sombra oscura que se alejase de la Tierra sin el menor sonido, abandonó el lugar antes de que llegara Robert. Se sentía tan cansado, que ignoraba si sobreviviría o no a su calvario. Pero aquello no era importante. La misión sería un éxito. Los groth podrían estudiar a los terrestres y, cuando llegase el momento de la comunicación, ésta se llevaría a cabo con un mínimo de tensión y un máximo de buena voluntad. Esto era lo único importante.

Mandy se despertó gritando y no dejó de gritar hasta que sintió el pinchazo de una aguja en el brazo. Cuando recuperó el conocimiento, Robert estaba a su lado, pero la luz de la habitación era cegadora. Cerró los ojos con fuerza, como si estuviera a punto de recordar... algo. Pero se desvaneció. Se hallaba en una habitación de hospital; conocía aquel olor, el tacto de las sábanas, los sonidos propios de un hospital.

–Estás bien, Mandy –dijo Robert, con un tono de voz que revelaba la falta de seguridad de que así fuera. Ella volvió a abrir los ojos, y la extrañeza fue dando paso a la familiaridad. Robert estaba pálido y tenía unas ojeras muy pronunciadas.

–¿Viste... viste, algo? –preguntó ella. Le dolían la boca y la garganta.

–No había nada que ver. Tienes que creerlo, Mandy. Es preciso que lo creas. Derribamos el sótano, buscamos en el bosque, centímetro por centímetro; e incluso vinieron personas especializadas. ¡No había absolutamente nada!

–¿Y Tippy y Eric?

–Están muy bien. Mandy, no me dejarán estar mucho rato contigo. Por favor, trata de comprender que no había nada en el sótano. Eric debió de caerse y herirse en la cabeza. Tippy se asustó al verle en el suelo y se desmayó. Les hemos hecho docenas de preguntas y ninguno de los dos sabe nada. Después de destruir el sótano, incluso Eric admitió que no podía haber existido nada allí dentro. Mandy, mírame. Me crees, ¿verdad?

Ella cerró lentamente los ojos, esta vez con cansancio. Entreveía algo que rozaba su subconsciente; si tuviera la suficiente rapidez mental, lograría verlo.

–¿Por qué fuiste al bosque? Fuiste tú quien me encontré, ¿verdad?

–Sí, aunque no sé por qué me dirigí al bosque; quizá porque te oí gritar. No lo recuerdo bien, pero seguramente hiciste algún ruido.

En rápida sucesión, Mandy vio imágenes sueltas: un lago, negro en la oscuridad de la noche; ella sumergiéndose en el agua; una nave extraña; un ser también extraño, solo y herido y que resultaba repelente y aterrador, pero al mismo tiempo hermoso. Intentó retener algunas de estas imágenes, pero no lo logró. No podía situarlas en ningún momento concreto.

–¿Cómo te quemaste, Mandy? ¿Lo recuerdas? –preguntó Robert.

Ella negó con la cabeza, sin abrir los ojos. Pero la explicación también estaba allí, aunque lejos de su alcance. Si Robert pudiera verlo con sus ojos, ayudarla a comprender. Pero no, se negaría a aceptar lo poco que ella aún recordaba. No existían pruebas, ni manera alguna de demostrarlo, analizarlo o compararlo con otras experiencias. Sus pensamientos se hicieron confusos al caer en un fuerte sopor; entonces, gritó. Robert le acarició la mano, pero ella no se había sentido tan sola en toda su vida. Robert no podía comprender sus temores, sus penas. Entonces vio más cosas: la imagen de un mar fresco, tenuemente iluminado, donde jugaban unos niños, y cuyas olas suaves inducían a un sueño profundo y reparador, y donde había amor y paz y uno nunca estaba solo. Sonrió y volvió a quedarse dormida. Al cabo de un momento, Robert le soltó la mano.

–No había nada allí –murmuró para sí mismo, contemplándola–. Hubiéramos encontrado alguna huella.

Pero, ¿dónde había estado Mandy? ¿Qué le había sucedido? ¿Qué le inducía a sonreír con tanta ternura al quedarse dormida? Salió de la habitación desorientado. Ya le avisarían cuando volviera a despertarse. Se encaminó por el solitario pasillo del hospital hacia la habitación que le habían dado para pasar la noche; en aquellos momentos comprendió que las paredes y las puertas no significaban nada. Estaba tan separado de ella ahora como lo había estado a la cabecera de su cama, con su mano entre las suyas, incapaz de compartir lo que ella sentía, lo

que pensaba, los recuerdos que primero la obligaron a gritar de terror, y después a sonreír en su sueño. Por cerca que estuvieran el uno del otro, siempre estarían separados, solos. Siempre solos.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>